

Arthur Miller
VIDAS REBELDES



Vidas rebeldes está ambientada en los crudos alrededores de Reno, la «capital mundial del divorcio». Allí confluyen cuatro almas perdidas: la bella Roslyn, que nunca se ha sentido verdaderamente parte de nada ni de nadie, y tres hombres desarraigados que vagan por aquellas tierras subsistiendo con el poco dinero que obtienen de participar en rodeos o cazar caballos salvajes que luego habrán de terminar en el matadero. A lo largo de esta intensa y emocionante historia, los cuatro descubrirán que todo en la vida, desde la libertad hasta el amor, tiene un precio. Vidas rebeldes es el texto que Arthur Miller escribió pensando en la película que protagonizaría Marilyn Monroe, por entonces su mujer. En él, Miller ayuda y guía a la cámara para suscitar esas emociones que luego la película debía generar, y así lo defendió ante el cineasta John Huston durante el rodaje. El resultado es un género de difícil clasificación, con elementos de guión de cine, novela y obra de teatro, y que prefigura perfectamente la película pero ofrece la intensidad narrativa que sólo puede salir de la pluma de un gran escritor.



Arthur Miller

Vidas rebeldes

ePub r1.0

Titivillus 22.12.15

Título original: *The Misfits*

Arthur Miller, 1957

Traducción: Victoria Alonso Blanco

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Dedicado a Clark Gable, que no sabía odiar

Nota del autor

Una simple ojeada a *Vidas rebeldes* nos permitirá apreciar que se trata de una obra con una forma inhabitual: no es novela, ni obra de teatro, ni guión de cine. Quizá sea necesaria, pues, cierta aclaración.

Ésta es una historia concebida para el cine, y todas y cada una de sus palabras tienen el propósito de indicarle a la cámara lo que ha de ver y a los actores lo que han de decir. Sin embargo, la peculiaridad de este relato difícilmente podría transmitirse por medio de la naturaleza telegráfica y diagramática de un guión, puesto que su sentido depende tanto de los matices de los personajes y del lugar donde se desarrolla la acción como de su trama. Se hacía necesario, por tanto, algo más que indicar simplemente los acontecimientos; había que suscitar por medio de las palabras las emociones que la película, una vez concluida, debía poseer. Era como si la película ya existiera y el escritor estuviera recreando todos sus efectos a través del lenguaje, de manera que, como resultado de un intento puramente funcional de ofrecer a los demás una visión clara de una película, de una película que tan sólo existía hasta ese momento en la mente del escritor, se hubiera sugerido gradualmente una forma de ficción, una forma híbrida quizá, pero que en mi opinión ofrece vigorosas posibilidades de reflejar la existencia contemporánea. El cine, la forma artística más extendida del planeta, ha creado, nos guste o no, una forma particular de ver la vida, y sus rápidas transiciones, sus súbitas síntesis de imágenes dispares, el inevitable efecto documental de la fotografía, su economía narrativa y su concentración en la acción muda han permeado tanto el estilo novelístico como el teatral —especialmente este último— de manera inconfesada o, en ocasiones, incluso inconsciente. *Vidas rebeldes* confiesa utilizar las perspectivas filmicas con el propósito de crear una ficción que quizá posea la peculiar inmediatez de la imagen y las posibilidades reflexivas de la palabra escrita.

ARTHUR MILLER

Uno

Hay un arco de acero permanente que atraviesa de un lado a otro la calle principal con un rótulo de neón anunciando:

BIENVENIDOS A RENO, LA CIUDAD PEQUEÑA
MÁS GRANDE DEL MUNDO.

Reno es una ciudad pequeña y tranquila. A través del parabrisas casi alcanzamos con la vista el otro extremo de la calle principal, a unas doce manzanas de distancia. A esta altitud todo se percibe con nitidez; el cielo luce immaculado, y en el programa matinal de radio suena una alegre música de jazz. Es una ciudad limpia. Los grandes templos del juego son de estilo modernista, color gris plomo, y sus letreros de neón están encendidos a pleno día. El semáforo cambia y nuestro vehículo avanza con precaución. Pero una manzana más adelante, un policía baja de la acera para darnos el alto, detiene a un camión que circula en dirección contraria y ayuda a una ancianita a cruzar lentamente la calle. La anciana entra en la tranquila sucursal bancaria, junto a la cual hay una elegante tienda de moda y confección para señoras, vecina a su vez de otro establecimiento cuyo escaparate ostenta un rótulo en letras doradas que reza «Dados». En otros locales se anuncian «Apuestas hípicas», «Casino» y «Alianzas de boda». Mientras hacemos ese alto momentáneo en nuestro camino, un estridente zumbido nos llama la atención. El ruido procede de un salón de juegos a la izquierda, profusamente iluminado en su interior, que además de transmitir ese ruido a la calle proyecta un letrero destellante sobre la acera con la palabra *Jackpot*, anunciando que dentro del local algún cliente se ha hecho con el bote.

El policía, con sus gafas de montura dorada, nos hace señas con la mano de que avancemos, pero en ese momento una mujer se acerca a la ventanilla de nuestro vehículo. Lleva un bebé de tres meses en un brazo y una maleta en el otro.

Habla la mujer:

—¿Por aquí voy bien para el juzgado, caballero?

Se oye la voz del conductor:

—Gire en la próxima esquina y después tome la segunda a la izquierda.

—Gracias, muy amable. No hay quien se aclare en esta ciudad.

—Ni que lo diga, señora.

La mujer regresa a la acera. Hay cierto patetismo rural en su mirada, un aire de desarraigo en la intensa desconfianza con la que se mueve. Es una joven delgada, y lleva un vestido de lunares que le queda grande. Se aferra al bebé y a la maleta como si no pudiera perderlos de vista en ningún momento.

Nuestro vehículo se pone en marcha de nuevo y, por un momento, avanza al mismo paso que ella. El jazz suena en la radio todavía alegre y despreocupado. Los rótulos de neón destellan bajo el

sol. Los pocos transeúntes que circulan por las aceras son mujeres, en su mayoría mujeres solas. Muchas de ellas pasean ensimismadas, con un aire ausente, con aspecto de turistas y divorciadas que aún no saben moverse por la ciudad. La canción termina y un locutor lugareño saluda a los oyentes. Con el sonido de su voz arrastrando las palabras, continuamos nuestra marcha por la calle principal. Detrás del ventanal de un supermercado vemos a una mujer con una bolsa grande de la compra sujeta en un brazo, mientras con la otra acciona la palanca de una máquina tragaperras; sin esperar siquiera a que los cilindros de la máquina terminen de girar, camina hacia la puerta con la vana esperanza de que el estrépito de las monedas la detenga. Más allá, una pareja de enamorados contempla los trajes de boda expuestos en un escaparate. Al lado de la tienda hay una puerta con un rótulo en el que se lee: «Demandas de divorcio, primera planta». Reno es una ciudad próspera, y recientemente han inaugurado un hotel que da al río Truckee, con la fachada gris repleta de balcones en voladizo. Más allá se alzan las áridas y parduzcas montañas con sus cumbres nevadas. Aquí se alcanza tan lejos con la vista que incluso se aprecian los peñascos que asoman por la cara visible de las montañas. El locutor dice, arrastrando las palabras con voz de barítono: «Bueeeeno, amigos...» y por un instante la radio no emite más que un crujido de papeles mientras él, claramente, hurga alrededor buscando el correspondiente anuncio publicitario. Dos muchachos indios con petos vaqueros contemplan desde una esquina nuestra marcha; sus rostros son como los de los ciegos, no puedes detener la mirada en ellos demasiado tiempo.

El locutor ríe entre dientes.

—Amigos, aquí les traigo un tema para la reflexión mientras esperan a que hierva su Café Rizardale envasado al vacío. Por tercer mes consecutivo, hemos superado a Las Vegas. Cuatrocientos once divorcios concedidos hasta ayer, en comparación con los trescientos noventa y uno de Las Vegas. No cabe duda, amigos, de que somos la Capital Mundial del Divorcio. Y hablando de divorcios, ¿quieren librarse de malos hábitos? ¿Qué tal si levantan las posaderas, entran en Haber's Drug Store y se dan el gusto de dormir una noche a pierna suelta gracias a las bondades de Dream-E-Z?[*]

Ahora circulamos por una calle arbolada, con aspecto de zona prácticamente residencial, con casas muy pequeñas, algunas de ellas bastante descuidadas y casi pobres. Se respira el ambiente plácido, casi aletargado, de un día de calor en Nevada. Al volver...

—Naturalmente, pese al nombre del producto no les estamos ofreciendo ningún sueño especial, amigos. Dream-E-Z es uno de los tantos nombres que se inventan los de la capital. Pero el caso es que funciona. Puedo garantizarles sin género de dudas que con estas pastillas se acabaron las noches insomnes. Dream-E-Z es auténtico descanso embotellado, amigos, es paz y relajación. Usted, madre, deje a un lado las preocupaciones. Papaíto, suéltese. Dream-E-Z. Vamos, amigos, ahora todos juntos... Repitan conmigo como hacemos siempre... todos a una. —Suena un crescendo de violines con una melodía soporífera—. Dream-EeeeeeeZeeeeee.

El vehículo se detiene junto a la acera, el motor se apaga y, con él, la radio.

Guido se apea de un salto de lo que ahora vemos que es una grúa, va hacia la parte trasera y

saca una batería. Cargado con ella, accede al jardín de una casa. En el dorso del jersey lleva la inscripción: JACK'S RENO GARAGE.

Va hacia la parte trasera de la casa, donde hay aparcado un Cadillac descapotable nuevo, con la capota abierta. El coche tiene golpes por todas partes y los guardabarros abollados. Guido apoya un momento la batería en el guardabarros para sujetarla mejor y al ir a encajarla en su sitio oye un avión en el cielo. Levanta la vista.

Un gran avión de pasajeros ruge sobre él, volando bastante bajo. Guido lo observa, con un punto de nostalgia y cierto aire de entendido en los ojos, hasta que se pierde de vista en dirección a las montañas. Luego inserta la batería en el hueco y se dispone a conectarla. Debe de rondar los cuarenta; es difícil precisar su edad con exactitud porque es moreno de tez y tiene un aspecto saludable, el pelo muy corto, los brazos robustos y una forma de mover el cuello que recuerda a la de los jugadores de lucha libre; de espaldas parece de constitución atlética, aunque camina con los pies hacia dentro y tiene la voz un tanto aguda. Pero de frente, hablando cara a cara con él, da la impresión de ser un hombre con estudios. Tal vez el clásico tipo rudo pero sensible. Luego, de buenas a primeras, parece como si sus ojos negros adquirieran un espesor de estulticia y él se transformara en un lugareño, un alma cándida que se pasa la vida debajo de coches escacharrados, el típico mecánico que hace una pausa en mitad de la dura jornada para mascar su bocadillo y ver pasar a las chicas.

Ahora, mientras manipula la batería, un trabajo sencillo que sólo requiere movimientos automáticos, su mirada se expande y se diría que sus ojos ven o desean ver algo sin dureza ni limitación de espacio. La piel que le rodea los ojos y el caballete de la nariz es más pálida que la del resto de la cara —la marca de unas gafas de aviador—, de manera que cuando parpadea tiene un aspecto como de loro, de algún pájaro tropical que pestañea constantemente.

Una voz de mujer le hace volverse.

—Joven, ¿tiene usted hora?

Sujetando la puerta mosquitera para que no se le cierre, Isabelle se protege los ojos del sol de la mañana. Lleva el brazo izquierdo en cabestrillo, pero en la mano tiene un despertador. Es una mujer de sesenta y tantos, poco femenina, con una media melena al estilo de los años veinte, un corte que, dados los pocos cuidados que requiere, denota en cierta manera que es poco amiga de perder el tiempo en menudencias. Lleva una bata vieja, que se sujeta con los codos para que no se le abra. Tiene la nariz y las mejillas ligeramente violáceas, la voz destemplada y chillona, y contempla el mundo con una divertida desidia, rayana en un aire de abandono e inteligencia desperdiciada. Pero en cuanto abre la boca para hablar —lo que la hace toser y carraspear— se adivina en ella una persona de gran bondad. Hay un tono en su voz desprovisto de todo sentimentalismo. Da la impresión de que nunca espera nada a cambio; sería capaz de ser amable hasta con su verdugo, de disculparse tal vez por haberle obligado a levantarse a una hora tan intempestiva. Hacia el prójimo en general siente poco más que desesperanza, pero jamás ha conocido a un solo individuo a quien no estuviera dispuesta a perdonar. Un ligero deje sureño dulcifica sus palabras. Al verla, Guido siente deseos de sonreír, como le sucede a casi todo el mundo. La mujer aguarda de pie en el umbral

a que le digan la hora, haciendo visera con la mano para protegerse del sol, como una india. Guido consulta su reloj. Como si acusara a toda la industria relojera, la mujer añade:

—Tengo seis u ocho relojes en casa, y ninguno funciona.

—Son las nueve y veinte.

—¡Y veinte ya! —Isabelle se asoma por el porche y dice a voces, en dirección a la ventana de arriba—: ¡Nena, bonita, que son y veinte! —Nadie contesta—. ¿Nena?

Roslyn aparece detrás de la mosquitera de la ventana; apenas apreciamos sus rasgos. Le contesta a voces, agitada:

—¡Cinco minutos! ¿Y tú?

—Yo estoy lista. Acabo de plancharme el pañuelo del cabestrillo. Venga, bonita, que el abogado dijo a las nueve y media en punto.

—¡Ya voy!

Isabelle se vuelve al oír el motor del coche arrancando. Guido asoma por detrás del volante, se apea del coche y se inclina sobre el motor, aguzando el oído. Isabelle se acerca a él, todavía con el despertador en la mano, al que se le ha olvidado dar cuerda o poner en hora.

—Espero que no sea rácano. El coche está nuevo, ¿eh? Debería darle un buen dinerito.

—¿Ese cuentakilómetros va bien? ¿Treinta y siete kilómetros lleva hechos?

—No hemos dado más que un par de vueltas. Por culpa de los dichosos hombres de esta ciudad, que no dejan de hacerse los contradizos para pegar la hebra. —Con sonrisa orgullosa—: Es que es una mujer despampanante, ¿sabe?

Se oye la voz de Roslyn:

—¿Subes un momento, Liz?

—¡Ya voy, bonita! —Luego, en dirección a Guido, que mira hacia la ventana de arriba para echarle una ojeada, añade—: Ande, sea usted todo lo generoso que pueda. No se deje llevar por las apariencias; está nuevo, un regalo del marido por lo del divorcio, ¿sabe usted?

—¿Ahora se hacen regalos cuando se divorcian?

—¿Por qué no? A mí, en cada aniversario de nuestro divorcio, mi marido me manda sin falta una maceta con una rosa amarilla. Y este julio hará diecinueve años. —Lo trata ya con camaradería y, riendo, le aprieta el brazo y se inclina hacia su cara—. Claro que la pensión alimenticia no me la ha pagado nunca, pero yo para qué lo voy a molestar... si no sale de él, ¿eh?

Isabelle va hacia el porche de nuevo.

—¿Ese brazo se lo rompió en el coche?

—No, qué va. La última inquilina que tuve antes de ésta, que estuvimos celebrando su divorcio

y servidora se..., se portó mal. ¡Ay, qué harta estoy de mí misma!

De pronto parece que van a saltársele las lágrimas y desaparece en el interior de la casa. Picado por la curiosidad, Guido echa una ojeada hacia la ventana, y después saca un bloc y un lápiz y se pone a dar vueltas alrededor del coche, tomando nota de los desperfectos.

Isabelle atraviesa apresuradamente la casa, sube al piso de arriba y entra en una habitación. Caos; cajones abiertos; la cama repleta de cartas, artículos de tocador, revistas y rulos.

—¿Podríamos repasar otra vez lo que tengo que decir, Iz? —dice Roslyn en voz alta desde el vestidor.

—Pues claro, guapa. —Va hacia un espejo y arranca un pedazo de papel pegado en el marco. Se sienta en la cama, calándose unas gafas—. Vamos a ver: «¿Su marido, el señor Raymond Taber, la maltrataba?».

No hay respuesta.

—¿Cariño?

Al rato contesta:

—Bueno..., sí.

—Tú di sí y punto, bonita.

Una joven y hermosa rubia sale como un relámpago del vestidor, subiéndose la cremallera del vestido, y va hacia el escritorio, donde con la mano libre hurga buscando algo entre el desbarajuste de potingues, papeles y objetos varios, sin dejar de mirarse de refilón en el espejo. Tiene un aspecto impecable, no le falta un detalle, pero en conjunto da una impresión un tanto atolondrada; tan pronto parece obsesionada por su aspecto como indiferente por completo y gira la cabeza demasiado rápido como para que el peinado le aguante y, con el vestido recién planchado, se pone a cuatro patas para buscar algo debajo de la cama. Pese a la rapidez de sus movimientos, cierta callada introversión se agazapa en su mirada. Lanza una ojeada a Isabelle.

—Sí.

Roslyn se ajusta el vestido en el espejo, concentrada al mismo tiempo en el esfuerzo de responder. Como muchas veces cuando hace algo, cuando observa algo o cuando le sucede algo, una parte de ella se encuentra completamente sola, como una niña nueva en un colegio, desconcertada por su presencia allí, buscando frenéticamente una cara amiga.

Isabelle sigue leyendo:

—¿De qué manera se manifestaba dicho maltrato?

—Pues... ¿cómo decía, que no me acuerdo?

—«Desoía persistente y cruelmente mis derechos y deseos personales, y en varias ocasiones recurrió a la violencia física contra mí». —Isabelle levanta la vista del papel.

—Persistente y... —Roslyn se interrumpe, inquieta—. ¿Es necesario que diga eso? ¿Por qué no puedo decir que «no estaba» y punto? Porque podías tocarlo, pero estar no estaba.

—Bonita, si eso fuera motivo de divorcio, quedarían once matrimonios a salvo en todo el país. Venga, tú repite...

Se oye un bocinazo. Isabelle va a toda prisa hacia la ventana. Abajo, Guido, guardando el bloc, le grita:

—Ya llamarán del despacho para comunicarle la valoración.

Roslyn se acerca a Isabelle y se dirige a él a voces:

—Esas abolladuras no son culpa mía, ¿eh?

Ahora Guido ve por fin a Roslyn, aún detrás de la mosquitera, pero con bastante claridad. Se siente extrañamente avergonzado, azorado.

—Procuraré que se lo paguen lo mejor posible, señorita. Ya lo tiene a punto. Le he cambiado la batería.

—Ah, no, no pienso usar ese coche nunca más. Pediremos un taxi.

—Si salen ya, yo mismo las llevo en la grúa.

—¡Estupendo! ¡Dos minutos! ¡Vístete, Iz! ¡Tienes que hacerme de testigo!

Isabelle toma la mano de Roslyn con un arrebató de emoción.

—Con ésta ya serán setenta y siete las veces que he hecho de testigo en un divorcio. Dos sietes traen suerte, bonita.

—¡Ay, Iz, ojalá!

Roslyn sonrío, pero sus ojos siguen reflejando temor y una confusa consternación. Isabelle sale a la carrera del dormitorio, desatándose el cinturón de la bata con la mano buena.

Dos

Frente a los juzgados de Reno, al otro lado de la calle, hay un pequeño parque. Unos bancos bordean los senderos que atraviesan el parque, donde se alza una verdinosa estatua de un hombre, una mujer y un niño que miran hacia el edificio de los tribunales: una familia de pioneros que recuerda a los litigantes el paso de tantos de ellos por estas tierras en su larga marcha hacia el Oeste. Es un lugar agradable donde sentarse en un día de calor, pues la sombra de un árbol es todo un lujo en estas latitudes. Vagabundos y ancianos acuden aquí a holgazanear y observar a los forasteros que pasan: a veces jóvenes parejas que examinan las pruebas de sus retratos de boda, recién tomadas en el estudio de fotografía que hay al otro lado de la avenida, y a veces gente con mapas desplegados que viene a reclamar la propiedad de sus tierras. Todo lo que acontece acaba, tarde o temprano, pasando por el juzgado, y este parque les ofrece un lugar donde poder sentarse y estudiar sus documentos rodeados por el tráfico que circula por sus cuatro costados.

La grúa se detiene. Guido salta rápidamente de su interior y va hacia el otro lado para abrirle la puerta a Isabelle y ayudarla a bajar.

—Con cuidado.

—¡Qué caballeroso! —Isabelle le palmea el hombro.

Roslyn ya ha salido prácticamente del vehículo, pero Guido, de todos modos, se apresura a tomarle la mano para ayudarla. Ella no ha soltado todavía el papel y hace ademán de seguir adelante.

—Muchas gracias. Tenemos que irnos volando —le dice.

Guido le cierra el paso con gentileza.

—Si no piensa volverse al Este enseguida, sería un placer llevarla de excursión por los alrededores. En estas tierras hay parajes preciosos, ¿sabe?

Roslyn, distraída por lo que la ocupa, le da las gracias con la mirada:

—Sería un placer, pero todavía no sé lo que haré. Desde que llegué, sólo he pensado en que terminen estas seis semanas de residencia obligatorias y divorciarme.

—¿Puedo llamarla? —pregunta Guido.

—No sé dónde estaré, pero bueno. —Roslyn se pone en marcha, volviéndose un momento para decirle adiós con la mano—. ¡Gracias otra vez!

Isabelle le palmea el brazo a Guido.

—Servidora se llama Isabelle Steers.

Guido le ríe la indirecta.

—Muy bien, Isabelle. Si quiere, puede acompañarnos.

—¡Qué detalle, más vale tarde que nunca! ¡Hay que ver cómo sois los hombres de Reno!...

Isabelle ríe y sale al trote detrás de Roslyn.

Guido, un tanto turbado, ilusionado, se queda mirándolas mientras se alejan por la zona pavimentada que cruza el césped a la entrada del juzgado. Los hombres sentados en los bancos levantan la vista al ver a Roslyn, los periódicos bajan a su paso.

La joven madre con el bebé y el vestido de lunares está al pie de la escalinata que sube a los juzgados, estrechándole la mano a un abogado. Se despiden. Con mirada desolada, la joven pasa junto a Roslyn. Roslyn e Isabelle se acercan a la escalinata; Roslyn repasa con premura las notas que lleva en la chuleta. Su desasosiego va en aumento.

—No puedo aprendérmelo de memoria; las cosas no fueron así.

Isabelle se echa a reír.

—¡Ay, nena, qué en serio te tomas las cosas! Tú di lo que pone ahí y listo; no tiene por qué ser verdad. Que son los tribunales, no es ningún concurso.

Empiezan a subir los peldaños, y Roslyn, después de guardarse el papelito en el bolsillo, levanta la mirada y se queda paralizada ante lo que ve. Un hombre baja las escaleras en dirección a ella. Tiene buena planta, es alto, de unos treinta y ocho años, y lleva un sombrero de paja flexible y una corbata de vistoso estampado. Es un hombre que siempre intenta mostrarse receptivo al mundo que lo rodea, pero el mensaje nunca parece estar claro. Ahora mismo, se siente cohibido por tener que pleitear; en otro tiempo fue un hombre de éxito y este juicio amenaza su dignidad. Ha dado en creer que, por el simple hecho de haber venido hasta aquí, su mujer se convencerá de algún modo de que la culpable es ella. No obstante, él la perdonará y ella volverá a idolatrarlo. Es Raymond Taber, el marido de Roslyn. Raymond amaga una sonrisa turbada, dolida, como confesando haber cometido algún pequeño error.

—Acabo de aterrizar ahora mismo. No llego demasiado tarde, ¿no?

Roslyn lo mira; un repentino temor la asalta y guarda silencio. Él baja los peldaños para colocarse a su altura.

—No, Raymond. Haz el favor, no quiero saber nada.

Raymond muda el semblante, lleno de rencor.

—Dame cinco minutos, venga. Después de dos años, cinco minutos no es...

—Ahora que no me puedes tener, ahora me quieres, eso es lo que pasa. Por favor... No te estoy echando la culpa. Yo lo veía igual que tú. El problema es que ya no creo en eso.

Roslyn trata de pasar de largo, pero él la agarra por el brazo.

—Nena, comprendo que...

—¡Tú qué vas a comprender si no lo comprende nadie! —Roslyn le hinca un dedo en el pecho—. ¡No «estás», Raymond! —Da un paso atrás—. Para estar sola, mejor estoy sola de verdad.

Déjame, Raymond... No conseguirás que vuelva a sentir pena por ti.

Roslyn lo deja allí plantado, impotente en su furia, y le hace una seña a Isabelle, que la rodea con el brazo. Los sollozos la sacuden por dentro, pero no piensa llorar; sube a toda prisa la escalinata con Isabelle y entra en el juzgado.

Guido, sentado en su grúa, las observa por la ventanilla hasta que desaparecen. Ha presenciado la discusión, pero no ha podido oírla. Ahora enfila la calle principal, intrigado. Un tren detenido en la calzada le obstruye el paso. Al llegar a la barrera, apaga el motor y se reclina en el asiento mientras espera. Tiene la mirada perdida y meditabunda. De pronto vuelve la cabeza y sale inmediatamente de su ensimismamiento exclamando:

—¡Gay!

Gay Langland está al pie de la escalerilla del tren acompañado de una mujer. Y, al lado, su fiel perro. Gay se vuelve hacia la grúa y saluda a Guido con la mano, diciendo:

—¡Espera! ¡Precisamente pensaba ir a verte!

A pocos metros de distancia aguarda un revisor, reloj en mano. La mujer, de unos cuarenta y dos años, va elegantemente vestida. Teme haberse comportado tontamente e intenta corroborar esa sospecha escudriñando los ojos de Gay; hay una sonrisa triste en su semblante, llena de temor e infelicidad.

Gay aparta la vista de Guido y vuelve a posarla en ella.

—En fin, que haya suerte, Susan. No te olvidaré, de eso puedes estar segura.

La mujer baja la vista y, viendo las manos que él le tiende, percibe el formalismo y el rechazo manifiestos en ese gesto de despedida; se dispone a estrechárselas, tratando de mantener la compostura, pero de repente se arroja a sus brazos con los ojos anegados en lágrimas.

Habla Gay:

—Vamos, vamos, cariño, tienes que ser valiente.

El revisor:

—¡Pasajeros al tren!

La mujer:

—¡Ni siquiera sé adónde escribirte!

Gay, tranquilizándola al tiempo que la empuja con delicadeza hacia el estribo, contesta:

—A la lista de correos. Ahí me llega seguro.

La hace subir al estribo, y ella se vuelve hacia él:

—¿Lo pensarás, Gay? Es la segunda lavandería de Saint Louis.

—Mira, no quiero que luego te llames a engaño, Susan. Yo no sirvo para los negocios.

El tren arranca. El revisor salta al interior y toma a la mujer del brazo para ayudarla a acabar de subir. Gay sigue el avance del tren. Susan, perdida ya toda compostura, rompe a llorar.

—¿Pensarás en mí? ¡Gay!

—¡Sabes que sí, cariño! ¡Adiós!

Susan amaga un saludo valeroso, masculino, al alejarse. Él mantiene el brazo levantado incluso después de haberla perdido de vista, comprensivo en su despedida pero profundamente aliviado. Luego cruza el andén, con el perro pisándole los talones. Guido ha estacionado la grúa junto a la acera; Gay se acerca a él, apoya el brazo en la ventanilla abierta del vehículo y se dirige a él con voz que se diría cansada:

—¿Qué tal, amigo? ¿Preparado para coger el portante y largarte de esta ciudad? Porque lo que es yo me iría ahora mismo.

—Lo he estado pensando. —Guido hace un ademán en dirección al tren que acaba de partir; hay cierta excitación curiosa en sus ojos, una sugerente si bien tímida ansia de detalles—. ¿Ésa quién era?

Gay sonríe ante la curiosidad morbosa de su amigo, pero parece reacio a compartir su cínica postura.

—Susan. Buena gente, esa mujer.

Abre la portezuela y se deja caer en el filo del asiento. El tráfico discurre silencioso. Gay tiene cuarenta y nueve años; es un cowboy de pelo en pecho y un hombre que sabe escuchar maravillosamente. Se quita el sombrero y limpia el sudor de la cinta. Parece tener la mente en otra parte, pero no porque esté pensando en algo en particular, sino simplemente porque no está donde está. Es una mañana laborable cualquiera y la tierra y las montañas lo rodean. Ahora ofrece un aspecto satisfecho o tal vez agotado; es difícil discernir cuál de las dos cosas. Con Guido mantiene una amistad de negocios; pero no hay negocio que les ocupe. Puede que tenga muchos amigos por el estilo. Uno tiene la impresión de que no es una persona que espere mucho de los demás, pero es él quien marca el paso con quienquiera que lo acompañe, puesto que no sabe aceptar órdenes. Aunque tampoco tiene interés alguno en llevar la voz cantante. Sus planes son siempre a corto plazo, como mucho quizá a dos semanas vista; más allá, sólo está la tierra circundante, y conoce a gente en todas partes. Es un hombre sin hogar, pero feliz consigo mismo, interesado por sus semejantes. Cuando escucha, da la impresión de sentir que la vida es para él un espectáculo a veces ruidoso, a veces delicado, a veces descabellado, a veces peligroso. Un espectáculo que no tiene pies ni cabeza. Él escucha, con interés, y al igual que las marmotas a veces desaparece súbitamente bajo tierra y asoma después por otro lado. No precisa recurrir a argucias porque nunca se ha planteado prometer nada a nadie, por lo que sus traiciones son menores y sin consecuencias. «Si hay que hacerlo se hace», parece creer. La moral está llena de mujeres, y Gay, recatadamente, ha logrado que muchas se sustraigan a ella, con declarada gratitud. La negativa de Gay a hacer mofa de la que acaba de partir en ese tren impulsa ahora a Guido a abrirse:

—Acabo de conocer a un bombón de mujer, Gay. De quitar el hipo.

Gay lo mira con sorpresa complacida.

—Cómo no sería para dejarte tan impresionado... Oye, ¿por qué no vamos a las montañas?

—Mi idea era reunir unos quinientos dólares esta vez. Debería comprarme un motor nuevo.

—Qué demonio, si con ese avión llegas a donde quieras. Llevas más de dos meses trabajando en ese taller, amigo..., ya has juntado bastante para tirar un año. A ver si te malacostumbras. ¿Qué quieres que te diga?, yo estoy deseando respirar un poco de aire puro y no ver un alma durante un tiempo, ni mujer ni hombre. Incluso podríamos hacer una batida y pillar algún mustang.

Guido aparta la mirada, indeciso.

—Te veo luego en el bar. Ya hablaremos.

—¡Así me gusta! —Gay se apea y cierra la portezuela de golpe—. ¡A ver si conozco a tu bombón!

—Lo único malo es tener que pasar por tanta palabrería inútil.

—Qué demonio, ¡si no hay nada más útil que hablar con una chica guapa! Llevas un tiempo algo tristón..., a lo mejor así te animas. ¡Luego nos vemos!

Gay da un paso atrás, se dicen adiós con la mano y la grúa arranca. Gay echa a andar, con el ánimo un poco más alto en la mirada.

En un tramo de la calle principal, la calzada cruza a modo de puente el angosto río Truckee, que discurre entre edificios. Roslyn e Isabelle van andando por él, pero Isabelle la detiene en la barandilla. El calor del mediodía parece haberlas amustiado.

Habla Isabelle:

—El que tira la alianza al agua, nunca más se divorcia.

Turbada, Roslyn acaricia la alianza, como protegiéndola.

—Venga, nena, si todo el mundo lo hace —insiste Isabelle—. Ese río lleva más oro que el Klondike.

Roslyn pregunta con cierta aprensión:

—¿Tú la tiraste?

—¿Yo? ¡Uy, yo la perdí en mi luna de miel!

—Vamos a tomar una copa.

—¡Así se habla!

Unas pocas puertas más abajo hay un casino. Abierto a la calle, un aparente mar de panzudas máquinas tragaperras refleja una luz de neón rosa y azul. La mayoría de sus pasillos están todavía desiertos, pero unos cuantos madrugadores accionan ya las palancas, pestañeando en ese mar de

cromo, los ojos fijos en las destellantes luces, como peces en un oscuro mundo submarino. En el interior todo suena amortiguado. Las dos mujeres toman asiento a una mesa cerca de la barra y observan a los jugadores desperdigados por el local.

Un camarero se acerca y Roslyn pide:

—Un whisky escocés, creo yo. Con hielo.

—Para mí uno de cebada, con agua —añade Isabelle.

Las palancas engrasadas de las tragaperras suenan apaciblemente en la penumbra de neón. Las dos guardan silencio un momento, observando. Un viejo cerca de ellas se persigna ante una máquina y tira de la palanca.

Isabelle lleva la mano al brazo de su amiga:

—¡Anímate, nena!

—Lo haré, pero es que no soporto tener que pelear con nadie. Incluso cuando gano, pierdo. En el fondo, me refiero.

—¡Pero, mujer, si eres libre! Será que aún no te has hecho a la idea.

—No, lo malo es que siempre acabo igual como empecé. Nunca he llegado a contar con nadie en realidad, y ahora...

—Bueno, con tu madre bien que contarías, ¿no?

Roslyn sofoca una extraña sensación de vergüenza.

—¿Cómo se puede contar con alguien que desaparece cada dos por tres? Ninguno de los dos... «estaba» en realidad. Ella a veces se iba con un paciente y no volvía en tres meses. ¿Te imaginas lo largos que son tres meses para una niña? Y él se dejaba caer sólo cuando había que hacer reparaciones en el barco...

Llega el camarero, deja las bebidas sobre la mesa y se marcha. Isabelle levanta el vaso.

—Bueno, pues a hacer puñetas, ¡brindemos por todo, niña!

Roslyn agarra de repente el brazo de Isabelle:

—Qué buena persona eres, Iz. Eres casi la única mujer que he tenido por amiga en mi vida.

—Escucha, no te marches; quédate a vivir aquí. Hay una academia de baile; podrías dar clases... Porque si algo bueno tiene esta ciudad es que siempre está llena de forasteros interesantes. —A Roslyn se le saltan las lágrimas, para sorpresa de Isabelle—. Ay, mi niña, lo siento; ¿qué he...?

—De pronto echo de menos a mi madre. Qué tonta, ¿verdad? —Levanta el vaso con resolución, risueña—. ¡Por..., por la vida! Sea lo que sea.

Ríen las dos y beben. Roslyn se fija en el perro de Gay, sentado pacientemente al pie de la barra:

—¡Oh, mira qué monada de perro! ¡Tan tranquilito ahí sentado!

—Sí, son majos los perros —comenta Isabelle.

Roslyn e Isabelle observan a Gay, que se agacha para poner un vaso de agua delante de su perra, *Margaret*. *Margaret* bebe. Gay lanza una ojeada hacia ellas, hace un asentimiento con la cabeza a modo de saludo y al erguirse para volverse hacia la barra, entra Guido, con una camisa limpia y pantalones de vestir. Guido ve a Roslyn y se dirige hacia ella, al tiempo que Gay amaga un saludo en su dirección.

Habla Guido:

—¡Eh, hola! ¿Cómo ha ido la cosa?

Roslyn, tímidamente, contesta:

—Bien. Fin de la historia.

Guido asiente, sin saber cómo proceder, y le hace una señal a Gay de que se acerque, en parte para disimular su nerviosismo.

—Quiero que conozcáis a un amigo mío. Os presento a Gay Langland. La señorita Taber...

Gay, al caer en la cuenta de que es «ella», dice:

—¡Hombre! ¿Qué tal?

Guido, en dirección a Isabelle, prosigue:

—Y ésta es...

—Isabelle Steers. —A Roslyn—: Lo bueno de los hombres de Reno es que no se les olvida un nombre.

Ríen los cuatro. Isabelle está radiante, feliz de conocer a gente nueva:

—¿Por qué no os sentáis, chicos?

Habla Gay:

—Vaya, gracias. Siéntate, Guido. ¿Camarero? ¿Qué estáis tomando, chicas?

Isabelle:

—Whisky. Estamos celebrando que se ha quemado la cárcel.

Una camarera se acerca a la mesa.

—Tráenos cuatro dobles —pide Gay, y después se dirige a Roslyn—: Menuda impresión le has causado aquí al amigo, y —a Guido— no me extraña nada.

Roslyn lanza una mirada a Guido, pero su intensidad la hace volverse de nuevo a Gay y dirigirse a él:

—¿Tú también eres mecánico?

—¿Este? —tercia Isabelle—. Éste es cowboy.

Gay, muy risueño, pregunta:

—¿Cómo lo sabes?

—Una, que tiene olfato, ¿no?

—No me dirás que huelo a vaca...

—Es en la cara donde se te huele, cowboy. —Isabelle se inclina hacia él y ríe—. ¡Pero, ay, cuánto os quiero, bribones! Una vez tuve un amigo cowboy... —Da un rápido trago—. Le faltaba un brazo, pero era más capaz con uno solo que cualquier otro con dos. Capaz de cocinar, me refiero... —Ríen todos—. ¡En serio! Podía lanzar al aire una sartén entera de chuletas y pescarlas al vuelo. Porque, desde luego, una calamidad sí sois todos, bien que lo sabéis.

—En eso puede que tengas razón —admite Gay—, pero más vale ser una calamidad que trabajar a jornal.

La camarera llega con las copas.

Habla Guido:

—Supongo que ahora te volverás al Este, ¿no?

Roslyn:

—No acabo de decidirme; no sé qué hacer.

Gay:

—¿Eso significa que no tienes un negocio que atender o una escuela donde dar clase, o...?

—¿Yo? Si ni siquiera terminé el bachillerato...

—Hombre, ésa sí que es una buena noticia.

—¿Por qué? ¿No te gustan las mujeres instruidas?

—Bueno, no tengo nada en contra. Pero siempre quieren saber lo que estás pensando. Será que allá en el Este se piensa mucho.

—Igual sólo pretenden conocerte un poco. —Roslyn sonríe con sorna—. Eso no te parecerá mal, ¿no?

—A mí no, ni mucho menos. Pero ¿desde cuándo preguntando se conoce más a un hombre?

—¿Insinúas que va a mentir?

—Bueno, puede que no..., ¡pero puede que sí!

Isabelle suelta una risotada, y la fase de preguntas y respuestas toca a su fin.

—¡Pidamos otra ronda! —propone Gay.

Roslyn lo secunda:

—¡Venga, sí, otra!

La franqueza de Gay apacigua a Roslyn; busca conversación con ella sin disimulo, y eso la estimula gustosamente.

—¡Eh, mozo! —Gay llama al camarero—. A ver si nos puedes traer otros cuatro, anda. —Se vuelve hacia Guido, relajado y feliz, intentando abrir brecha—. ¿Qué, cómo lo ves, piloto? ¿Hacemos esa escapada hoy mismo?

Espoleado, incómodo, Guido recoge el testigo balbuceante.

—¿Ha salido algún día de Reno, señorita Taber?

—Un día fui paseando hasta las afueras, pero... parece que más allá no hay nada —contesta Roslyn.

—Oh.

—Puede que allí sea precisamente donde está todo —tercia Gay.

—¿Como qué? —pregunta Roslyn.

—El campo.

—¿Y allí qué se hace?

—Vivir simplemente.

Intrigada, buscando la mirada de Gay, le pregunta:

—¿Y cómo..., cómo se vive simplemente?

—Bueno, pues... lo primero, te acuestas. Luego, te levantas cuando te viene en gana. Luego te rascas —ríen por lo bajo—, te fríes unos huevos, miras a ver qué tal día hace, tiras una piedra, montas a caballo, haces una excursión, silbas...

Roslyn y Gay intercambian una mirada.

—Ya me hago una idea.

Habla Isabelle:

—Te sentaría bien, niña, ¿por qué no te vas a dar una vuelta?

—Si te apetece —propone Guido—, yo tengo una casa vacía en el campo, un poco más allá de Hawleyville. Si quieres un poco de paz y tranquilidad antes de volverte al Este, tuya es.

Roslyn sonrío de oreja a oreja:

—Ah, ¿pero la última de turno ya se ha marchado?

—¡No! En serio —salta Guido, en un arranque expansivo que no va con su carácter—. Es la primera vez que ofrezco mi casa a nadie.

—Vaya, gracias. No me quedaría allí, pero la verdad es que tenía pensado alquilar un coche y ver si el campo...

—Gay tiene una camioneta, o puedo ir a por mi coche.

—No. Entonces alguno tendría que traerme de vuelta.

—¡Por mí, ningún inconveniente!

—Te lo agradezco, pero a mí siempre... —un tanto azorada por tener que contrariarle, posa una mano sobre la de él—, siempre me ha gustado sentirme independiente, ¿sabes? Alquilaré un coche. ¿Dónde podría?

—¿Ahora mismo? —salta Gay.

—¿Por qué no?

Gay se pone en pie:

—¡Pues vamos! Tú no pierdes el tiempo, ¿eh?

Guido comenta:

—Sólo tengo que parar en el taller y decirle al jefe que me despido.

—¡Di que sí, muchacho! —concluye Gay.

Van por un pasillo flanqueado por máquinas tragaperras en dirección a la calle. De buenas a primeras, ha surgido un propósito, una senda que surca el informe día.

Tres

La ranchera de alquiler de Roslyn circula a toda velocidad por una carretera recta e interminable, a unos cuatrocientos metros por detrás de Gay, que va en una camioneta con ya diez años de antigüedad. A excepción de los dos vehículos, la carretera está desierta. A ambos lados del asfalto se alzan las peladas montañas de Nevada, macizo tras macizo. De vez en cuando, alguna que otra pista de tierra se adentra serpenteando en ellas, suscitando el sorprendente pensamiento de que quizá desemboque en algún lugar habitado. No hay viviendas a la vista; sólo alguna cerca esporádica indicando que al otro lado hay ganado pastando de vez en cuando. Las montañas se alzan al frente como torsos de enormes gigantes; ante el ojo que pasa a toda velocidad, sus ondulantes cimas oscilan como si la tierra respirara silenciosamente. El sol de mediodía proyecta manchas rojas, como heridas, sobre su superficie, un repentino rubor purpúreo en una, un rosa pálido en la siguiente, un reflejo parduzco en la de más allá. Pese al runrún de los motores, la tierra parece sumida en un silencio imperturbable, un silencio que crece en la mente hasta convertirse en una voz muda.

Roslyn, que va al volante con Isabelle al lado, aparta una y otra vez la mirada de la carretera para contemplar las grandes y romas colinas. Su mirada es introspectiva, sus ojos se agrandan con cierto respeto.

Habla Roslyn:

—¿Qué hay detrás de ellas?

—Más montañas —contesta Isabelle.

—Y ese olor tan maravilloso, ¿qué es? Huele como a un perfume verde.

—Artemisa, bonita.

—¡Ah, claro! ¡Sólo la había olido en frasco! —Entre risas—: Oh, Isabelle, qué hermoso es todo esto, ¿verdad?

Isabelle percibe el entusiasmo de Roslyn:

—Más vale que te prevenga sobre los cowboys, hija.

Roslyn ríe afectuosamente.

—¡Hay que ver cuánto te preocupas por mí!

—Eres demasiado ingenua, hija mía. Los cowboys son los últimos hombres auténticos que quedan en el mundo, pero son menos de fiar que un zorro hambriento.

—Pero ¿y si no hay otra cosa? En el fondo de los fondos, me refiero. ¿Tú crees que yo soy de fiar?

—Supongo que lo serías si tuvieras a alguien con quien serlo.

—Ya no lo sé. Quizá no haya que creer en nada de lo que nos dicen los demás. Quizá ni siquiera sea justo con ellos.

—En fin..., a mí no me preguntes, hija. Este mundo y yo siempre hemos sido extraños el uno para el otro..., en el fondo, quiero decir.

Se quedan en silencio. Las montañas y sus tonalidades surcan los ojos de Roslyn.

Un trecho por delante, Guido va conduciendo la camioneta. A su lado, Gay dormita con el sombrero calado sobre los ojos.

—No he oído lo que el tipo le ha dicho —dice Guido, y mira de reajo a Gay buscando corroboración—, pero me ha dado la impresión de que era ella quien lo había dejado a él. Al marido. —Guido espera, pero Gay no abre la boca—. No acabo de entender a esa chica, ¿sabes? A veces parece una inocentona, como si se hubiera caído de un guindo. Igual que una cría. Pero lo mismo él descubrió que se la estaba pegando, ¿no? —Gay guarda silencio—. Un pedazo de hembra, ¿eh?

—Sí. De primera.

Guido va a decir algo, pero mira de reajo a Gay y decide dejarlo dormir. Prosiguen viaje en silencio. Adelantan a dos indios, a lomos de sendos caballos pintos, que van cabalgando lentamente a su derecha siguiendo a una pequeña manada de reses. Guido reduce la marcha, asoma la cabeza por la ventanilla y hace una señal a Roslyn con la mano. Abandona la carretera y toma por una pista de tierra, sin dejar de echar ojeadas por el retrovisor.

Siguiéndole, Roslyn se adentra entre la polvareda y las matas de artemisa, en dirección a las montañas. Al rato ya están ascendiendo el vientre de una colina. Serpentean cuesta arriba, por un camino cada vez más pedregoso y de curvas más pronunciadas. Los peñascos desgajados de la roca fuerzan la sinuosidad de la senda. Atraviesan una cañada y luego suben por un desfiladero cuyos flancos ocultan prácticamente el cielo. De buenas a primeras, al otro lado del desfiladero aparece una casa; Roslyn aparca detrás de la camioneta y los motores se apagan.

Las dos mujeres se apean de la ranchera, mirando la casa. Gay y Guido se acercan a ellas. Una nubecilla de polvo parduzco se aleja flotando lentamente. Por un instante, la súbita aparición de la deshabitada vivienda impone su silencio sobre ellos.

Un aire extraño, casi fantasmal, emerge de la casa, una construcción de una sola planta y estilo bastante moderno. Sus ventanas dan a una pendiente que cae en abrupto declive en dirección a la carretera, no visible desde allí, y al siguiente macizo de montañas que se alzan más allá. En la inmensidad del paraje, parece tan tremendamente solitaria como un barco varado.

La casa está sin terminar. Se ven paneles negros de revestimiento sintético sobre los que tendrían que haber ido los tablones de madera, tirados en el suelo formando una pila, blanquecina y castigada por la intemperie, entre la que se enredan las campanillas silvestres. El tejado a dos aguas está cubierto sólo en parte, hay una zona bastante amplia por debajo de la cual todavía asoma la tela asfáltica negra. Hay caballetes cubiertos de maleza y artemisa. En un ala de la casa a medio

construir se eleva un entramado de puntales y vigas, y pequeños matojos de artemisa brotan por los cimientos. La impresión general es de abandono, como si la obra hubiera quedado paralizada por una repentina catástrofe o se hubiera dejado inconclusa caprichosamente para correr de repente en pos de otra idea. No es una granja, tampoco un rancho; la única razón evidente de su presencia allí es la espléndida panorámica que se domina desde ese emplazamiento. Aunque alguien con posibles como para edificar por un motivo así difícilmente habría concebido una casa tan convencional y de tan reducidas dimensiones.

A Roslyn, sin embargo, esa misma inutilidad le resulta en cierto modo poética, como la manifestación física de un anhelo insatisfecho:

—¿Por qué no está terminada?

Guido contesta críticamente:

—Resiste a las inclemencias del tiempo. Venid, pasad adentro.

Los hace entrar por la puerta lateral. Se detiene antes de que traspasen por completo el umbral y se vuelve hacia Roslyn, palmeando la guata negra de aislamiento entre el entramado abierto de un tabique.

—Aislada.

Roslyn hace un gesto de asentimiento, sin saber exactamente a qué se refiere, y Guido se adentra en la sala de estar. Con un amplio ademán del brazo, anuncia:

—Sala de estar —y Roslyn asiente de nuevo, mirando el completo surtido de muebles, desde la butaca de cuero con respaldo reclinable hasta el sofá-cama, los sucios cristales de las ventanas sin cortinas, los tramos de pared forrados con listones de nudosa madera de pino y los que no son aún más que puntales pelados, las polvorientas mantas indias tendidas sobre el sofá. No hay humedad, pero lo parece. La luz entra tamizada por el polvo que cubre las ventanas.

Guido abre una puerta y, apoyado contra la jamba, la invita a echarle un vistazo.

—Éste iba a ser otro dormitorio.

Roslyn asoma la cabeza y ve el entramado de puntales de madera que conforman esa ala de la casa. El sol le da de pleno en la cara e ilumina la tierra que se entrevé por las vigas del suelo, aún sin pavimentar.

—¡Incluso está bonito tal cual!

Animado, Guido va rápidamente hacia el ventanal de tres hojas que hay enfrente.

—Vista panorámica.

—¡Oh!

Pero al acercarse a mirar, Guido no ve más que un cristal grisáceo y corre presuroso a abrir la puerta de la entrada.

—Mirad esto.

Seguida por Gay e Isabelle, Roslyn se detiene en el umbral y baja la vista hacia el mar de montañas que se pierden en la distancia.

—Dios mío, es una cordillera inacabable.

—Venid a ver el cuarto de baño. —Guido la agarra del codo y Roslyn cruza la sala de estar tras él. Al pasar por delante de la chimenea, Guido la toca y alza la vista siguiendo su tiro hasta el techo —. La chimenea.

Roslyn asiente con la cabeza.

—Obra vista —observa.

—La cocina.

Roslyn entra en la zona de la cocina y se fija en la araña que hay dentro del fregadero y en la caja de copos de jabón, arrugada por la humedad, que alguien ha dejado sobre el fogón.

—Nevera de gas. —Guido abre la puerta del congelador y ella se asoma. El orgullo que gobierna sus movimientos atrae a Roslyn. Guido cierra la nevera y atraviesa una puerta, rápidamente, como temiendo que Roslyn pierda interés.

—Alicatado.

En el cuarto de baño, Roslyn observa las baldosas. Guido va hacia otra puerta, la abre y Roslyn se coloca a su lado.

—Y aquí está la habitación de... —Se interrumpe al ver una foto de boda con un recargado marco sobre el cabecero de la cama. Dos rosarios cuelgan de él—. De matrimonio. Aquí murió mi mujer.

—Oh, lo siento. —Roslyn echa un vistazo al desangelado dormitorio: una cama de matrimonio, una cómoda, una ventana, un muro de contrachapado sin pintar. En la foto, misteriosamente, parece que ni el rostro de Guido ni el de su mujer tuvieran edad, como si no hubiera pasado el tiempo. La tristeza embarga a Roslyn, y al mirar hacia la cara de Guido a su lado, vislumbra por primera vez el secreto tormento que hay tras sus ojos.

—Faltaba ya poco para que saliera de cuentas —cuenta Guido—. Yo estaba colocando el sombrerete de la chimenea cuando... dio un grito, y eso fue todo.

Pregunta Roslyn:

—¿No pudiste avisar al médico?

—No la vi tan mal. Para colmo, se me había pinchado una rueda y no tenía de repuesto. En fin, una mala pata tras otra. A veces pasa.

—Sí, ya sé. ¿Y ya no podías seguir viviendo aquí?

Guido, sorprendido ante el derroche de comprensión, se deja arrastrar por la tentación de

cultivarla. No obstante, se aprecia en él cierto temor a la burla, y se dirige a ella con cautela y delicadeza.

—Nos conocíamos desde los siete años.

—Deberías buscarte otra chica.

Guido, con un leve deje de condescendencia ante la sugerencia:

—No sé yo. Estar con otra persona me parece digamos que..., no sé, imposible. No era como las demás. Daba igual lo que yo hiciera, ella siempre estaba de mi lado, nunca se quejaba de nada.

Roslyn percibe la injusticia de esa declaración y amaga una risita.

—Quizá fuera eso lo que la mató. —Rápidamente, viendo que Guido se ha ofendido—: Quiero decir que, de vez en cuando, no viene mal quejarse. —Pero Guido no lo entiende, y Roslyn, buscando ligereza, a la par que indulgencia, se cuelga de su brazo y hace ademán de sacarlo de la habitación—. ¡Vamos! ¡Enséñame el resto de la casa! ¡Es preciosa!

Salen a la zona de la sala de estar. Gay está repantigado en el sofá; Isabelle levanta en alto una manta india para examinarla.

Habla Roslyn:

—¿A que esto es precioso, Iz?

Isabelle:

—Para que fuera perfecto alguien tendría que salir al coche a por la botella de whisky que servidora ha comprado con su dinero.

Guido:

—¡Uy, es verdad! —Encantado de cambiar de tercio, va hacia el umbral y sale al exterior de un salto, necesariamente, puesto que no hay escalón.

Roslyn deambula por la sala, tocando cosas.

—Hay vasos en la cocina, Isabelle —dice Gay—. Yo estoy que no me tengo de cansancio.

—No, querido, a ti lo que te pasa es que eres un cowboy. Y un cowboy no levanta el trasero a menos que le esté cayendo un chaparrón encima.

Él le ríe la broma mientras Isabelle va hacia la zona de la cocina. Gay se vuelve hacia Roslyn, que se ha detenido ante un sucio cristal para contemplar la vista. La mira de arriba abajo, el trasero, las piernas.

—¿Qué?, ¿demasiado agreste para ti, Roslyn?

Una especie de suspense ensimismado emana de ella:

—Oh, eso no me importa.

—Tendrías que haber visto a su parienta. Ayudaba a verter el cemento, a martillar clavos.

Buena gente, la mujer.

Roslyn mira alrededor como si quisiera que las paredes le devolvieran su recuerdo:

—Y ahora está muerta... Porque él no tenía rueda de recambio.

—En fin, así es la vida.

Sus miradas se encuentran; en la de Roslyn hay contrariedad por esa réplica contra su verdadero sentir.

—Pero también puede no serlo, no lo olvides. —La inamovible resolución de Gay la hace sostenerle la mirada un momento, hasta que al cabo, a su pesar, una leve gratitud cruza su semblante.

Guido sube el tranco de un salto y entra en la sala de estar con una pequeña bolsa de papel llena de comestibles y una botella. Los mira a los dos y a Isabelle, que está secando los vasos en el pañuelo del cabestrillo, y dice, alzando la voz:

—¡Es una alegría ver a gente en casa! Venga, amigos, a beber. —Va hacia Isabelle, que está en la zona de la cocina—. Pondré en marcha la nevera. Hace hielo en un momento.

—¡Hielo! —exclama Isabelle a través del entramado de vigas en dirección a Roslyn—. ¿Tanto tiempo nos vamos a quedar?

—No sé...

Inconscientemente, Roslyn mira hacia Gay como esperando que sea él quien lo decida, y él responde ante su vacilación:

—¡Pues claro! ¿Dónde íbamos a estar mejor? ¡O en mejor compañía!

—¡Hecho! —Roslyn ríe.

—¡Así se habla! —Gay alza la voz en dirección a la cocina—: ¡Pon en marcha ese hielo, muchacho!

Isabelle entra en la sala de estar, con unos vasos en una bandeja, y Gay salta del asiento para ayudarla y asir la botella que lleva encajada en el cabestrillo. Él mismo sirve el whisky.

Habla Gay:

—Venga, que corra, a ver si logramos que el desierto eche flor.

Isabelle:

—Que corra, pero pasito a pasito. No tenemos más que una botella.

Gay sujeta a Roslyn por la muñeca y le pone el vaso en la mano.

—¡Venga, toma! Métete esto entre pecho y espalda y verás cómo te sienta.

Roslyn le sonrío, animada por su insistencia.

Guido entra en la sala y toma un vaso.

—Venga, ¡a sentarse todos! Pongámonos cómodos.

Roslyn se sienta en el sofá, e Isabelle a su lado. Ellos, en unas sillas.

Guido se dirige a Roslyn, muy esperanzado:

—Bueno, me alegro mucho de que os guste la casa.

—Pues, brindemos por Nevada, el estado «vertedero» —propone Isabelle.

—¿El estado qué? —pregunta Roslyn.

Prorrumpen todos en risas.

—El estado «vertedero». ¿Que quiere jugarse el dinero? Pues venga a dejárselo aquí. ¿Que tiene una esposa que quitarse de encima? Aquí se la quita de encima. ¿Una bomba atómica de sobra? Suéltela aquí, que a nadie le va a importar un comino. El eslogan de Nevada es: «Aquí no le hacemos ascos a nada, ¡pero luego no nos vengan con cuentos si las cosas les desaparecen!».

Gay replica:

—¡Ay, cuánta razón llevas!

—¿Cómo es que tú no te volviste a tu tierra, Isabelle? —quiere saber Guido—. Viniste aquí para divorciarte, ¿no? En un principio.

Isabelle da un trago, mira cohibida a Roslyn:

—Si te digo la verdad, no era lo bastante guapa como para volverme.

—¡Oh, Isabelle! —exclama Roslyn.

—Es verdad, nena. La belleza es útil en todas partes, pero en Virginia es una necesidad. Casi hasta para sacarse el carnet de conducir. A mí me encanta Nevada. Fijaos que aquí ni siquiera hay horarios de comida. Nunca había conocido a tanta gente que no tuviera reloj. Puede que tengan dos mujeres, pero relojes ni uno. ¡Benditos sean!

Roslyn, relajándose, reclina la cabeza en el sofá mientras los demás beben. Han aflojado el ritmo. Las risas se disipan.

Habla Roslyn:

—¡Qué silencio hay aquí!

Repanchingado, Gay dice con manifiesta seriedad:

—El sonido más bello que existe.

Todos dan un trago. Un silencio celestial se ha adueñado de la sala.

—A unos ocho kilómetros de aquí hay una tienda india... —dice Guido, y Roslyn lo mira sin comprender—, por si hay que hacer alguna compra. Comestibles, de todo un poco. En caso de que decidas quedarte un tiempo.

Gay habla con franqueza, sin tapujos:

—Yo estaría dispuesto a echarte una mano con las obras. Si quieres.

Roslyn da otro trago y se levanta del sofá. Los demás la observan mientras se dirige, ensimismada, hacia una estantería medio vacía. Incapaz de soportar el silencio, se vuelve hacia los dos hombres:

—¿Podríamos encender la chimenea?

—¡Faltaría más! Tira de maravilla. —Guido salta del asiento y apila la madera en el hogar. Levanta la vista hacia Roslyn y amaga una sonrisa, agradeciendo poder complacerla.

Ella le sonrío también, abstraída, y cuando aparta la mirada de Guido, repara en que Gay ha estado observando el silencioso contacto entre ambos. Sonríe a Gay y él la mira con intensidad, sin rebozo.

—A lo mejor conocen a tu amigo —dice Roslyn a Isabelle. Y a los hombres—: ¿Conocéis a un tal Andy?

—¿Andy qué más? —pregunta Gay.

—¡Déjalo, niña! —le pide Isabelle—. A los hombres no se les puede buscar.

—¿Qué pasó?, ¿echó a volar? —quiere saber Gay.

—Bueno, no exactamente. Lo que hizo fue no volver. —Isabelle se ríe de sí misma—. ¿Andy Powell? ¿Alguna vez...?

—¡Claro! Uno que es manco. ¿Al que a veces llaman Andy «el Tontainas»?

Isabelle, un tanto ilusionada a su pesar, se echa a reír:

—¡El mismo!

Roslyn, albergando esperanzas por Isabelle, le pregunta a Gay:

—¿Dónde está?

—El mes pasado precisamente lo vi en el rodeo.

—¿Podrías localizarlo si...?

—Hija mía —Isabelle interrumpe a Roslyn—, a ver cuándo te convences de que las cosas no se pueden cambiar.

Un desconcertante torrente de protestas enciende el rostro de Roslyn:

—Pero si se puede hacer algo..., yo no sé qué hacer, ¡pero si lo supiera, lo haría!

Roslyn repara de pronto en que los tres la miran en silencio, como si los hubiera desafiado sibilinamente. El interés de Gay se ha avivado; Isabelle se siente un tanto avergonzada e inútil; a Guido el arrebató lo ha dejado un tanto asustado, pero también atraído por ella. Y Roslyn, viendo que ninguno de los presentes ha comprendido lo que verdaderamente pretendía decir, añade, casi

entre risas:

—¿Hay algún tocadiscos o alguna radio en la casa? Vamos a poner música.

Habla Guido:

—No hay luz.

Roslyn:

—¿Y la radio del coche?

Gay:

—Qué feliz ocurrencia. ¡Pon esa radio, Guido!

Guido:

—Tú siempre tienes ideas, ¿eh?

Ilusionado, Guido va rápidamente hacia la puerta y sale de un salto.

Gay:

—¿Otra copa, Roslyn? Para que no se enfríe la primera.

Roslyn:

—Con mucho gusto.

Fuera, se oye el motor del coche arrancando. Con un vigor extrañamente juvenil, Isabelle se pone en pie y va hacia la cocina.

—Creo que me voy a hacer un bocadillo. ¿Alguien quiere uno?

—Bueno —acepta Roslyn.

Isabelle entra en la zona de la cocina. Gay, cerca de Roslyn, le llena el vaso y dice, en tono confidencial:

—Espero que te quedas por aquí. ¿Hay alguna posibilidad?

El semblante de Roslyn se ve invadido por una tristeza rayana en un extraño desamparo.

—¿Por qué? ¿Qué más daría?

—Puede que con el tiempo no diera lo mismo en absoluto.

Roslyn lo mira con ojos inquisidores, abiertamente, y él no elude su mirada. Fuera, en la radio del coche, suena música de jazz. Oyen que el motor se apaga. Gay lleva una mano a su brazo.

—¿Bailas?

—Bueno.

Gay la atrae hacia sí. No es mal bailarín. Guido entra en la sala de estar y la escena lo pilla un tanto desprevenido.

Roslyn se dirige a él por encima del hombro de Gay:

—¡Gracias! Iz, ponle otra copa. Es una casa muy bonita, Guido.

Isabelle sale de la zona de la cocina. Guido pasa junto a la pareja y finge interesarse por el fuego. Un pensamiento rápido, calculador, cruza su rostro, iluminado por la luz de las llamas.

Isabelle, mientras prepara los bocadillos con una sola mano, exclama:

—¡No bailas mal, cowboy!

—¿Eh?, ¿por dónde me llevas? —dice Gay.

Roslyn está bastante achispada; su cuerpo se mueve con mayor libertad:

—Relájate. Acompaña a tu pareja, no luches contra ella.

—Pero si no estoy luchando.

Roslyn se aparta e intenta bailar un *lindy hop* con él. Gay se mueve con torpeza, pero asombrado de sí mismo.

—¿Se puede saber qué hacéis? —pregunta Guido, que, al igual que Isabelle, los observa con sonrisa intrigada. Guido da un largo trago; una competitiva tensión brota en su interior.

Isabelle se dirige a Guido con callado orgullo:

—Daba clases de baile, ¿sabes? Antes de casarse.

—¡No me digas! ¿En un salón de baile?

—Algo por el estilo, supongo.

Al conocer ese dato, Guido vislumbra una posible afinidad entre ambos, y se interpone entre ella y Gay.

—¿Y el dueño de la casa, qué? —Con delicadeza, a Gay—: Hazme sitio, ¿eh, amigo?

—¡Ojo con esos hermosos piececitos!

Guido mira de frente a Roslyn, con los ojos chispeantes y una familiaridad casi ridícula en la sonrisa.

—¡Bah, ella sabe perfectamente cómo apartarse! ¡Vamos!

Guido da una palmada y los deja a todos boquiabiertos marcándose un enérgico *lindy hop*. Roslyn lo sigue al instante, con alegría. Se sujetan, se separan, bailan espalda con espalda, y Guido consigue hacerle sacar lo mejor de sí misma.

—¿Dónde diablos has aprendido, piloto? —le dice Gay, y luego a Isabelle—: ¡Ahora me entero de que sabía bailar! —En voz alta—: ¡Mira tú el piloto, qué escondido lo tenía!

Termina la canción, con Guido muy arrimado a Roslyn en el último compás, y en el silencio que sigue, ella lo aparta de buenos modos pero con firmeza, aunque sonriendo, y desasiéndose con una

expresión que refuta la fácil victoria que se refleja en los ojos de Guido.

—¡Tendríais que montar un número los dos! ¡Qué arte, Roslyn! —exclama Gay.

—¡Buf! —Jadeando, cada vez más achispada, Roslyn se dirige tambaleante hacia la puerta de la calle. Por la radio suena otra canción. Guido se acerca a ella, la toma por la cintura y la vuelve hacia sí, tomándose confianzas.

—Venga, guapa, que ésta es buena. Hacía años que no bailaba.

Bailan, cada vez más acompasados. Al rato Roslyn le pregunta:

—¿Tu mujer no bailaba?

—Como tú, no. No tenía... gracia.

Roslyn, pegada todavía a él, levanta los ojos para mirarlo a la cara.

—¿Y tú por qué no le enseñaste?

—Eso no se aprende.

—¿Tú qué sabes? Quiero decir, ¿cómo lo sabes?

El imprevisto giro del pensamiento de Roslyn deja anonadado a Guido. El rencor le ensombrece el semblante.

—¿Ves? ¡Se murió sin saber lo bien que bailas! No es culpa de nadie, pero hasta cierto punto —Roslyn sostiene el pulgar y el índice en alto, separados apenas unos milímetros—, quiero decir que sólo hasta cierto punto, puede que fuerais unos desconocidos el uno para el otro.

Herido, con un tono rayano en el desprecio, Guido replica:

—No me apetece hablar de mi mujer.

Dicho lo cual, deja de bailar.

Roslyn lo ase del brazo. La música sigue sonando; ella está ya muy bebida y una profunda aflicción aflora en su rostro.

—¡Oh, no te enfades! Lo que pretendía decir es que si la querías podrías haberle enseñado lo que fuera. Porque todos nos tenemos que morir, ahora mismo de hecho nos estamos muriendo, ¿no? Cada minuto mueren montones de maridos y mujeres, sin que se hayan enseñado el uno al otro lo que en realidad saben. —Roslyn advierte el desconcierto de Guido y adopta un tono suplicante—. Con lo buena gente que eres, Guido. —Roslyn se aparta el pelo de los ojos para borrar la imagen del semblante resentido de Guido—. ¡Necesito aire! —Se vuelve rápidamente hacia la puerta principal, dispuesta a salir.

Gay salta presuroso del sofá y la detiene antes de que se caiga en el tranco. Isabelle sale corriendo detrás de él.

—Mejor que te eches un rato, nena —le recomienda Gay.

Isabelle añade:

—Venga, vámonos a casa. Ayúdala a bajar, cowboy.

—No, si estoy bien, sólo... —Roslyn va de nuevo hacia la puerta.

Guido salta al otro lado del umbral, y Roslyn cae en sus brazos, de pie. Está mirándolo a la cara, riendo, sorprendida de la súbita caída, cuando él le planta un beso en toda la boca, estrechándola contra sí. Roslyn se zafa dándole un empujón.

Arriba en el umbral, Isabelle exclama en alto con voz temerosa:

—¡Ayudadme a bajar! ¡Métete en el coche, Roslyn!

Guido recula, propulsado por el empujón de Roslyn, y se aparta tambaleante. Roslyn, sola por un momento, mira a su alrededor. El jazz sigue sonando por la radio del coche. Se lanza a una danza en solitario entre la maleza, con pasos delicados y melancólicos, y al llegar a un majestuoso árbol, se detiene y luego se abraza a él, apretando la cara contra el tronco.

Guido, Isabelle y Gay la observan juntos desde el umbral de la casa, desconcertados. Guido, todavía molesto, hace ademán de ir hacia ella, pero Gay lo detiene. Gay se adentra entre la maleza en dirección al árbol e intenta girarla por el hombro con delicadeza, pues tiene la cara escondida bajo el brazo. En cuanto la toca, Roslyn vuelve la cara hacia él y, asombrosamente, ríe feliz y contenta. Gay esboza una sonrisa, pero está perplejo.

—¡Estabas preocupado por mí! —se sorprende Roslyn—. ¡Eres un encanto!

—No quería que te partieras tu bonita crisma.

Le pasa el brazo por la cintura y ella se deja conducir a la ranchera, aparcada junto a la baqueteada camioneta de Gay. Con la puerta abierta del vehículo, Gay se vuelve hacia Guido, con intención de decir algo, pero Guido lo interrumpe:

—Adelante, llévala tú, ya cojo yo tu camioneta.

Gay la ayuda a subir y Roslyn dice:

—No, no dejes a Guido solo, Iz... Móntate con el pobre Guido. —Disculpándose, en dirección a Guido, dice—: ¡Es una casa preciosa, Guido!

Gay se sienta al volante.

Los dos vehículos emprenden el descenso por la pedregosa pista de tierra en dirección a la carretera, la camioneta abriendo el camino. En el interior de la ranchera, Roslyn, sentada sobre una pierna, roza casi con el pie la cadera de Gay. Se encuentra en esa momentánea fase de calma posterior a una súbita tormenta, contemplando con mirada vidriosa las montañas que se alzan a ambos lados de la carretera. Se vuelve hacia el perfil de Gay; su rostro parece reflejar una calma, una ausencia de incertidumbre que destila bondad, un interés auténtico que Roslyn agradece.

—No pretendía herir sus sentimientos. ¿He herido sus sentimientos? —le pregunta Roslyn.

—Lo que está claro —dice Gay, muy sonriente— es que has conseguido que se soltara el pelo el muy tunante, menuda sorpresa. —Se echa a reír—. ¡Hay que ver lo cómico que estaba bailando así! —y suelta una risotada.

Han llegado al arranque de la pista de tierra. La camioneta ya ha accedido a la carretera, girado y continuado camino. Gay detiene ahora el vehículo, mira a derecha e izquierda por si viene alguien, y sus ojos se posan en Roslyn; ella lo está mirando inquisitivamente, con un atisbo de sonrisa todavía en el semblante.

—Eres toda una belleza. Es..., es casi un honor ir sentado a tu lado. Me deslumbras. —Ella ríe por lo bajo, sorprendida—. Hablo de corazón, Roslyn. —Pone el freno de mano y se vuelve hacia ella—: ¿Por qué estás tan triste? Creo que eres la chica más triste que he conocido en mi vida.

—Y tú el primer hombre que me dice eso. Normalmente me toman por una persona muy alegre.

—Porque das alegría a los hombres, eso es todo.

Gay intenta abrazarla; ella se resiste con delicadeza.

—Yo no siento lo mismo por ti, Gay.

Gay, en cierto modo complacido, le levanta la barbilla.

—Bueno, no te desanimes, nena..., ¡puede que algún día quizá sí lo sientas! Oye, ¿por qué no pruebas y te quedas a vivir aquí una temporada? Mira, a veces cuando uno no sabe por dónde tirar, lo mejor que puede hacer es no moverse..., además, te aseguro que aquí tendrías algo que no se encuentra en todas partes.

Roslyn le pregunta con la mirada.

—Puede que uno no valga gran cosa en ciertos aspectos, pero lo que sí soy es un buen amigo.

Roslyn le dice, tocándole la mano:

—Gracias.

Gay, alentado, arranca el coche y mete la marcha:

—Te llevo a Reno si quieres, y recoges tus cosas... —Gay avanza ya por la carretera, con creciente urgencia—. Prueba una semana, y ves qué tal.

Circulan un rato en silencio.

—¿Te han contado alguna vez la historia del hombre de ciudad que estaba de paso en el campo? Y ve a un granjero sentado en su porche y le pregunta: «Caballero, ¿sabría indicarme cómo regresar a la ciudad?». Y va el granjero y le dice: «No». Y el de la ciudad pregunta: «Entonces, ¿sabría decirme cómo ir a la oficina de correos?». Y el granjero dice: «No». «Bueno, pues, ¿sabe entonces cómo se llega a la estación de tren?». «No». Y el de la ciudad: «Caballero, no sabe usted gran cosa, ¿verdad?». Y el granjero, desde el porche, le suelta: «No. Pero yo no me he perdido».

Rompen a reír los dos. Cierta reserva se disuelve en Roslyn, como si percibiera una delicadeza

en los sentimientos de Gay, un interés sin fisuras por ella. Incluso una vez que él ha devuelto la vista a la carretera, Roslyn se siente en el centro de su mirada.

Le pregunta:

—¿No tienes una casa donde vivir?

—Claro que la tengo. Además, no la hay mejor.

—¿Dónde?

—Aquí mismo.

Con un gesto de la cabeza Gay señala el campo abierto. Roslyn mira por la ventanilla buscando alguna vivienda entre el paisaje lunar, pero al no ver más que colinas desiertas se vuelve de nuevo hacia el perfil de Gay, atraída por su circunspección. Luego devuelve la mirada a la noche, intentando encontrar un punto de apoyo en la inmensidad circundante.

Cuatro

La noche toca a su fin. Las estrellas retroceden y se extinguen, el sol asoma sobre el mar de montañas, y el cielo se incendia velozmente, succionando la visión del ojo hacia el horizonte circular y una tierra en paz. Trinos de pájaros, cristalinos como el aire, silban al sol para que regrese al cielo. El ojo, cansado de distancias, busca el detalle, y emerge la rapacidad; un conejo salta de un arbusto de artemisa y una sombra lo sobrevuela. Un halcón, sereno, surca el cielo trazando círculos cada vez más estrechos sobre él. El trino de los pájaros se torna disonante y estridente. Golondrinas que surgen de la nada se arrojan sobre la rapaz para ahuyentarla. Una mariposa se posa sobre una piedra y un lengüetazo de camaleón se la lleva por delante.

La luz del sol se adentra en el dormitorio de la casa de Guido, donde Roslyn está durmiendo. La algarabía de los pájaros parece penetrar en sus sueños; su rostro se crispa y un puño empieza a cerrarse. La almohada vacía a su lado está hollada.

Se abre la puerta que da a la sala de estar y Gay, desde el umbral, contempla a Roslyn, palpando con los ojos el contorno de su cuerpo bajo las sábanas. El retrato de Guido y su mujer ha desaparecido del cabecero de la cama; sólo queda el clavo. Hay deseo en el rostro de Gay, y todavía lleva impregnado en la piel el perfume del cuerpo de Roslyn, pero sus ojos la escudriñan como si una neblina la envolviera. Ha tenido lugar algo prodigioso que aún no ha terminado de desvelarse en su interior, una consecuencia impredecible del placer. Inconscientemente, se atusa el pelo y su gesto denota la preocupación por no ser ya tan joven.

Roslyn se revuelve bajo su mirada y ahora abre los ojos, y él va hacia la cama y se agacha a su lado. En cuanto ella abre los ojos, él se inclina y la besa. Ella, por un momento, parece no saber dónde se encuentra. Luego sonrío, recorre la habitación con la mirada y se estira.

—¡Uf, qué hambre tengo!

—Ven, sal, que te he preparado una sorpresa.

Gay sale del dormitorio. Ella se incorpora, con una gozosa expectación en el semblante, y se levanta.

Gay se dirige al fogón y da la vuelta a unos huevos en una sartén. Junto a él hay una mesa de cocina, dispuesta para dos. Al volverse, ve a Roslyn saliendo por la puerta del dormitorio en albornoz.

Roslyn mira a su alrededor asombrada.

—¿Has estado limpiando?

Avanza, ve la mesa preparada, el desayuno chisporroteando en el fogón y un ramillete de flores silvestres en un jarrón. Algo al otro lado de la puerta principal atrae su atención. Se asoma y ve que es un mocho dentro de un cubo vacío entre la maleza. Luego se vuelve hacia él. Está emocionada por el agasajo. Corre presurosa hacia el fogón, donde está él.

—Deja, ya lo hago yo.

—Tú siéntate tranquila, que ya está todo hecho.

Gay lleva los dos platos de huevos a la mesa y se sienta enfrente de ella. Roslyn lo mira fijamente. Gay ataca el plato.

—¿Siempre haces esto?

—Qué va. Es la primera vez.

—¿De verdad de la buena?

Gay asiente con la cabeza; el esfuerzo habla por sí solo.

Roslyn empieza a comer.

—¡Oooh! ¡Qué ricos están!

Come con voracidad. Él disfruta observándola.

—Te entregas con ganas, ¿eh? Hasta para comer. Me gusta. Las mujeres suelen ser muy tiquismiquis comiendo.

A modo de respuesta, Roslyn sonríe y sigue comiendo, y eso los une por un momento. Luego levanta la vista hacia Gay y dice, con la boca llena:

—Tanto aire da hambre, ¿verdad?

Gay ríe por lo bajo. Luego da unos sorbitos de café. Enciende un cigarrillo sin dejar de mirar a Roslyn.

Roslyn come con voracidad, como si hubiera pasado hambre en la vida. Luego se detiene para tomar aliento.

—¡Me encanta comer! —Mira alrededor, feliz—. Nadie diría que es la misma casa. Hasta huele distinto. —De repente se levanta, rodea la mesa y le planta un beso en la mejilla a Gay—. Te gusto, ¿verdad?

Gay la sienta sobre sus rodillas, le da un beso en la boca y la abraza, hundiendo la cabeza en ella. Roslyn le da unas palmaditas en la nuca, con cierto desasosiego en el semblante. Gay deshace el abrazo. Ella se levanta, va hacia la puerta y contempla las interminables montañas, el horizonte, el límpido cielo:

—Los pájaros tienen que ser valientes para vivir aquí. Sobre todo de noche. —Se vuelve hacia él, explicándose—. Siendo tan pequeñitos...

—Mmm.

Roslyn, casi entre risas, pregunta:

—¿Te parece que estoy loca?

—Qué va. Si pongo esta cara es porque no te entiendo.

—¿Por qué?

—No lo sé... ¿Tienes hijos?

Roslyn niega con la cabeza. La pregunta parece suscitarle cierta turbación; se vuelve hacia la puerta de nuevo y, al ver una mariposa posándose en el umbral, se agacha y le tiende un dedo, pero la mariposa levanta el vuelo. Roslyn se tumba boca abajo en el suelo, con la cabeza en el umbral. Luego vuelve la vista hacia él y decide contestarle:

—Yo no quería tener hijos. Con él, no.

—Pero él sí, ¿eh?

—Dicen que los niños unen. Pero ¿y qué pasa si no, eh? Porque yo he conocido a parejas, de ésas que se supone felices, y una vez... —se vuelve hacia Gay, poniéndose de lado— su mujer estaba en el hospital dando a luz y él va y me llama. Me llama a mí. Y se supone que siguen felizmente casados.

—Barrunto entonces que crees en el amor verdadero, ¿no?

—Yo qué sé, pero alguien tendría que inventar una fórmula para que las parejas que no se quieren no pudieran tener hijos. Porque los niños notan la diferencia. Yo siempre la noté. —De pronto, casi alegremente—: Si quieres ir a algún sitio, no me importa quedarme sola.

Gay se acerca a ella, se acuclilla y le acaricia el pelo.

—¿Tú me has visto que tenga ganas de irme a algún sitio?

—Sólo quiero que hagas lo que te apetezca.

—Nunca he visto cosa igual.

—¿A qué te refieres?

—Hablas en serio. Incluso cuando no hablas en serio, hablas en serio.

Roslyn se echa a reír.

—A la mayoría de la gente no le gusta.

—Pues a mí me da paz. —Se sienta en el suelo. Guardan silencio un momento—. ¿Sabes? Aquí vienen de Nueva York, Chicago, Saint Louis... y se buscan a un cowboy. Como el cowboy se supone que es tonto, ¿no?, se lo sueltan todo. Y hacen de todo, todo lo que no podían hacer en su tierra. Es penoso.

—¿Por qué es penoso?

—Porque el cowboy se burla de ellas y ni se enteran. No sabes qué gusto da topar con alguien que siente respeto por un hombre.

—¿Alguna vez has pensado en volver a casarte?

—Buf, pensarlo, muchas, pero nunca de día.

Roslyn ríe sin reticencias, aceptándolo tal cual es, y Gay sonríe radiante admitiendo su naturaleza.

Una calma total embarga a Gay, y si antes había alguna estrategia que dictara ese intercambio de preguntas y respuestas, ya se ha desmoronado. La mirada de Gay, directa, clavada en ella, suscita en Roslyn un atisbo de temor.

—Pero te diré una cosa, Roslyn: de ti no sabría cómo despedirme. Quién me lo iba a decir a mí.

Roslyn de pronto siente el silencio como el envite de una ola, amenazando con ahogarla. Le toma la mano agradecida, pero sus ojos se alejan, protegiéndola.

Gay recorre la habitación con la mirada.

—Habría mucho que hacer aquí si decidieras quedarte una temporada.

Roslyn se ha puesto en pie y le tira de la mano, levantándolo.

—¡Salgamos al sol!

Saltan al exterior y caminan entre la maleza pensativos, tomados de la mano.

—Tú respetas a los hombres. No soporto a las mujeres que se pasan la vida diciéndote lo que van a hacer o no van a hacer.

Roslyn se echa a reír.

—Y luego lo hacen de todos modos.

Se sientan sobre los tablones de madera apilados. Roslyn levanta la vista al cielo azul y despejado.

—¿De verdad te doy paz?

Gay asiente con la cabeza.

—Ojalá supiera si piensas quedarte o marcharte.

Roslyn se agacha para recoger una piedra y le sacude la tierra.

—Cuando yo misma lo sepa, te lo digo. ¿Te parece? Por el momento, vivamos el día a día..., como dijiste en el bar. —En tono de disculpa, casi entre risas—. Sigo un poco perdida, ¿entiendes?

Roslyn se levanta y su mirada se posa casualmente en un bloque de cemento entre la maleza. Contenta de encontrar un simple pretexto para cambiar de tema, va casi brincando hacia él.

—¡Mira! ¿No podríamos usarlo como escalón?

Gay se acerca y lo levanta del suelo.

—Pues igual sí. —Carga con él hasta la entrada, a unos pocos metros de distancia, y lo coloca al pie de la puerta—. ¡Ya tenemos escalón!

—Déjame probarlo. —Roslyn sube corriendo el escalón, se da la vuelta y salta afuera de nuevo

—. ¡Es perfecto! Puedo entrar y puedo salir.

Entra de un salto otra vez y vuelve a bajar, y su gozoso entusiasmo conmueve a Gay, que ríe con la sorpresa de un joven. Roslyn percibe la autenticidad y candidez de su sentimiento y, con una gratitud y una ilusión repentinas, exclama:

—¡Eres un encanto de hombre, Gay!

Él sella su boca con un beso, en el momento en que Roslyn sale una vez más brincando por la puerta.

Cinco

Antes la casa estaba rodeada de malas hierbas, restos de cemento seco y claros de tierra baldía. Ahora Gay está plantando hortalizas cerca de ella y han brotado flores entre las rocas, la cerca caída se ha reparado y una manguera riega la tierna hierba. El sudor le resbala por la barbilla mientras cava con la azada entre los plantones del huerto. Un rugido surca el cielo y le hace levantar la cabeza. Cada vez se oye más cerca. Gay se vuelve en redondo.

Roslyn aparece en el umbral de la casa y baja en dirección a él, con una jarra de limonada y un vaso. El rugido desciende sobre ellos, y cuando Roslyn llega hasta Gay, un pequeño biplano pasa zumbando en vuelo rasante sobre el tejado de la casa, haciendo oscilar las alas. Gay lo llama a gritos y lo saluda con la mano. El avión describe una curva sobre el valle, y Roslyn lo saluda a su vez. Luego el aparato se pierde de vista.

—¿Adónde va? —pregunta Roslyn.

—¡Chisss! —le ruega Gay, aguzando el oído. Roslyn lo mira confundida—. A lo mejor aterriza por allí. Hay una zona donde se puede. —Permanecen atentos. En silencio—. Bueno, parece que no. Habrá pasado sólo para saludar.

—Ten, toma un poco de limonada.

—Gracias. —Gay coge el vaso, bebe, y ella se sienta sobre una piedra.

—¿Qué hace?, ¿vuela sólo por gusto?

Gay le tiende el vaso y se extrae una astilla de la palma de la mano.

—A lo mejor ha salido a por águilas. A veces los rancheros lo contratan para que las mate.

—¿Por qué?

—Se comen a los corderos. Le pagan cincuenta dólares por pieza. No es mal trabajo.

—¿Por qué no viene nunca a vernos? Espero que no esté enfadado conmigo.

—No, seguro que no. Las mujeres no cuentan mucho para Guido. Habrá estado vagueando, entretenido con sus cómics.

Gay se pone a cavar de nuevo. Acuclillada sobre la piedra, Roslyn parece sumarse al sol y a la tierra en la contemplación de Gay, observando cómo su azada remueve el suelo alrededor de las plantas. Gay advierte que su destreza tiene importancia para ella y le hace un guiño.

Roslyn sonríe y aparta la mirada.

—Me gustas, Gay.

—Me alegra saberlo.

—¿Yo te gusto a ti?

—Pues, teniendo en cuenta que aquí fuera estamos a casi treinta y dos grados y que no cavaba un huerto desde que tenía diez años, creo yo que debes de gustarme bastante, sí.

Roslyn alarga una mano y toca una planta.

—Nunca había visto crecer nada. Con lo pequeñitas que eran las semillas... ¡y ya nacen sabiendo que van a ser lechugas!

—Dices cosas muy raras, ¿sabes?

Ríen en voz baja. Gay continúa cavando. Roslyn desvía la mirada hacia las lejanas montañas. Su satisfacción es casi completa; no del todo, a su pesar, porque algo la corroe por dentro y no puede hacerle oídos sordos.

—En Chicago todo el mundo está siempre ocupado.

Gay le lanza una ojeada; no acaba de entender a qué se refiere, pero dado que el tono es afable no le da por indagar.

—¿No echas de menos a tus hijos?

Gay guarda silencio, enfrascado en su tarea; quizá por reticencia o por un mal recuerdo. Cuando ella se dispone ya a cambiar de tema, le contesta:

—Los veo un par de veces al año. Vienen cada vez que participo en un rodeo. Como lacero. — Continúa cavando un momento, se inclina y arroja un pedrusco fuera del huerto—. Pero sí, siento añoranza. Cómo no.

—Deben de apreciarte mucho.

—Supongo. Mi hija ya está casi tan alta como tú. ¿Qué talla tienes, una cuarenta?

—Sí.

—Igual que ella. Le regalé un vestido para Navidad. Talla cuarenta.

Ágilmente, Roslyn se pone en pie de un salto y va hacia él; lo impulsivo de su movimiento lo sorprende. Se abraza a él y lo besa apasionadamente. En el rostro de Roslyn hay una expresión seria, casi de dolor. Gay deja caer la azada. Roslyn advierte su desconcierto.

—Venga. Sigue trabajando. —Roslyn se sienta de nuevo en la piedra. Él continúa cavando—. ¿Qué pasó? ¿Dejaste de querer a tu mujer, fue eso?

Gay habla espoleado por vívidos recuerdos, desagradables de evocar.

—Bueno..., una noche al volver a casa me la encontré liada con uno en un coche. Y encima resultó que era un viejo amigo. Primo mío, de hecho.

—¡Vaya! ¿Y no habías sospechado nada antes?

Un intenso sonrojo le amusga los ojos.

—¡Nada de nada! Yo entonces pensaba que cuando uno se casaba era para siempre. Pero nada

es para siempre. Nunca.

—Eso es lo que a mí me costaba aceptar..., todo está siempre en el aire, ¿no?

Gay se apoya en la azada, bajando la vista hacia ella.

—Te la han pegado muchas veces, ¿verdad?

Un tanto azorada, pero sin atisbo de autocompasión, Roslyn murmura:

—Sí.

—Bueno, pues a ver si esta vez no pasa lo mismo. ¿No te vas a marchar a ningún sitio?

—Estoy aquí.

—Entonces dejémoslo así por el momento, ¿de acuerdo?

—¡Eres un encanto! No te has enfadado conmigo.

Lo besa de nuevo rápidamente y, luego, con un alivio indescriptible, como si se sintiera en cierto modo exculpada y aceptada, se lleva ambas manos a la cara y mira hacia el cielo, de puntillas toda ella.

—¡Me encanta esta tierra!

Roslyn se ríe de sí misma, y él sonrío tan sorprendido como feliz. Roslyn agarra la azada y se la tiende, como para preservar la imagen presente de él e impedir que se desvanezca.

—Toma. Me encanta ver a un hombre cuidar de su huerto.

Pero Gay se ha fijado en algo en el suelo. Se agacha hacia una planta.

—Pero ¿esto qué es?

Abre las hojas de una lechuga mordisqueada. Luego mira en torno a sí y advierte los destrozos en otras plantas de la misma hilera. Escudriña la maleza que bordea el huerto.

—¡Malditos conejos! ¡Éste no se me escapa! —Suelta la azada y enfila hacia la camioneta, aparcada junto a la casa, diciendo a voces—: ¡Margaret! ¡Ven aquí ahora mismo!

La perra aparece por una esquina, presta y voluntariosa. Gay saca una escopeta de detrás del asiento de la camioneta y un puñado de cartuchos. Está ya cargando el arma cuando Roslyn se le acerca, todavía con la jarra de limonada en la mano. Intenta mostrarse risueña, pero su ansiedad es evidente.

—A lo mejor ya no vuelven a comérselas.

Gay, absorto en el arma, sediento de sangre, habla movido por la experiencia y sin pensar.

—No, señora. Si la han tomado con este huerto, ya es nosotros o ellos. Lo arrasarán antes de que termine la semana.

Pasa de largo junto a ella con la escopeta. Roslyn lleva una mano a su brazo. Intenta reprimir la

ansiedad y le sale un hilo de voz:

—¿No podríamos esperar un día más a ver qué pasa? No soporto que se mate nada, Gay.

—Cariño, es sólo un conejo.

—Pero está vivo, además... ¿él qué sabe, no?

—Mira, tú métete en casa y déjame...

Roslyn lo toma con fuerza del brazo y su vehemencia asombra a Gay:

—¡Gay, te lo ruego! Ya sé cuánto has trabajado...

—¡Vaya si he trabajado, maldita sea! —Señala airado el huerto e intenta reír—. ¡En la vida he hecho eso por nadie! ¡Y menos lo voy a hacer para un conejo de ojos saltones!

Sale disparado hacia el huerto, con la voluntariosa perra pegada a los talones. Roslyn hace ademán de volverse hacia la casa, pero se siente impulsada a seguirlo. Con la respiración ligeramente entrecortada, y la jarra de limonada llena de repiqueteantes cubitos de hielo en la mano, le dice:

—Gay, escúchame, te lo ruego.

Gay se vuelve hacia ella, sonriendo, pero con los ojos llenos de ira.

—¡Métete en casa y deja de decir tonterías!

—¡No estoy diciendo tonterías!

Gay arranca de nuevo y Roslyn grita:

—¡No me tienes ningún respeto!

Gay se vuelve hacia ella, furioso de pronto, con la cara encendida.

Roslyn ahora suplica:

—¡Gay, no me importan esas lechugas!

—¡Pues a mí sí! Yo también me merezco un respeto.

Se oye ruido por detrás de la casa y los dos se vuelven. Gay da unos pasos hacia una esquina, cuando, por un sendero que sube la pendiente a espaldas de la casa, aparece Guido, ayudando a Isabelle a bajar. Isabelle ya no lleva el cabestrillo, pero todavía tiene el brazo vendado.

Roslyn corre hacia ella, muy aliviada y feliz.

—¡Isabelle, Guido! ¿Cómo estáis?

—¡Mi niña!

Las mujeres se abrazan. Gay va hacia ellos y le estrecha la mano a Guido, contento de verlos:

—¿Qué tal, amigo? No os hemos oído aterrizar.

Isabelle toma a Roslyn por los brazos y la mira de arriba abajo:

—¡Pero qué guapa te has puesto!

Guido, que ha advertido de soslayo los cambios en el lugar, avanza para echar un vistazo de cerca.

—¿Me he equivocado de casa? —dice, con la voz quebrándose en una risita nerviosa.

Roslyn se muestra extraordinariamente complaciente con él, y Guido, pese a lo convencional de sus cumplidos, se siente conmovido por los cambios.

—¿Has visto el huerto? —Roslyn se vuelve hacia Gay para incluirlo en la conversación e incluso otorgarle preeminencia—. Lo ha hecho todo Gay. Sólo labrar la tierra le llevó toda una semana.

Gay avanza hasta colocarse a su altura y, notándola otra vez cercana, le pasa un brazo por la cintura. Con orgullo socarrón:

—He segado la hierba y hasta he plantado unas florecillas. Incluso te he desatascado las ventanas, y tu chimenea ya no hace humo.

Guido se vuelve de Gay a Roslyn. Siente un leve rencor hacia ambos, pero al mismo tiempo sus ojos parecen cargados de algo que va más allá del resquemor.

—Roslyn, lo tuyo debe de ser magia. Lo máximo que este hombre ha hecho en su vida por una mujer es sacar los cubitos de hielo de la nevera.

Ríen todos, procurando obviar el evidente malestar de Guido.

Roslyn señala los muebles del jardín mientras se sujeta al brazo de Guido:

—¡Ahora tenemos sillas! ¡Ven, siéntate!

Gay les intercepta el paso.

—Vamos a enseñarle la casa por dentro. ¡Ahora verás, Guido! He cambiado los muebles de sitio tantas veces que me están creciendo las orejas como a los burros de carga.

Va con Guido hacia la puerta de la casa. Roslyn e Isabelle los siguen. Entran ellos primero.

Isabelle se sorprende:

—¡Estás preciosa, nena! Te has encontrado a ti misma, ¿verdad?

Roslyn procura disipar las dudas que la embargan y termina abrazándose a Isabelle.

—¡Cuánto me alegro de que hayáis venido! Mira, ahora ya tenemos escalón.

Ayuda a Isabelle a entrar en la casa, y ésta observa, maravillada, el arriate con flores plantado junto al tranco de la puerta.

—Cuidado con ese brazo. ¿Cómo está?

—Frágil como el ala de un pajarito todavía, pero... —al entrar en la sala de estar, se interrumpe—, pero, bueno, si no lo veo no lo creo...

Guido e Isabelle recorren la habitación con la mirada, observando detalle tras detalle. Donde antes no había más que vigas ahora cuelgan unas mantas indias; flores silvestres alegran las mesas y los alféizares; los muebles, ahora limpios, se han cambiado de sitio; hay cortinas nuevas en las ventanas y el polvo y las telarañas ya no empañan sus cristales; y la chimenea luce completamente blanca. Parece un refugio.

A Isabelle se le saltan las lágrimas.

—¡Vaya, vaya! ¡Caramba con la niña! ¡Arte de magia! —Mira a Roslyn y luego se dirige a Gay, casi reprendiéndole—: Espero que te hayas dado cuenta de que por fin has dado con una mujer de verdad.

Luego se abraza a Roslyn.

—¡Ay, mi niña bonita!

—Ven, vamos a ver el dormitorio. Ven, Guido. —Roslyn tira de los dos hacia el dormitorio—. Hemos hecho algunos cambios, espero que no te importe...

Gay, con ilusión inusitada, abre la nevera y saca unos cubitos de hielo. Roslyn, Guido e Isabelle pasan al dormitorio, que también está transformado: se ha pintado, hay alegres cortinas en las ventanas, una alfombra en el suelo, unos grabados botánicos en las paredes, un tocador y una vistosa colcha en la cama. Guido mira alrededor, y sus ojos se posan sobre el cabecero de la cama, donde antes colgaba el retrato de él y su difunta esposa. En su lugar hay un paisaje del Oeste.

Roslyn capta la dirección de su mirada.

—¡Oh! ¡El retrato de boda lo he colocado en la sala de estar!

—Ya. ¿Habéis puesto un armario?

—Lo ha hecho Gay.

Roslyn abre la puerta del armario para enseñárselo. En el envés hay una serie de fotos de Roslyn, pegadas con chinchetas. Son imágenes atrevidas, como las que suelen verse a la entrada de los clubs nocturnos de segunda fila, de Roslyn con medias de rejilla, de espaldas, vestida de un modo estrafalario. Roslyn repara de pronto, en parte por el rubor en las mejillas de Guido, en que está exhibiéndolas.

—¡Uy, son tonterías, no las mires! —Cierra la puerta. Guido parece apurado por ella, confundido—. Las pegó Gay de broma. Venid. ¡Vamos a echar unos tragos!

Los conduce a la sala de estar y pasa a la cocina para preparar una fuente con queso y galletas saladas. Gay está yendo hacia ellos con las bebidas.

Guido tiene la cara sofocada de intentar reprimir la envidia.

—Esta vez sí que te lo has montado bien, jefe.

Roslyn, desde la zona de la cocina, dice con voz jubilosa:

—Venga, a sentarse todos. He comprado un queso riquísimo. ¡Qué agradable tener compañía!

Están dispersándose para tomar asiento en el sofá y las butacas, pero Roslyn se abalanza hacia Guido, que está a punto de sentarse en el sofá.

—¡No! Tú siéntate en la butaca principal. —Guido, avergonzado, se deja conducir hasta la butaca más noble de la sala—. Supongo que ésta era la tuya, ¿no?

—Pues sí, de hecho lo era. Aquí es donde me sentaba a estudiar. Cuando todavía tenía ambiciones. —Guido se sienta, cohibido, como abrumado por el derroche de atención.

Roslyn regresa a la zona de la cocina.

—Puede que vuelvas a tenerlas, nunca se sabe. Te voy a poner un poco de queso. —Coge la fuente de la encimera de la cocina y, volviendo a la sala, se dirige a Guido y apunta la fuente hacia el retrato de boda que está sobre una mesita—. He colocado vuestra foto ahí, ¿te parece bien?

—Ah, no tienes por qué dejarla a la vista, Roslyn.

—¿Cómo que no? Forma parte de la casa, Guido. No faltaba más. —Roslyn deja la fuente sobre la mesa, se sienta en el sofá al lado de Gay y coge la copa que éste acaba de servirle. Ahora ya están todos instalados—. Quiero decir, que sigue siendo tu casa. Toma, Isabelle, apoya el brazo aquí.

Roslyn se levanta de un salto agarrada a un cojín y se lo coloca a Isabelle debajo del brazo vendado.

—Oh, no te preocupes por mí, bonita.

—Por supuesto que sí. Al menos, que estés cómoda...

Roslyn vuelve al sofá y en cuanto se sienta junto a Gay, Guido toma la palabra. De pronto suena grandilocuente:

—Te voy a contar una cosa, Roslyn. —Con una amplia y forzada sonrisa de autodesprecio, que imprime mayor ampulosidad a sus palabras—: Espero que no te molestes, Gay, porque quiero a esta chica, más vale que lo sepas.

Gay sonrío y deja un brazo colgando sobre los hombros de Roslyn, marcando territorio.

—Muy mal de la cabeza tendrías que estar para no quererla.

Guido mira de frente a Roslyn. Se instala un ambiente de formalidad con un leve aire autocompasivo y extrañamente peligroso.

—Estuve dos años en el frente, dos reemplazos. Cincuenta misiones. Y cada vez que volvía a la base, me ponía a diseñar planos para esta casa. Pero, por lo que fuera, nunca conseguí plasmar la imagen que tenía en la cabeza. Y aquí está ahora. Apareces de pronto, una forastera llegada de la nada, y por primera vez todo se ilumina. Y estoy seguro de que sabes por qué, además.

Roslyn, con voz débil ante la curiosa intensidad de su sentimiento:

—¿Por qué?

—Porque tienes el don de la vida, Roslyn. Tú deseas realmente vivir, ¿verdad?

La implacable sinceridad de Guido los deja mudos.

Roslyn contesta:

—Como todo el mundo, ¿no?

Guido echa una ojeada a su retrato de boda:

—No, yo creo que la mayoría no..., no buscamos más que un lugar donde escondernos y ver pasar la vida.

Habla Isabelle:

—¡Amén!

Guido levanta la copa, persistiendo en el formalismo:

—Por tu vida, Roslyn..., espero que dure para siempre.

Roslyn alarga el brazo rápidamente y brinda con él.

—Y por la tuya. Y por la tuya, Isabelle. —Y en el último momento, casi como subsanando un descuido, Guido añade—: Y por la tuya, Gay.

Observamos una leve vacilación en Gay, cierta conciencia de haberse quedado un tanto al margen. Beben.

Roslyn se acerca a Gay.

—El trabajo lo ha hecho todo Gay, que lo sepas.

—Sí, y buen provecho que están sacando los conejos —dice Gay muy sonriente y sólo entonces la rodea con el brazo.

Guido intuye cierta reconciliación entre ellos y finge no advertir nada, pero hay condescendencia en su pregunta:

—¿Crees que podrías alejarte un ratito del paraíso y subir a las montañas a por mustangs?

—¡Mustangs! —La mirada de Gay se ilumina—. ¡Hombre, eso ya es otra cosa! ¿Has subido por allí?

—Esta mañana he estado echando un vistazo. Quince he localizado.

—No está mal. Estoy deseando agarrar un lazo. ¿Tú qué dices?

Isabelle se vuelve hacia Roslyn sacudiendo la cabeza:

—Nunca entenderé a estos cowboys. Se vuelven locos por los animales, pero en cuanto no

tienen nada que hacer, allá que suben a las montañas a fastidiar a esos pobres caballos salvajes. — Con vehemencia, a los hombres—: ¡Vergüenza debería daros!

—¿Caballos? —pregunta Roslyn.

—Sí, nena, caballos. Mustangs de Nevada. En otro tiempo los vendía por todo el país. Pero ahora apenas quedan unos cuantos. —Gay se vuelve hacia Guido de nuevo—. Nos hará falta otro hombre.

—Hoy hay rodeo en Dayton. Igual podríamos encontrar a alguno allí.

—¡Oye, pues no es mala idea! Roslyn, tú nunca has visto un rodeo.

Habla Isabelle:

—Uy, pues son para verlos.

Roslyn:

—Me encantaría. Si tú te vienes con nosotros, Iz.

—Cuando queráis.

Roslyn salta del asiento:

—¡Voy a arreglarme! —Mira rápidamente a Gay—: ¡Venga, hoy vamos a divertirnos!

Gay:

—¡Así se habla! En marcha ahora mismo, pues.

Gay se levanta del sofá y la azuza suavemente en dirección al dormitorio, y cuando Roslyn se da la vuelta para ir hacia allí, Gay le agarra una mano y Roslyn se vuelve hacia él, contenta de que haya recuperado la conexión con ella.

—Cariño, cuando sonríes es como si amaneciera.

Gay la suelta y ella sale volando hacia el dormitorio.

Seis

Los cuatro van en silencio en la camioneta, circulando de cara al sol por la desierta carretera. Gay conduce con una mano y tiene la otra posada en el alegre vestido sedoso de Roslyn, sobre el vuelo de la falda.

Detrás, Guido parpadea viendo pasar el tiempo:

—Me hubiera gustado pasar por casa para asearme un poco. —Se palpa la barba incipiente, mirando la cabeza bien peinada de Roslyn delante de él.

—¿Por qué? —dice Roslyn, volviéndose—. Si estás muy bien, Guido. ¿A que sí, Iz?

—Los he visto peores, desde luego.

Guido sonrío con aire taciturno:

—Tú siempre tan cumplida, Isabelle. ¡Eh! ¡Espera! —Agarra el hombro de Gay, girando al mismo tiempo en el asiento para mirar algo que acaban de dejar atrás—. ¡Para!

Gay frena y Guido señala en dirección a un bar y una gasolinera que acaban de pasar.

—¿Ves a ese junto a la cabina telefónica de ahí? Creo que es aquel chaval de California. ¡Da marcha atrás!

Gay asoma la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué chaval?

—Sí, hombre, ¿cómo se llamaba?... el jinete que montó contigo en el rodeo de Stinson el año pasado.

—¿Perce Howland? —exclama Gay, y recula a toda velocidad.

Perce Howland está sentado sobre su silla de montar, con la espalda reclinada contra el cristal de una cabina telefónica al lado del arcén. Tiene el mentón apoyado en las manos y la mirada perdida en el suelo. Al ver el vehículo que da marcha atrás, lo mira con ojos somnolientos. Es un joven que rondará los treinta, experto en la monta de caballos salvajes, es decir, un hombre sin domicilio fijo, que la mayoría de las noches duerme con la ropa puesta y en el transcurso de una misma tarde puede saltar de la riqueza a la pobreza, un hombre a quien los mismos hoteles de tres al cuarto que hace un mes lo expulsaron por considerarlo persona non grata hoy podrían recibirlo con los brazos abiertos. Todavía no tiene la oreja deformada por los golpes, ni le han saltado los dientes de delante, ni hay en sus ojos el aturdimiento que caracteriza a los de su tribu, pero sí tiene más de una costura en la cara y se ha roto los huesos en más de una ocasión.

Al levantar los ojos para fijarse en el coche que se acerca por la desierta carretera, se advierte ya en ellos el matiz expectante, escrutador de su mirada. Hay cierto candor en la extraña suavidad y delicadeza de sus movimientos, una lozanía que, por sí sola, emana fuerza.

Una sonrisa radiante de alegría se abre en su rostro cuando el vehículo se detiene delante de él y ve quién está al volante al otro lado de la ventanilla.

—¡Gay Langland! ¡Qué tal, mamón!

Gay le agarra el brazo.

—¿Qué haces ahí sentado?

—Iba en autoestop hacia el rodeo de Dayton, pero el tipo ha cambiado de opinión y me ha dejado aquí tirado. ¡Hombre, piloto! ¿Qué tal? ¡Qué alegría veros, bribones!

Gay acerca a Roslyn a la ventanilla.

—Quiero que conozcas a este chaval, Roslyn. Te presento a Perce Howland.

Roslyn saluda con un asentimiento.

Perce se quita el sombrero.

—¡Vaya con el viejo Gay!, cada vez pica más alto. Encantado, señorita. —Le estrecha la mano; hay cierto azoramiento en sus maneras. Se dice para sí que tal vez se trata de una de las tantas divorciadas que pasan por la vida de Gay.

Guido va a presentárselo a Isabelle, cuando suena el teléfono en el interior de la cabina. Perce se precipita al interior, calándose cuidadosamente el sombrero, como si se dispusiera a hablar cara a cara con alguien.

—Disculpen ustedes, hace un rato que intento hablar con mi casa, ¡y no hacen más que ponerme con Wyoming! —Entra en la cabina y cierra la puerta—. ¿Oiga?... ¿Mamá? Soy Perce, mamá.

En el coche los cuatro se quedan callados, escuchando la voz apagada de Gay. Contagiados enseguida por su emoción, se mantienen el silencio.

—¿Oiga?... ¿Mamá, me oyes? Soy Perce, mamá... Bien, estoy bien... No, ahora en Nevada. En Colorado era antes. He ganado otro concurso de monta de toros, mamá. Cien dólares. Sí, un rodeo de primera. Pensaba gastármelos en un regalo para tu cumpleaños, pero tenía las botas hechas polvo... No, mamá, no he vuelto a pisar un hospital desde lo que te conté. Me compré unas botas nuevas, ya está... —Atónito, dice—: ¿Y para qué demonios iba a casarme? No, sólo me compré... —Se interrumpe—. ¿Y si intentarás creerme de vez en cuando, y todos tan a gusto, eh? —Evidentemente la madre le hace algún reproche—. Está bien, está bien, lo siento. —Intentando retomar la ligereza anterior—: ¡Además del dinero, me regalaron una hebilla de premio! —Dirigiendo la hebilla hacia el auricular—: Con un caballo salvaje grabado y mi nombre y apellidos debajo. ¿No estás orgullosa? —Su sonrisa se esfuma; se toca las mejillas—. No, no, la cara ya la tengo curada, como nueva... ¿Cómo no me ibas a reconocer?... ¿Oiga?... ¿Operadora? ¿Mamá? Dales recuerdos a Frieda y Victoria, ¿eh? —Silencio. La reprimenda está agotando la paciencia de Perce. Entreabre la puerta para que circule el aire. El sudor le escuece en los ojos—. Claro, dale recuerdos a él también. No, mamá, se me ha pasado por alto, eso es todo... Bueno, pues ya te lo digo ahora. —A punto de estallar—: ¿Qué quieres?, ¡fuiste tú la que se casó con él, no yo! Salúdalo

de mi parte. Igual te llamo en Navidad... ¿Oiga? ¿Oiga?

La comunicación se ha cortado, pero aun así añade, mascullando muy atribulado:

—Que Dios te bendiga a ti también. —Nada más salir de la cabina, muda el sombrío semblante. Un tanto avergonzado por haber mostrado sus sentimientos delante de ellos, amaga una sonrisa, sacudiendo la cabeza a la vez que se limpia el sudor de la cara—. No iréis por casualidad hacia el rodeo de Dayton, ¿verdad?

Habla Guido:

—¿Por qué? ¿Te has apuntado?

Perce:

—Eso pretendo, si es que alguien me lleva... Y si junto los diez dólares de la entrada... Y si me prestan dinero para un caballo una vez allí. —Se echa a reír—. ¡Ya ves lo preparado que voy!

Gay:

—¿Y si te vinieras con nosotros a por unos mustangs? Necesitamos otro hombre.

Perce:

—Caray, ¿así que sigues volando en ese trasto?

Guido:

—Es menos peligroso que montar un caballo salvaje.

Perce:

—Pero se cae desde mucho más alto.

Roslyn:

—¿Tan malo es tu avión?

Gay:

—Ahora no empieces a sufrir por él, nena.

Roslyn, riendo:

—Era curiosidad nada más.

Gay, a Perce y Guido:

—Como ésta se ponga a sufrir, no hay quien la pare.

Esa intensidad de sentimiento en Roslyn sorprende a la vez que atrae a Perce:

—Si has visto volar ese cascajo de DC-6, no me extraña. No sabía que aún quedarán mustangs por estas tierras.

—Esta mañana he divisado quince —replica Guido.

Gay añade enseguida:

—Bueno, puede que sean más.

—¿Con quince qué vais a sacar? —Perce se ríe, sin saber por qué—. Porque si hubiera unos mil o así, todavía. Pero subir hasta allá arriba sólo por quince caballos... En fin, que sólo de pensarlo, no sé... Como que no me parece bien.

Su sensibilidad parece hallar eco en el rostro de Roslyn. Es como si ella se alegrara de su presencia allí.

—Mejor que trabajar a jornal, ¿no? —aduce Gay.

—Hombre, antes que a jornal, cualquier cosa —corroborra Perce.

—Mira, hagamos una cosa: te acompañamos en coche hasta el rodeo, ponemos los diez dólares de la inscripción y pido un caballo en préstamo para la competición. Y mañana por la mañana te vienes con nosotros y nos ayudas a echarle el lazo a los mustangs.

Perce se lo piensa un momento y luego dice:

—Y me compráis ahí mismo una botella de whisky del bueno y así me voy animando para el rodeo.

—Eso está hecho. —Gay se va en dirección al bar, metiendo la mano en el bolsillo.

Perce se vuelve hacia Roslyn, con gran curiosidad y excitación en el semblante. No acaba de situarla.

—Eres..., ¿eres amiga de Gay desde hace tiempo?

—Bastante.

Perce hace un leve ademán de asentimiento, se da la vuelta incómodo, como escapando de lo insoluble, y va a recoger su silla de montar para meterla en la camioneta.

Siete

Ahora circulan por un territorio distinto. Aquí ni siquiera crece la artemisa, alrededor no hay más que un yermo blanco y alcalino. Es mediodía.

Gay va al volante, Roslyn, a su lado, y Guido y Perce, en el asiento de atrás. Guido está amorrado a una botella de whisky. Todos parecen un tanto achispados. Guido le tiende la botella a Roslyn por encima del hombro; ella da un trago sin decir nada y luego se la pasa a Gay, que da un sorbo y se la devuelve. Guido no aparta su perturbadora mirada de Roslyn. Ella se vuelve en el asiento y le tiende la botella a Perce, que da un trago y luego se la encaja entre las rodillas, contemplando el blanco yermo por la ventanilla.

Tienen los ojos medio entornados, protegiéndose de la deslumbrante luz. El viaje se está haciendo bastante largo. Gay adelanta un remolque con caballos, tirado por un vehículo nuevo, y al pasar por su lado, Perce se asoma a la ventanilla y saluda a su conductor, un cowboy tocado con sombrero vaquero. Luego se dirige a Roslyn, reanudando una conversación inacabada:

—Me he partido este brazo dos veces por el mismo sitio. Y cuando uno se cae de mentira, no se parte un brazo, ¿sabes? Yo no engaño nunca. Algunos se tiran del caballo adrede y se quedan tumbados en el ruedo, haciéndose el muerto. Puro teatro. Yo nunca hago teatro, ¿a que no, Gay?

—Qué va. Tú estás chalado de nacimiento.

—¿Cómo que chalado? Si es maravilloso... ser así —replica Roslyn, y se dirige a Perce—: Te entiendo perfectamente. Yo antes bailaba en público... y todo el mundo me decía que estaba loca. Porque me entregaba en cuerpo y alma, ¿sabes? Pero la gente no es capaz de distinguir.

Guido, que la ha estado contemplando febrilmente, como si las distintas ideas que se va haciendo de ella se desmoronaran constantemente, pregunta:

—¿Qué clase de baile hacías?

Roslyn contesta, avergonzada:

—Ah, pues... nada del otro mundo, lo que se llama danza interpretativa. Clubs nocturnos. Ya sabes.

Perce se inclina hacia delante y mete la cabeza entre Roslyn y Gay:

—Yo fui una vez a un club de esos, en Kansas City. Se llamaba La Verdad Desnuda. ¡Y la cosa no iba en broma! —Perce se ríe, pero viendo el malestar que empaña el semblante de Roslyn, se contiene.

Gay exclama:

—¡Ya estamos!

Todos dirigen la atención hacia los primeros atisbos de la población en la distancia. La carretera traza ante ellos una curva larga y gradual, un arco de cemento armado alzándose sobre el

fondo del valle de yeso blanco. Al final de la carretera se divisa una hilera de viviendas de madera y, detrás de ellas, las montañas apelotonadas como vertederos de escombros color de hollín. A esa distancia, la desolación adquiere un cariz casi sobrenatural; cuesta concebir qué puede haber llevado al ser humano a habitar estos parajes. No hay árboles ni matorrales, y ni siquiera pozas de agua. A derecha e izquierda se extiende un páramo blanco interminable, salpicado de alguna que otra mancha ácida de humedad dejada por las lluvias primaverales. Poco a poco, el lugar se reviste de una singular belleza. Su fealdad es tan absoluta, tan evidente y palmaria, que irradia sinceridad, la fuerza de algo perfectamente definido, algo exento de remordimiento o pretexto: es una población levantada junto al ferrocarril para la carga y transporte de las placas de yeso producidas en la fábrica de las inmediaciones.

Gay y Guido han acudido muchas veces para el rodeo anual; Perce y Roslyn, nunca. A medida que la carretera se endereza y vislumbran el interior de la población, Gay rompe el silencio que se había apoderado de ellos para explicar, muy risueño, que ésa es prácticamente la última ciudad sin ley del Oeste. Aquí no hay policía, ni prácticamente autoridad ninguna. Salvo en días de rodeo como el de hoy, apenas se ven forasteros, y los lazos de parentesco que unen a la mayoría de los lugareños son lo bastante fuertes como para que ellos mismos diriman sus disputas entre sí. Gay, sonriente pero sin quitarle hierro al aviso, le indica a Roslyn que no se separe de él. Aquí no hay nadie a quien recurrir; no necesariamente tienen que producirse altercados, pero se han dado algunas veces, y por aquí todavía hay quienes portan armas de fuego, y hacen uso de ellas.

—Como en las películas —dice Roslyn, abriendo los ojos con la risa pronta a brotar, pero se contiene, no enteramente por miedo, sino por cierto sentido del absurdo, de ese absurdo tan ilógico que puede devenir una lógica, una ley, un principio de destrucción, como morir arrollado por una bicicleta camino de una boda. De golpe y porrazo, advierten que el pueblo está a rebosar de gente, habrá unas dos mil personas, un gentío que pulula por la carretera entre la hilera de casas y las vías del tren. La barahúnda traspasa las ventanillas de la camioneta, un hervidero de gente que ha venido por voluntad propia a agolparse y hacinarse en esta polvorienta y asolada población, a más de un centenar de kilómetros del mundo civilizado.

Gay reduce la marcha para no atropellar a los primeros viandantes con los que se topan, hombres de pie en medio de la calzada, charlando, espiándolos por las ventanillas de la camioneta cuando pasan. Hay vehículos aparcados en el arcén, tartanas la mayoría y algún que otro modelo un poco más nuevo cubierto de polvo. La puerta de uno de esos vehículos se abre; una niña de doce años sale corriendo de la mano de un niño pequeño, y se adentran zumbando en la densa muchedumbre como si supieran adónde se dirigen. Un anciano, que está de pie meando a la vista de todo el mundo y mascando tabaco, se vuelve a su paso. Gay apenas consigue avanzar, pues la aglomeración de gente obstruye el paso de la camioneta.

Perce asoma de repente la cabeza por la ventanilla:

—¡Ahí está el viejo Rube! ¡Eh, Rube! ¿Qué tal, amigo?

Rube le saluda con la mano.

—¡Y ahí está Bernie! ¿Cómo estamos, Bernie?

Bernie también lo saluda con la mano. Perce vuelve a meter la cabeza en el interior del vehículo y se inclina hacia delante, entre Gay y Roslyn:

—¡Parece que hoy hay buenos competidores! ¡Espero encontrar un caballo en condiciones!

—Tú procura no romperte nada —le recomienda Gay—, que mañana nos vamos de caza.

Roslyn mira de frente a Perce, apenas a unos centímetros de sus ojos, y percibe su evidente afán de gloria. Siente de pronto algo distinto por él: una especie de lástima, una implicación personal en la prueba por la que está a punto de pasar.

Perce se aparta bruscamente para, de nuevo, dar una voz por la ventanilla:

—¡Ahí está Franklin! ¡Franklin! ¿Qué tal, muchacho?

La camioneta circula ya entre el corazón de la muchedumbre.

Hay cowboys en traje de faena, y muchos ataviados con ajustadas camisas y pantalones vaqueros copiados de las películas. También muchos niños, con ropa que imita a la de los mayores. Y granjeros con pantalones de peto, y mujeres endomingadas. Un cowboy intenta sacar a un caballo de un remolque, en plena aglomeración; tres quinceañeras caminan por delante de una pandilla de cowboys que les lanzan piropos y requiebros; una madre lleva a su hija adolescente agarrada por la muñeca, abriéndose camino a empujones entre la gente. Dos corpulentos guardias, con sendas pistoleras colgadas de la cadera, zarandean un Cadillac intentando desatascar el guardabarros, que se ha quedado enganchado a la abollada camioneta que iba tras él. La camioneta, a cuyo volante hay un granjero, va cargada de jóvenes. En el Cadillac, que lleva la capota bajada, tres individuos con aspecto de corredores de apuestas y una corista dan botes dentro del vehículo, intentando no perder la dignidad ni las gafas de sol.

Por encima del tropel de personas y vehículos, mezclados estridentemente con la algarabía general, suenan acordes de jazz: cada local proyecta hacia la calle su propia música, y los temas van saltando progresivamente a medida que avanza el vehículo. Un vozarrón estruendoso anuncia por megafonía algo incomprensible; luego se oye una muchedumbre gritando como en un estadio: el rodeo ya ha dado comienzo al final de la calle.

Roslyn se vuelve de pronto para observar a un indio plantado entre la multitud circundante, completamente impassible. El indio dirige la vista hacia algo —o quizá hacia nada— y lleva un hatillo de ropa bajo el brazo.

Gay maniobra para colocarse a la izquierda, empujando prácticamente con los guardabarros a los transeúntes, y aparca la camioneta delante de uno de los bares. Toma a Roslyn de la mano y la saca del vehículo por el asiento del conductor; con los brazos levantados haciendo escudo contra la aplastante muchedumbre, los cinco consiguen llegar al *saloon*. La perra se queda sentada muy recta en el asiento delantero, mirando con calma a su alrededor, viéndolo todo, volviendo la cabeza de una cara conocida a otra. Un anciano sale por la puerta del local, se fija en la perra y va hacia la ventanilla de la camioneta para mirarla. La perra lo mira a su vez. Es un viejo de ojos vidriosos.

Tiene la pechera de la camisa manchada de jugo de tabaco, y las aletas de la nariz plagadas de espinillas. Mete una mano en el bolsillo y saca unas monedas que salen espolvoreando talco. Lanza una moneda de veinticinco centavos a la perra, y ésta la olisquea en el asiento y luego mira hacia él, confundida. El viejo le guiña un ojo y desaparece entre la muchedumbre llevándose el secreto consigo.

El tintineo de unas monedas hace que la gente vuelva la cabeza; una entrañable abuelita atraviesa a toda prisa el tropel de gente, sacudiendo enérgicamente una hucha de latón que ya parece bastante llena. La abuelita lleva un bonete encasquetado de medio lado sobre la canosa cabeza y un vestido de brocado que le llega a los tobillos. De su garganta parece salir la invocación: «Oíd, oíd, hermanos», y ella sonríe divertida, con una mirada de fiera resolución. Abre la puerta mosquitera de la entrada e irrumpe en el local.

El bar mide unos quince metros de largo. Está abarrotado; la clientela aguarda en hileras que llegan hasta la pared del otro extremo y piden sus copas desde una distancia del ancho de una pista deportiva. Cientos de manos se alzan como una maraña pasando copas llenas y vacías desde y hasta la barra. Hay dos gramolas por las que suenan temas distintos, y en lo alto un televisor parlotea a todo volumen. Cinco camareros atienden en la barra a la caterva de clientes, lanzando miradas torvas a derecha e izquierda de la barra de caoba, prestos a esquivar posibles embestidas contra el arsenal de botellas que se alza a sus espaldas. Por encima de ellos, reflejada en el espejo de la pared, se alza la taciturna cabeza de un alce que contempla el ambiente a través de la humareda. En un cartelito colgado de su cuello con un cordel se lee: «No disparen más contra este alce», y examinándolo cuidadosamente, se aprecian disparos de bala por los que algún día salió serrín en lugar de sangre.

La ancianita se abre paso a empellones hasta un cowboy que está en la barra con una chica y agita la hucha de la colecta bajo sus sorprendidos rostros:

—Para la parroquia, Tom.

—Cómo no —dice el cowboy, dejando caer una moneda en la hucha.

La anciana se vuelve hacia la chica:

—¿Y tú, pecadora?

—¡Uy, señora! ¡Yo aún estoy sin blanca!

La anciana agita la hucha delante de otro cliente que está por allí cerca.

—Vamos, Frank. Para la parroquia.

—Pero si le acabo de echar una moneda en el bar de al lado...

—Así aprenderás a no zascandilear tanto. ¡Vamos!

Frank rezonga y suelta su donativo.

Roslyn, Gay, Perce, Isabelle y Guido, con unas copas en la mano que apenas alcanzan a llevarse

a los labios, están de pie junto a la barra, apretujados y rodeados por un estruendo paralizante, como viajeros en un andén de metro abarrotado. Un viejo con una asombrosa mata de pelo plateada se abre paso a empujones, aúpa a un niño de siete años y lo sienta sobre la barra. Sujetando al niño por las rodillas, le explica a Gay:

—O lo amarro bien, o a la que me descuido se me larga a la escuela.

Gay asiente, comprensivamente, y el viejo sonríe con mirada vidriosa.

—Ya quedamos pocos, ¿eh, amigo?

—Sí, la cosa está dura para todos, viejo.

El viejo llama a voces al camarero:

—¡Mozo, una de gaseosa para mi nieto Lester! —El viejo, muy animado, agarra una pala con una pelotita pegada al cabo de un hilo de goma que tiene su nieto en la mano y le dice a Gay—: ¿Ha jugado a esto alguna vez? ¡Es la leche! ¡Apártese y verá!

Dicho esto, se pone a dar paletazos, intentando que la esquiwa pelota rebote sobre la pala sin caerse, mientras a su alrededor la gente se protege la cara ante lo impredecible de sus golpes. Los camareros se ponen alerta.

Roslyn, que ha logrado abrirse un hueco para poder llevarse la copa a los labios, da un trago rápido y dice:

—¡Yo sé cómo se hace! ¿Me deja probar?

El viejo, encalabrinado, le ofrece inmediatamente la pala.

—¡Apuesto dos dólares a que no llega a diez!

Perce replica:

—¡Y yo a que sí! ¡Vamos, Roz!

—¡Uy, a diez llego seguro! ¡Creo! —dice Roslyn mientras desenrolla el hilo de goma.

Empujando con la espalda a los apiñados parroquianos, el viejo extiende los brazos:

—¡Hagan sitio, hagan sitio, que tenemos una apuesta!

En cuanto salta la noticia de que hay una apuesta en juego, se abre un espacio en torno a ella como por arte de magia. Roslyn se lanza a dar paletazos; enseguida salta a la vista que tiene buena traza. En una mano todavía sujeta la copa. Perce lleva la cuenta de las paletadas, con los dos dólares empuñados en la mano. Cuando Roslyn va por la sexta paletada, un cowboy dice a voces:

—¡Quince dólares a que no llega a quince!

Perce asiente con la cabeza sin dejar de contar:

—Nueve, diez, once...

Perce llega hasta el sorprendido viejo, y éste le tiende los dos dólares.

Otro cowboy grita:

—¡Diez a que no llega a veinte!

Perce sigue contando:

—Trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro, veinticinco, veintiséis...

Perce recoge el dinero de los dos cowboys, sin perder la cuenta. Se oyen gritos por todo el local, haciendo nuevas apuestas, y los billetes circulan en todas direcciones.

—¡Aquí otros diez!

—¡Yo cinco!

—¡Apuesto cinco!

—¡Yo quince!

Roslyn, ya completamente absorta en el juego, sigue haciendo botar la pelota sobre la pala sin dejar de dar sorbitos de su copa, con la mirada un tanto perdida por el efecto del alcohol. Isabelle, que sigue la cuenta en voz alta con Perce, agarra su copa, da un trago y mira su contenido con una mueca de asco. Ve una botella de whisky, vierte un chorro en el vaso, bebe y lo deja en la barra. El niño sentado al lado, mirando con fascinación a Roslyn, levanta su gaseosa —en la que Isabelle sin darse cuenta acaba de escanciar el whisky—, da un trago y, contento con el efecto descubierto, prueba otro trago.

El gentío sigue ya la cuenta a voz en grito. La ancianita con la hucha de la colecta, intentando abrirse paso entre el corrillo de hombres que se ha formado alrededor de Roslyn y Perce, logra asomar las narices entre los cuerpos, y su mirada se clava de inmediato en el fajo de billetes que Perce empuña en alto. Impulsada por un nuevo arrebató de codicia, se abre paso hasta Perce, que en ese momento va diciendo:

—Treinta y seis, treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve, ¡cuarenta! Cuarenta y uno, cuarenta y dos...

De pronto a Roslyn se le ocurre lanzar la pelota contra el suelo y recogerla de rebote. Un rugido de entusiasmo se alza entre el gentío, regocijado con el nuevo riesgo que está tomando. Incluso los camareros se han puesto de puntillas, estirando el cuello para atisbar entre el gentío.

—¡Diez dólares a que no llega a setenta!

Perce hace un gesto de asentimiento y recoge el dinero sin perder la cuenta:

—Cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco...

Otro cowboy se abre paso entre el gentío y le da una palmada a Roslyn por debajo de la cintura. Guido, de pie junto a Gay, observa el leve disgusto en el semblante de su amigo. Gay escudriña ahora las caras de los parroquianos. Repara en las miradas de los hombres, que se comen con los ojos a Roslyn. Guido suelta una risotada:

—¡Esta mujer es capaz de cualquier cosa!

Y Gay se percata de que en los ojos de Guido también brilla una chispa de lascivia. Otra apuesta suena a voz en grito.

Ahora Roslyn recoge la pelota de rebote pero por detrás, y sin dejar de dar sorbitos a la copa. Perce lleva la cuenta a su lado, absorto, juvenil, de algún modo en perfecta sintonía con Roslyn, a quien espolea llevando la cuenta. La ancianita se acerca a Roslyn y le dice al oído, agitando la hucha:

—¡Juega por el Señor! ¡Ten cuidado, pecadora!

Roslyn se siente intimidada:

—¡Señora, por favor!

La ancianita exige a Perce el fajo que lleva en la mano:

—¡Haz una obra de caridad, muchacho! Aprovecha el impulso, hombre de Dios.

Perce continúa:

—Setenta y uno, setenta y dos, cálese, y cuatro, setenta y cinco...

Se oye un grito celebrando la nueva victoria. Roslyn está sólo a un paso del hombre que antes se había propasado, de espaldas, y el cowboy la agarra por detrás y le estampa un beso en toda la boca. Gay se abalanza hacia él dispuesto a soltarle un puñetazo, pero intervienen otros apartándolo. Dos camareros saltan la barra. Guido se acerca a Gay y le tira del brazo mientras con la otra mano agarra a Roslyn y se los lleva a los dos hacia la salida.

El viejo se vuelve hacia su nieto, sentado sobre la barra, y va a bajarlo cuando repara en el desconcierto en la cara del crío. El abuelo agarra el vaso medio lleno que sujeta en la manita, lo huele y da un trago. Al instante la sorpresa disipa su letargo, y luego se dirige al crío, sonsacándolo con pura avaricia.

—¡Lester! —le dice, agachándose para ponerse a la altura del aturdido rostro del niño—. ¿De dónde has sacado el dinero, hijo?

En la calle, Gay aparta a Roslyn del tumulto y la lleva hasta un espacio entre dos vehículos aparcados. Justo detrás de ellos, Perce, Guido e Isabelle están contando el dinero que Perce ha recogido en el sombrero. Emocionada por el arrebató de protección de Gay, Roslyn le rodea la cara con ambas manos.

—¡Lo siento, Gay, no pensaba que iba a aguantar tanto! ¡Pero gracias por salir en mi defensa! ¿Te avergüenzas de mí?

El temor a perderla momentos antes, la lascivia con que la miraban los demás, han disipado por completo la reserva de Gay.

—Me casaría contigo.

Roslyn, con una mezcla de júbilo y tristeza, contesta:

—¡Oh, no, Gay, no tienes por qué! Pero gracias por el ofrecimiento.

Perce los interrumpe, seguido por Guido:

—¡Ciento cuarenta y cinco dólares! ¡A que es una campeona, Gay? ¡Es la mejor!

Dicho lo cual, la rodea con un brazo y le mete el dinero en la mano. Al momento aparece la ancianita bajo el brazo de Perce, agitando la hucha.

—¡A mí no me pida! —exclama Isabelle—. ¡Todavía estoy pagando lo del brazo roto este! —De pronto, Isabelle reconoce a alguien entre los transeúntes y le llama, adentrándose en el tumulto—. ¡Charles!

La ancianita, agitando la hucha en las narices de Roslyn, clava en ella sus ojos con apostólico celo:

—¡Pecadora! Veo que estás deseando hacer un gran donativo. Lo llevas pintado en esa bonita mirada. Estás buscando la luz, pecadora, te conozco y te amo por tu vida de dolor y pecado. ¡Dalo por quien todo lo comprende, por el único que te ama en tu solitario desierto!

Roslyn, divertida en un primer momento, luego atraída y repelida a la vez, después un tanto temerosa, aunque engatusada por el vehemente deseo de la anciana por salvar su alma, se dispone a entregarle el fajo entero de billetes.

Pero Gay interviene:

—Tampoco es que esta mujer haya pecado tanto. —Le tiende un billete a la señora—. Aquí tiene diez... —Luego le da otro billete—. Y aquí otros diez y lo dejamos en veinte.

La anciana dice:

—¡Alabado sea el Señor! Vamos a comprar una valla para ponerla alrededor del cementerio y que los cowboys no lleven a sus caballos a pastar entre las tumbas. ¡Hija mía, gracias a ti los muertos descansarán en paz! ¡Yo te absuelvo!

Isabelle sale de entre el tumulto y se acerca presurosamente a Roslyn.

—¡Adivina quién está aquí! ¡Ay, hija, a que no lo adivinas!

—¿Quién?

—¡Mi marido! No me lo podía creer. Están de vacaciones.

—Oh. ¿Su mujer también está aquí?

—¡Cómo no! Clara. ¿Te acuerdas de que te hablé de Clara, mi mejor amiga? ¡Cada día está más encantadora!

—Mucho lo tiene que estar —tercia Gay— para haberte puesto tan contenta.

—Uy, Charles no habría aguantado mucho casado conmigo. Si una vez hasta perdí la

aspiradora... —Los hombres estallan en carcajadas, e Isabelle se les suma y levanta el brazo para dirigirle un saludo a su exmarido, que evidentemente se ha perdido entre la muchedumbre—. ¡Y todavía no la han encontrado! Venid y os los presento.

Gay los detiene.

—Mejor nos vemos luego, Isabelle. Aún tenemos que buscarle un caballo que montar al chico.

—De acuerdo, pues, nos vemos por ahí. Pero al final no subiré con vosotros de caza: se van a quedar en mi casa toda la semana. —Toma la mano de Perce y se la estrecha—. ¡Buena suerte, muchacho! —Luego da unas palmaditas en la mano de Roslyn, se vuelve hacia el tumulto y, ya entre la gente, saluda alegremente con la mano—: ¡Hasta luego, niña!

Apiñados entre la muchedumbre, los cuatro se dirigen hacia el recinto del rodeo, al final de la calle. Perce mete la cabeza entre Gay y Roslyn:

—¿Me dejas que le dé un beso de la suerte?

—Pero sólo uno.

Perce la besa mientras van andando.

Gay lo aparta de ella.

—Tampoco necesitas tanta suerte. Venga, vamos a inscribirte.

Gay toma la delantera con Perce, volviendo la cara entre risas hacia Roslyn. Ella le dice adiós con la mano, y Gay desaparece entre el tumulto.

El recinto donde se celebra el rodeo es un simple descampado cercado por una valla de madera que se cae a trozos, y tres niveles de gradas astilladas a un lado. En un extremo está el cajón de salida, una especie de jaula hecha con tablones de madera donde los animales esperan justo antes de saltar al ruedo, y cerca de aquél, una torreta para el juez. Un mar de vehículos aparcados rodea el recinto. Desde las gradas, el único edificio visible es una pequeña iglesia encarada hacia las lejanas montañas, con su cruz de madera torcida en forma de X por la intemperie.

Las gradas están atestadas, y la turba se arremolina alrededor de la cerca. Como siempre, hay movimiento de gente pululando de acá para allá en busca de alguien: los padres de sus hijas, las mujeres de sus maridos, los chicos de las chicas, y solitarios llegados de la montaña que sólo buscan rozarse con las únicas masas que van a encontrar hasta el año siguiente por las mismas fechas.

Un jinete sale de estampida por la caja montado en un caballo salvaje. Desde su torreta el juez controla el tiempo, empuñando un reloj que cuelga de una gruesa cadena de oro; bebe de una botella de cerveza, saltando con la vista del reloj al jinete. El concursante resiste sobre la grupa de su negra montura. El animal enfila directo hacia la cerca y los espectadores sentados en esa zona trepan rápidamente hacia las gradas de arriba, y por un instante el indio se queda solo, contemplando impasible el espectáculo. El caballo se desvía bruscamente hacia otro lado, los espectadores retoman en tropel sus asientos y, una vez más, el indio se pierde entre la muchedumbre.

Roslyn y Guido se han sentado en las gradas. Guido presencia la competición sin demasiado interés. Roslyn, a su lado, la sigue ávidamente. Guido se vuelve hacia Roslyn y contempla embobado el contorno de su rostro, su cuello, su cuerpo.

Un súbito clamor se alza entre el público, que salta prácticamente de sus asientos. Roslyn se levanta con semblante alarmado. El jinete se escabulle de entre las patas encabritadas del caballo.

—¡Caray, no sabía que fuera tan peligroso!

Guido, a conciencia, como declarando su determinación respecto de ella, dice:

—Como todo lo que merece la pena en la vida.

Roslyn lo mira sorprendida. El whisky y el sol han desbaratado la estrategia de Guido, y se limita a contemplarla con ojos encandilados. Ella devuelve la mirada al ruedo y ve al jinete auxiliar, que en ese momento se acerca al caballo y le desata la cincha atada a los flancos.

—¿Qué es eso que le acaba de quitar?

—Ah, la cincha. Les aprieta donde más duele. Por eso saltan y corcovean.

—¡Pues no me parece justo!

Guido se echa a reír, pero al ver la seriedad en el semblante de Roslyn, se contiene:

—Es que sin cinchas no habría rodeo.

—¡Pues entonces no deberían hacerse rodeos!

De pronto el público clama enardecido y se pone en pie, y Roslyn y Guido se levantan, pero él continúa mirándola intrigado mientras ella devuelve la atención al ruedo, donde el montaraz caballo ha perseguido al jinete hasta la cerca y lo ha obligado a saltar al otro lado. A unos metros de distancia, Gay y Perce están sentados a horcajadas sobre el cajón de salida de los animales, con las piernas colgando. Gay recorre el público con la mirada.

—Espero que estés sobrio.

Perce sigue la mirada de Gay:

—Qué demonio, si he ganado hasta en ciudades que ni recordaba cómo se llamaban. —Localiza a Roslyn en las gradas y la saluda con la mano—. ¡Allí está!

Gay la saluda a su vez y Roslyn se levanta del asiento, agitando en el aire su jersey de pelo. Guido levanta el brazo.

Perce, viendo su apasionamiento, se vuelve hacia Gay:

—No intentaría quitártela, Gay. A menos que no te importara.

—¡Uy, chaval, vaya si me importa!

Ambos ríen ante esa inconsciente confesión de rivalidad, y Gay le da una afectuosa palmada a Perce en la espalda al tiempo que conducen a un caballo al interior del cajón que tienen a sus pies.

—¡Bueno, allá voy!

Perce baja de la valla, se sienta con ayuda de Gay sobre el inquieto caballo y levanta la mirada hacia él.

—Mi dirección es Black River...

Los altavoces de megafonía lo interrumpen:

—¡El siguiente jinete es Perce Howland, de Black River, Wyoming!

—¡California, no Wyoming! —corrige Perce, gritando por encima de sus espaldas.

Un cowboy aprieta la cincha en los flancos del caballo y el animal cocea los tablones del cajón.

Habla Gay:

—¿Preparado, muchacho?

Perce:

—¡Adelante!

Gay:

—¡Abran!

Un ayudante abre la compuerta y el caballo sale disparado. El público lo jalea enardecido. Perce resiste. El animal corcovea y salta salvajemente.

En las gradas, Guido se ha animado.

—¡A por él, muchacho!

Roslyn presencia el espectáculo, debatiéndose entre el deseo de que Perce salga victorioso y el terror; mira tapándose los oídos con las manos.

El juez da un trago sin dejar de mirar el reloj en la otra mano.

Montado a horcajadas sobre el cajón, Gay echa un vistazo hacia Roslyn, en las gradas. Ve que hay lágrimas en sus ojos. El caballo se aproxima a la zona donde ella está sentada, y por un instante Roslyn alcanza a ver a Perce con la boca desencajada por la tensión, saltando arriba y abajo sobre el caballo, con el cielo sobre su cabeza.

El animal retuerce el cuerpo de Gay y lo arroja sobre el duro suelo de tierra. Roslyn grita como intentando salvar a Perce, pronunciando su nombre. Se vuelve hacia Guido pidiendo ayuda. Guido agita el puño en el aire, con un semblante casi rabioso, un aire de goce animal que desconcierta a Roslyn, quien, más sola en su terror que antes, se vuelve de nuevo hacia el ruedo.

Un súbito clamor se alza ente el público, y Gay se levanta sobre la valla con una mirada casi de júbilo, pese a que su movimiento pretende ser de ayuda. Perce aterriza de bruces en el suelo y se queda inmóvil.

Gay salta de la valla y corre hacia él. Guido baja hacia el ruedo abriéndose paso a empujones

por las gradas; Roslyn se queda de pie detrás, alargando el cuello para atisbar algo entre la gente, llorando estupefacta, tan anonadada como si acabara de recibir un golpe. Luego empieza a bajar por las gradas, en dirección a él.

Gay llega hasta Perce e intenta levantarlo del suelo. Guido se acerca y entre los dos lo conducen medio a rastras hacia la salida; Guido le encasqueta el sombrero en la cabeza.

Roslyn les da alcance fuera, donde están aparcados los coches. Delante de la iglesia hay una ambulancia.

Habla Roslyn:

—¿Dónde está el médico?

Perce:

—¿Y mi sombrero, papá?

Gay:

—Lo llevas puesto, Perce.

Perce se zafa de ellos y grita a Roslyn, que lo ha agarrado del brazo:

—¡Suéltame, Frieda!

Gay se acerca a él, tendiendo una mano en ademán tranquilizador:

—Tranquilo, muchacho, no es tu hermana.

Perce mira fijamente a Roslyn, perplejo. A Roslyn se le hiela la sangre. No obstante, tiran de él nuevamente hacia la ambulancia. Un enfermero los aguarda, con sonrisa afable.

—Vaya, vaya. Parece que le has estado buscando las cosquillas a ese caballo, ¿eh?

El enfermero lleva sus peludas manos a la cara de Perce y le presiona los pómulos.

—Déjelo que se siente —dice Roslyn, y lo sienta en el estribo de la ambulancia. El enfermero sigue actuando con parsimonia. Ella lo mira con recelo—. ¿Es usted médico?

Perce intenta incorporarse:

—No quiero que me vea ningún médico.

—Tranquilo, amigo. No soy médico. Lo único que haré será limpiarte un poco. —El enfermero sienta a Perce a la fuerza, se frota las manos en los pantalones y entra en la ambulancia a por algo.

Roslyn, cada vez más impotente, pregunta:

—¿No hay ningún médico por aquí?

El enfermero vuelve a aparecer con una botella de alcohol y una gasa.

—Sí, pero a unos cien kilómetros. —Gay se agacha y observa detenidamente la cara de Perce mientras el enfermero le pasa una gasa empapada en alcohol; luego se yergue—. No es nada grave.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¡Hay que llevarlo a un médico! —Roslyn se abalanza hacia Perce para levantarlo—. Ven conmigo, te llevo en mi coche.

Gay, enérgico, la aparta de Perce sin demasiado disimulo:

—Roslyn, no te metas donde no te llaman.

—Es tu amigo, ¿no? ¡No entiendo nada!

El alarido de dolor que sale de Perce la hace volverse en redondo; el enfermero le está poniendo un esparadrapo, presionando sobre el caballete de la nariz. Perce se lleva una mano delicadamente a la nariz, y Gay se acuclilla junto a él en el estribo de la ambulancia:

—Estás bien, ¿no, Perce?

Perce exhala un suspiro de dolor y luego se palpa la nariz.

—Perce, ¿estás bien?

Perce parpadea y mira a Gay, todavía aturdido:

—¿He aguantado hasta el silbato?

—Casi, muchacho. Pero lo has hecho muy bien.

—Era una bestia ese caballo, ¿eh?

—Una mala bestia. Lo has hecho muy bien.

Perce intenta ponerse en pie, pero se cae de cuatro patas al suelo. Roslyn se agacha inmediatamente para ayudarlo a levantarse.

—Déjalo que se levante él solo, Roz. —Gay aparta a Roslyn de Perce, que sigue agachado, intentando recobrar el aliento.

Horrorizada, presa de un impotente desconcierto, Roslyn se queda mirándolo. Perce se levanta trabajosamente. Guido le tiende el sombrero, que se le había vuelto a caer. Entonces se oye el altavoz de megafonía, anunciando algo incomprensible.

Habla Perce:

—¡Oh! ¿Me llaman a mí?

Gay:

—Aún no. Faltan un par de minutos.

Roslyn:

—¿Para qué?

—Tiene que montar un toro. Vamos, Perce, intenta dar unos pasos.

Gay, haciendo que Perce le pase un brazo por los hombros, camina con él entre los coches aparcados. Perce avanza tambaleante, pero cada vez más recuperado. Pasean, muy despacio, entre

el mar de acero.

Habla Roslyn:

—¡Guido, dime que no va a volver ahí dentro!

Guido, como plegándose de conformidad a los hechos:

—Para mí que su intención es montar ese toro.

—Pero... —Defraudada, Roslyn corre hacia Gay y Perce y avanza a su paso.

—Déjalo que ande, Roz, ya se le pasará, venga —dice Gay, apartándola.

Roslyn tiene que apretujarse entre los coches para seguirles, a veces obligada a quedarse atrás por culpa de algún guardabarros que le obstruye el paso.

—¿Por qué haces esto, Perce? Mira, ¿y si te quedas con el dinero que hemos hecho en el bar? —Roslyn hurga en el bolso para sacar el dinero sin dejar de seguirles el paso—. Lo he ganado gracias a ti, Perce, vamos, tómallo. Mira, hay más de cien dólares. ¡No tienes que volver ahí dentro!

Perce se detiene. Roslyn se arrima a él. Él la mira a los ojos muy fijamente. Ella, ya más esperanzada, le lleva una mano a la mejilla cariñosamente, con sonrisa suplicante.

Perce dice:

—Quiero que me veas montar. Los toros son mi fuerte.

—Pero ¿por qué lo haces?

—Por qué va a ser, porque me he apuntado, Roslyn. Ya estoy inscrito.

Suena el altavoz de megafonía, anunciando nuevamente algo incomprensible.

—Llévame hasta allí, Gay, ¡ya estoy entrando en calor!

Se dirigen hacia el ruedo. Roslyn corre a su lado. Guido los sigue, todavía burlándose de la preocupación de Roslyn. Cada vez está más borracho.

Roslyn insiste:

—¡Gay, por favor!

Pero Perce y Gay siguen su camino sin hacerle caso.

Perce vuelve la cabeza hacia ella:

—¡Me gustaría que me vieras, Roslyn! ¡Venga, mujer, no tengas miedo!

Roslyn se vuelve hacia Guido, que está de pie a su lado, como pidiendo ayuda. Pese a su mirada atribulada, Roslyn detecta que se ha plegado a las circunstancias.

—¡Si no les importa que los machaquen! —aduce Guido.

Roslyn se vuelve rápidamente y busca ayuda con la mirada. No hay ningún ser humano a la vista,

sólo hileras y más hileras de coches, mudo acero. El clamor del público se mezcla con el ininteligible parloteo que suena por megafonía. La cara de un inmenso toro blanco, con los ojos inyectados en sangre, aparece a los pies de Perce y Gay, que se han sentado sobre la valla justo encima del cajón de salida. Los mozos colocan al animal en posición, con mucho respeto. Uno de ellos le rodea los cuartos traseros con la cincha, dejándosela suelta por el momento. Perce, abstraído en su miedo y en sus cálculos, tiene los ojos muy abiertos. Pestañea con fuerza intentando despejarse, mascando suavemente el bolo de tabaco que lleva en la boca. Gay desvía la mirada del toro, ya justo a sus pies, y mira a Perce. Sus ojos destilan un orgullo fiero por su compañero.

—¿Estás bien, muchacho? ¿Seguro que te sientes capaz?

Perce vacila, bajando la mirada hacia el toro; siente la excitación de quien ya ha sido herido. A continuación dice:

—Sí, qué demonio.

Se inclina sobre el toro haciendo ademán de montarlo.

—¡Perce!

Perce levanta los ojos y Gay también. Gay sonríe con orgullo, casi provocadoramente, hacia Roslyn, que se ha encaramado al travesaño inferior de la valla, a unos pocos metros de distancia, y les grita.

—¡Gay, no le dejes! ¡Perce, aquí tienes tu premio! ¿Por qué...? —Roslyn tiende los billetes hacia él. Guido está a su lado, pero ya no sonríe.

Una voz por megafonía la interrumpe:

—Y a continuación, amigos, ¿saben a quién tenemos de vuelta? ¡Todavía quedan hombres de verdad en el Oeste! A lomos de un toro bravo, llegado de Black Hills, Colorado, con ustedes: ¡Perce Howland!

El público grita enardecido.

Roslyn se queda anonadada ante el inexorable desarrollo de los acontecimientos. Mira hacia ellos, gritando, con el ánimo ya derrotado:

—¡Gay!

Gay ayuda a Perce a bajar de la valla y sentarse sobre el toro. Una vez montado, Perce se vuelve a Roslyn:

—¡Ahora mírame y verás, campeona!

Un mozo aprieta la cincha al toro con un fuerte tirón. El animal levanta bruscamente la cabeza, la compuerta del cajón se abre y Perce sale disparado al ruedo.

Cerca del cajón de salida, Roslyn percibe el temblor de la tierra al irrumpir el toro bravo de estampida en el ruedo, y el trueno de su peso la ciega prácticamente; sólo unas cuantas impresiones deshilachadas alcanzan a traspasar el pavor que la embarga: el cuello del toro, con la soga atada,

sus ojos extrañamente mortecinos fijos en una especie de inmóvil visión de venganza, el temblor de la tierra que parece invocar resonantes respuestas de las profundidades del subsuelo. La bestia se encorva en el aire, cambia de dirección, baja al suelo, y el cuerpo de Perce se retuerce y encorva, y en cuanto recupera la posición vertical vuelve a ser zarandeado, arrojado y comprimido como si estuviera amarrado al cabo de un látigo. Perce, con los dientes apretados, tiene una mueca de angustia en el rostro, y cuando desciende en una sacudida del animal, su cabeza se inclina hacia atrás como la de un suplicante arrojada contra el cielo del atardecer. El público lo jalea, pero Roslyn no oye sus gritos; los espectadores agitan los puños en el aire y muestran sus dientes a centenares de demonios imaginarios, ladran los perros, se rompen cascos de gaseosas, los desconocidos se aprietan los brazos unos a otros, un transistor en las gradas anuncia a todo volumen el menú de una aerolínea, y el sol empieza a esconderse detrás de las ciegas montañas; un vacío rodea a Roslyn, un silencio de incompreensión, en el que tan sólo alcanza a vislumbrar la mirada implacable, fija, del toro y la cabeza de Perce doblándose hacia atrás, como la de un muñeco, con una impotente desolación en los ojos que desmiente la determinación viril de su boca.

Guido ya no lo jalea. En su ebrio abotargamiento, algún interés distinto parece haber despertado en su interior y se vuelve hacia ella para consolarla, pero Roslyn escapa hacia la multitud que está a sus espaldas. De pronto un grito áspero, un clamor, un «¡Oooh!» del público hace que dirija otra vez la mirada hacia el ruedo.

Perce está tumbado en el suelo, con el hombro doblado tapándole la mitad de la cara. El silencio de las montañas se extiende sobre el ruedo y las gradas. El toro bravo embiste y patea el suelo cerca del cuerpo de Perce, y el picador intenta guiarlo hacia el cajón, con semblante adusto, girando al caballo con el cuerpo a cada finta del toro blanco.

Gay corre por delante del toro. Sorteando y esquivando los giros del animal; el caballo del picador le hace de escudo un momento, mientras él arrastra el cuerpo de Perce por la suave arena hasta la valla. Guido lo ayuda a levantarlo y llevarlo al otro lado.

El público, puesto en pie, observa la escena en silencio. Ahora se oyen los furiosos bufidos y resoplidos del toro. Una nube de polvo gris ha quedado suspendida sobre el ruedo, pero la brisa nocturna que comienza a levantarse ya la está arrastrando.

Ocho

La oscuridad intensifica el resplandor de los letreros de neón de los bares, y sobre el perfil de la sierra aún quedan vestigios de luz azulada. Frente a los bares se apiñan los vehículos aparcados, e incluso uno se ha empotrado en una fachada dejando un boquete en el revestimiento de estuco. La muchedumbre ya no es tan densa y avanza a ritmo de paseo. Algunas familias ya desfilan en sus coches y camionetas. Hay montones de pequeñas cuadrillas de cowboys saliendo y entrando en los bares, cada una con su chica correspondiente. Conversaciones inaudibles tienen lugar dentro de vehículos aparcados, entre los trenes de carga, alrededor de esquinas sin iluminar, algunas entre hombres, otras entre hombres y mujeres, algunas de ellas estallan en gritos y extraños repudios, otras en risas y vuelta a entrar en los bares.

Roslyn, sentada en el asiento delantero de la camioneta, descansa la cabeza en el brazo. Tiene el rostro desencajado por el berrinche, la respiración todavía convulsa de tanto sollozar.

Gay la llama desde la ventanilla contraria. Hay malestar en su semblante, pues la sabe disgustada con él.

—Venga, nena, vamos a tomar unas copas.

Viendo el demudado rostro de Roslyn, abre la puerta y se sienta a su lado.

Habla Roslyn:

—¿Ha recuperado el conocimiento?

—Probablemente, pero nadie lo diría. —Gay vuelve la vista atrás y Roslyn sigue su mirada por la luneta trasera.

Perce, con la cabeza envuelta en un aparatoso vendaje blanco, está detrás de la camioneta, discutiendo acaloradamente con el juez del rodeo. Guido, de pie entre ambos, parpadea somnoliento.

—Está discutiendo con el juez quién ganó la monta del toro. ¿Sigues enfadada conmigo?

El rencor de Roslyn cede ante la alegría de ver a Perce vivo. Luego se vuelve hacia Gay:

—¿Por qué me pegaste?

—No te pegué. Te aparté porque te pusiste delante y no podía pasar entre los coches con Perce a cuestas, eso es todo.

—Pero pusiste una cara rara. —Lo mira fijamente, con ojos interrogantes—. Como si..., parecías capaz de matarme. Y yo..., yo conozco esa mirada.

—Venga, vamos, nena. Me puse un poco nervioso porque me estabas poniendo la cabeza como un bombo. Vamos a tomar algo, anda, olvídalo ya.

Roslyn echa una ojeada en dirección a Perce:

—¿Todavía no lo ha visto un médico? —Gay le vuelve la espalda, impacientándose—. ¿Y si tiene conmoción cerebral? No entiendo nada; podría estar muriéndose y todos como si nada. ¿Es que no te importa?

Gay se vuelve hacia ella con voz airada:

—Acabo de lanzarme a salvar a ese muchacho con un toro bravo suelto en el ruedo..., ¿cómo no me va a importar? Maldita sea, suerte tengo de estar sentado aquí ahora mismo, ¿no te das cuenta?

—Sí. Tienes razón. —De pronto le coge la mano, se la besa y la lleva a su mejilla—. ¡Tienes razón! —Lo besa en la cara—. Eres un buen hombre, un...

Gay la estrecha, deseando su comprensión:

—Roslyn, nena...

—Imagínate que estás dando gritos pero no te sale la voz de dentro, y todo el mundo a tu alrededor diciendo: «Hola, qué tal, ¿cómo estás?», todos tan campantes... ¡y tú muriéndote! —Intenta dominarse y sonrír—. Se te ha partido el alma al verlo allí indefenso, ¿verdad?

Gay se encoge de hombros.

—He pensado que podía sacarlo de allí y me he lanzado, eso es todo.

Roslyn, reflejando en su semblante el esfuerzo por entender, por entenderlo a él y a sí misma:

—Pero si hubiera muerto... te sentirías fatal, ¿verdad? Porque morir por una causa tan tonta...

—Nena..., causa o no causa, todos tenemos que morir algún día. La muerte es tan natural como la vida; quien tiene mucho miedo a la muerte es porque tiene mucho miedo a la vida, al menos por todo lo que he visto hasta ahora. Lo único que uno puede hacer es olvidarse, no hay más. Creo yo.

Perce asoma la cabeza por la ventanilla. Todavía lleva el esparadrapo en la nariz, y la cabeza vendada como en un turbante. Está un poco trastornado por la conmoción. Guido asoma la cabeza por la otra ventanilla.

Habla Perce:

—¡Qué, Roslyn! ¿Me has visto?

—¡Oh, Perce, has estado maravilloso! Entra, y te llevamos a...

—¡Nada de eso, ahora a divertirse!

—¡Di que sí, vamos! —dice Gay.

Roslyn duda y luego dice:

—Está bien. Pero ¿cómo te encuentras?

—Como si me hubiera pateado un toro.

Guido le abre la puerta a Roslyn. Gay sale por el lado donde está Perce.

—¿De verdad está bien? —le pregunta Roslyn a Guido nada más apearese.

—Dentro de dos semanas ni se acordará... y tú tampoco. ¿Por qué no ofreces tu compasión a quien es capaz de valorarla?

Roslyn, intencionadamente, pero con cordialidad en la sonrisa, pregunta:

—¿Y dónde está esa persona?

Roslyn pasa por delante de él y Guido la sigue. Se unen a Gay y Perce ante la puerta del bar.

—¡Adentro! —dice Perce.

Gay entra cogido del brazo de Roslyn; Perce la flanquea por el otro lado, con la mano abierta vacilando sobre su cintura pero sin tocarla: aceptando que es propiedad de Gay. Guido entra detrás de ellos. Pasan al interior del concurrido local y se sientan a una mesa.

En la voz y la mirada de Perce hay una intensidad febril. Toman todos asiento y Perce llama al camarero:

—¡Eh, whisky para ocho!

Se acomoda en su asiento. Está extrañamente feliz, como si hubiera cumplido una tarea necesaria, algún deber que le otorga ciertos derechos. Ríe y ahora ya se dirige con desparpajo a Roslyn:

—¡Caray, qué raro me siento! El tipo ese no me habrá inyectado algo, ¿no? ¡Buf! Estoy viendo unas estrellas la mar de bonitas, Roslyn. —Alarga el brazo y le toma la mano. Gay, que tiene el brazo tendido sobre el respaldo de la silla de Roslyn, sonrío incómodo. Roslyn le da unas palmaditas a Perce en la mano y luego retira la suya. Perce, inconscientemente, vuelve a tomarle la mano—. Es la primera vez en mi vida que veo las estrellas. ¿Tú has visto las estrellas alguna vez, Gay? ¡Ese maldito toro llevaba la puñetera vía láctea en las pezuñas!

Gay se echa a reír. Guido sonrío para sus adentros. Roslyn se debate entre la preocupación por el estado de Perce y el deseo de celebrar la dicha de verlo vivo.

—Oye, ¿eras tú la que lloraba en la ambulancia? ¿Era ella, Gay?

—Quién iba a ser.

Perce se levanta y estrecha la mano de Roslyn efusivamente.

—Pues que sepas que te lo agradezco mucho, Roslyn.

Un camarero les deja dos copas de whisky a cada uno, y Perce alza la suya:

—¡Y ahora, un brindis por mi fiel amigo, el viejo Gay!

—¡Gay no es viejo! —replica Roslyn.

—¡Y otro por el viejo piloto! Y su viejo avión de tres al cuarto. —Todos tienen la copa levantada—. ¡Y otro por mi amiga Roslyn! ¡Estamos todos entre amigos! ¿Verdad, Gay?

Gay sonríe de oreja a oreja, intentando mitigar la solemnidad que comienzan a adquirir las palabras de Perce.

—Verdad.

En la máquina de discos salta de pronto a todo volumen *Charley, My Boy*.

—Entonces,  por qué estás cabreado conmigo, hombre?  Me dejas que baile con ella, Gay?

— C mo no! Roslyn,  por qué no bailas con Perce?

—Bueno.

Roslyn se levanta y va hacia la pista con Perce.

Habla Guido:

—No hay como ser joven,  eh, Gay?

—Desde luego. Pero ya sabes lo que dicen: para algunos no pasan los años. —Sonríe a Guido, que se vuelve con sonrisa levemente escéptica para ver a los otros dos bailar.

Perce marca el ritmo con movimientos torpes y toscos, y ella intenta seguirle. Está haciendo el payaso hasta cierto punto, aunque al mismo tiempo parece inspirado por algún viejo recuerdo y mantiene la espalda dignamente erguida.

—Mi padre bailaba así. —Perce la hace girar sobre sí misma y traza círculos a su alrededor, pero enseguida le asalta el mareo.

—Eh,  qu  pasa?

— Uuuy!

Roslyn se abalanza para sujetarlo.

—Ven, vamos a ver el mundo.

Perce agarra la mano de Roslyn y tira de ella hacia una puerta en la parte trasera del local. Ella echa un vistazo atrás y, al ver a Gay volviéndose borracho en la silla, lo saluda con la mano y se deja arrastrar hacia la calle.

Salen a la parte trasera del bar. Basuras, una montaa de cascos y latas de cerveza vacíos y cartones rotos se esparcen por doquier, pero unos cuantos metros más allá se extiende el desierto iluminado por la luz de la luna. Perce levanta la vista al cielo y luego se vuelve hacia Roslyn. Sin decir una palabra, hace ademán de sentarse en el suelo, tirando de su mano, y los dos se sientan el uno al lado del otro en el asiento de muelles de un coche abandonado y sin ruedas. Perce la mira esbozando una sonrisa.

—Nunca habían llorado por mí. Bueno, al menos desde hace mucho tiempo... —Incapaz de expresar sus sentimientos, deseando hacerle el amor y ser amado por ella, le coge la mano—. Gay es un gran tipo,  verdad?

—Sí.

—Quiero tumbarme. ¿Te importa?

—No, claro.

Perce posa la cabeza en el regazo de Roslyn, y de pronto se tapa los ojos.

—¡Maldito toro!

Roslyn le acaricia la frente. Perce abre los ojos.

—Tranquilo, descansa. No hace falta que hables.

—No acabo de entenderte, vas por la vida como flotando. ¿Estás con Gay?

—Yo qué sé dónde estoy...

—Vaya, pues ya somos dos. ¿Cómo es que tienes esa mirada tan inocente?

—¿Tú crees?

—Como si acabaras de nacer.

—¡Oh, no!

—No me gusta cómo machacan a las mujeres en estas tierras. Aunque a muchas les da igual, ¿no?

—No a todas.

—¿De verdad llorabas por mí antes?

—Bueno, estabas herido y me... —Roslyn se interrumpe al ver que Perce sacude la cabeza maravillado—. ¿Nunca ha llorado nadie por ti?

—Extraños, no. El 12 de abril pasado me pegaron tal somanta de coces que me tiré veinticuatro horas inconsciente. Una chica y dos buenos amigos míos me acompañaban. No he vuelto a verlos desde entonces.

—¿Te dejaron solo?

—Mira, me gustaría preguntarte una cosa..., no hay mucha gente con la que pueda hablar, ¿sabes? —Roslyn aguarda a que continúe—. No..., no entiendo qué hay que hacer.

—¿A qué te refieres?

—Pues verás, yo hasta el año pasado no iba vagabundeando por el mundo. No soy como Gay y el piloto, tengo una buena casa. Bueno, al menos la tenía. Pero un día mi viejo..., estábamos fuera en el campo los dos y de pronto, pum. Cayó al suelo redondo. Unos malditos cazadores descerebrados.

—¿Lo mataron?

—Sí. Y..., y luego ella cambió.

—¿Quién es ella?

—Mi madre. Con lo digna que había sido siempre con mi padre..., a su lado como una santa. Y poco después un tipo empezó a dejarse caer por casa, hasta que..., hasta que ella cambió. A los tres meses ya se habían casado. Y bueno, qué se le va a hacer, pero ya le dije: «Mamá, mejor que le pidas un papelito al señor Brackett porque el primogénito soy yo y papá quería que este rancho fuera mío». Y cómo no, la misma noche de la boda el tipo viene y me ofrece trabajar a jornal. Encima, en casa de mi padre.

—¿Y ella qué dijo?

Sacude la cabeza con desconsuelo y dice con cierto deje misterioso en la voz:

—No lo sé; es como si no me oyera. Cambiada completamente, como si la hubieran vuelto del revés. ¿Entiendes lo que quiero decir? Es como si ya no se acordara de que existo.

Roslyn asiente con la cabeza, mirándolo fijamente.

—¿Tú en qué demonios confías, Roslyn? ¿Lo sabes?

—No lo sé. Quizá... —Tiene la vista perdida en el horizonte, contemplando su propia vida—. Quizá lo único que hay es lo que viene después, justo después, y no se deba contar con las promesas de nadie.

—Con las mías puedes contar, Roslyn. Creo que estoy enamorado de ti.

—Si ni siquiera me conoces.

—Me da igual.

Perce levanta la cara hacia ella, pero de pronto, transido de dolor, se agarra la cabeza con ambas manos.

—¡Maldito toro!

La puerta trasera se abre de par en par, arrojando un haz de luz sobre ambos. Gay sale al exterior, tambaleante, parpadeando en la súbita oscuridad.

—¿Roslyn? —la llama.

—¡Aquí estamos! —dice, levantándose con Perce.

Gay se dirige hacia ellos y les indica, con aspavientos, que vayan hacia la puerta.

—Venid, vamos, quiero que conozcáis a mis hijos.

—¿Están aquí?

—Han venido para el rodeo. Hacía un año que no los veía. ¡Si vieras qué recibimiento me han hecho, Roslyn! Casi me tiran al suelo. —Cruzan el umbral y suben por un pequeño pasillo—. ¡La niña está a punto de cumplir los diecinueve! ¡Y lo guapa que se ha puesto! Resulta que han venido para el rodeo, ¡los dos! ¡Imagínate!

—¡Cuánto me alegro por ti, Gay!

Entran en el local, Gay tirando a Roslyn de la mano, mientras ella va cogida a la de Perce; llegan hasta la atestada barra, donde está Guido, aletargado por el alcohol. Se respira un aire denso, de humo y jazz. Perce pestañea con fuerza, intentando ver algo. Roslyn lo vigila con atención, sin despegar los ojos de Gay.

Gay es el primero en llegar hasta Guido:

—¿Dónde están?

—¿Quién? —Guido se vuelve lentamente hacia él.

—¡Mis hijos! Les he dicho que volvía enseguida. Tú me has oído.

—Se fueron por ahí. —Guido señala hacia la puerta de la calle, luego escruta con la mirada a Roslyn y Perce.

Gay, con semblante dolido y enfadado, empuja bruscamente la puerta principal y sale al exterior. Recorre con la mirada el aparcamiento, los grupos de transeúntes que van por la calle y los guardias, y dice a voz en grito:

—¡Gaylord! ¿Gaylord?

Roslyn sale del bar, ayudando a Perce. Guido los acompaña con una botella en la mano. La atención del grupo se desvía instantáneamente hacia Gay, excepto la de Perce, que enseguida apoya la mejilla en el guardabarros del coche, abrazándose a él.

—¡Rose-May! ¡Gaylord! ¿Gaylorrrd?

Guido aúlla:

—¡Gaylord! ¡Tienes a tu padre aquí!

Señala hacia Gay, dando bandazos de un lado a otro.

La gente empieza a arremolinarse en torno a ellos, algunos con auténtica curiosidad, otros en son de burla, otros borrachos. Roslyn se queda sujetando a Perce, justo detrás de Gay y Guido, y al ver a Gay se le saltan las lágrimas.

—Gaylord, ¿dónde te has metido? Te he dicho que volvía enseguida. ¡Ven aquí ahora mismo!

Una señora de mediana edad, vestida como la típica mujer de un granjero, se acerca a Gay:

—No se preocupe, caballero, cuando vuelva usted a casa lo más seguro es que ya estén allí.

Gay la mira y observa la seguridad que emana de su comprensiva sonrisa. Luego se vuelve y sube al capó de la camioneta; está muy borracho, y alterado. Desde esa atalaya divisa la abarrotada calle. Justo debajo, Roslyn y Guido levantan la vista hacia él: parece el doble de alto. Hay borrachos pululando por todas partes, las luces de los bares parpadean locamente detrás de él, los guardias apostados en los portales vigilan con expresión vacía y el guirigay de músicas que suena alrededor le taladra los oídos. Con el sombrero ladeado, los ojos perplejos y la angustia llameando

en el semblante, Gay exclama a grito pelado:

—¡Gaylord! ¡Sé que me estás oyendo!

Un tropel de gente se ha congregado ya en torno al coche, rostros de perfectos extraños. Gay descarga el puño sobre el techo de la camioneta.

—¡Sé que me estáis oyendo! ¡Rose-May, sal ahora mismo!

De pronto da un resbalón y cae rodando por la camioneta hasta el suelo, de espaldas. Roslyn grita y corre hacia él, mientras los presentes prorrumpen en carcajadas; rápidamente le levanta la cabeza y le da un beso.

—Seguro que te están buscando, Gay. Habrán pensado que te habías ido. —Gay la mira atontado —. ¡Oh, pobre Gay, pobrecito Gay!

Roslyn se abraza a su cabeza y lo mece, acuclillada a su lado junto a la alcantarilla.

Nueve

La camioneta avanza a toda velocidad por la oscura carretera. Conduce Guido, con la perra dormida a su lado. En el asiento trasero, Roslyn se sujeta con un brazo a Perce, que está inconsciente, con las piernas por fuera de la ventanilla, y con el otro brazo a Gay, dormido contra su pecho. Ella tiene los ojos entornados.

De pronto la camioneta empieza a dar botes y Guido intenta maniobrar para devolverla a la carretera. Por un instante los faros captan una silueta fugaz que sale huyendo del arcén. La camioneta regresa al asfalto con un viraje. Un hombre se levanta de la cuneta, se sacude la ropa, recoge su hatillo del suelo y continúa su camino impasible. Es el indio.

Vuelven a circular sobre piso firme, y Roslyn ya ha abierto los ojos. Está borracha y exhausta, embargada por la impotencia. Guido conduce con cierta alegría en el semblante. Roslyn se dirige a él en un tono monocorde y desesperanzado, como en un sueño:

—¿No vas demasiado rápido? Venga, haz el favor.

—No te preocupes, niña, nunca he matado a nadie que conociera.

El indicador de velocidad sobrepasa los ciento veinte kilómetros por hora.

—Mi mejor amiga quedó irreconocible por culpa de uno. Sólo pudieron identificar sus guantes. Haz el favor, Guido. Era una chica guapísima, morena...

—Dime «Hola», Roslyn.

—Hola, Guido. Anda, por favor.

Guido tiene los ojos vidriosos y extrañamente tranquilos, como si en el fondo estuviera contento.

—Todos somos bombarderos ciegos, Roslyn; matamos a personas a las que nunca hemos visto siquiera. Yo bombardeé nueve ciudades. Debí de romper bastantes platos, pero nunca llegué a verlos. Imagínate la de perritos que saltarían por los aires, la de carteros y de gafas... ¡Impresionante! ¿Sabes qué te digo? Con las bombas pasa como con las mentiras: cuando las sueltas se hace un silencio... Al poco rato no oyes nada, no ves nada. Ni a tu mujer ves. A ti en cambio sí te veo. Eres la primera mujer a la que he «visto» de verdad en mi vida.

—Haz el favor, Guido, nos vas a matar...

—¿Cómo hace uno para conocer a alguien?, dime. No consigo aterrizar. Y tampoco ascender hasta Dios. Ayúdame tú. En mi vida le había pedido ayuda a nadie. No «conozco» a nadie. ¿Me darás un poco de tiempo? Dime que sí. Al menos dime: «Hola, Guido».

Roslyn oye el mortífero golpeteo del viento contra el vehículo.

—Sí. Hola, Guido.

El indicador de velocidad alcanza casi los ciento cincuenta kilómetros por hora y empieza a

descender.

—Hola, Roslyn.

Los faros alumbran la oscura casa inacabada, iluminando su fachada sin terminar y las maderas y materiales de construcción dispersos por el suelo. Ahora el motor está apagado, pero los faros siguen encendidos.

Nadie se mueve en el interior de la camioneta. Guido, agotado, contempla su casa. La perra duerme a su lado. Luego se apea del vehículo, trabajosamente. A continuación abre la puerta trasera de la camioneta y mira dentro con ojos somnolientos.

Roslyn duerme, erguida. Perce sigue traspuesto sobre su regazo, con los pies asomando por la ventanilla; Gay está en el suelo. Guido se queda mirando a Roslyn, embargado por el deseo y la autocompasión. Baja la vista hacia Perce, luego hacia Gay, y como si ambos fueran un estorbo insoportable se aleja del coche y se adentra en la oscuridad.

Unos estruendosos martillazos abren los ojos de Roslyn; Gay se incorpora.

—Está bien, conduzco yo, conduzco yo.

—Ya hemos llegado, Gay.

—¿Adónde?

A través del parabrisas, Roslyn vislumbra algo en el haz de luz de los faros; aparta con cuidado la cabeza de Perce de su regazo, sale del coche y se dirige tambaleante hacia la casa, desconcertada. Avanza por el haz de luz de los faros; los martillazos suenan a pocos pasos de distancia. Muda el semblante, sobrecogida.

Guido está clavando a ebrios martillazos una placa de revestimiento en la fachada de la casa que aún no estaba terminada. La ha dejado torcida, pero da un último golpe de martillo, satisfecho, y luego va hacia la madera tirada en el suelo, agarra otro tablón, dando un traspie que casi lo tumba, y lo coloca sobre la pared, intentando ensamblarlo con el que acaba de clavar. Martillea sobre la madera como en un sueño, con esa clase de goce y dolor que proporciona sentirse libre de la lógica terrenal, aunque al mismo tiempo impulsado hacia una suerte de centro que retrocede constantemente.

Roslyn se acerca a él, sin atreverse a tocarlo:

—Oh, lo siento, Guido. ¿Guido? Lo siento mucho. —Guido sigue martilleando tontamente—. Podrías darte un golpe en la mano, con lo oscuro que está... Está oscuro, Guido, mira lo oscuro que está.

Guido sigue martilleando. Roslyn, ya dispuesta a volverse por donde ha venido, extiende los brazos y levanta la vista al cielo:

—¡Mira, es completamente de noche! —Se le escapa un sollozo—. ¿Por favor? ¡Para de una vez, por favor!

Acercándose, Gay exclama enfadado:

—¿Por qué demonios estás pisoteando las flores?

Roslyn se vuelve hacia Gay, éste se acerca a Guido, lo agarra del hombro para darle bruscamente la vuelta y de pronto se agacha:

—¡No has dejado ni un maldito heliotropo en pie!

Gay está a cuatro patas, intentando enderezar las flores aplastadas. Guido baja la vista atontado, con el martillo todavía en la mano.

—¡Mira! ¡Mira lo que has hecho! —Gay levanta un tallo tronchado—. ¿Y ahora qué demonios hago yo con esto?

Roslyn tercia:

—Él sólo pretendía arreglar la casa.

Levantándose del suelo tambaleante, Gay lo interpela en tono amenazador:

—¿Acaso alguien le ha pedido que la arregle?

—¡No! ¡No digas eso! ¡Por favor, Gay! Él sólo..., sólo pretendía ayudar. ¿Qué delito hay en eso?

Detrás, oyen a Perce diciendo a voces:

—¿Quién está haciendo ese ruido?

Se vuelven y ven a Perce dando tumbos en el haz de luz de los faros, intentando zafarse del interminable vendaje que le cubre la cabeza y que se le ha enredado en los brazos. Forcejea con él como atrapado en una pegajosa tela de araña, dando vueltas en redondo buscando el último cabo:

—¿Quién hace ese ruido?

Roslyn corre hacia él:

—¡No! ¡No te lo quites! —exclama, intentando desenrollarle el vendaje enredado en los brazos.

—Quítame esto. ¿Qué me han puesto?

—No lo enredes más. Es un vendaje.

Perce deja de forcejear y mira el vendaje como si acabara de reparar en él.

—¿Para qué me han puesto esto?

Pese a la preocupación, a Roslyn se le escapa la risa. A unos metros de distancia, Guido, con los ojos vidriosos, ríe para sus adentros pero con ganas. Gay empieza a contagiarse de la hilaridad de los demás. Roslyn intenta ponerle de nuevo el vendaje, sintiendo un incipiente ataque de risa histérica.

—Es para tu cabeza.

—Mi... —Perce se interrumpe para llevar las manos a la cabeza y palparse las vendas—. ¿Me he pasado toda la noche con esto puesto? —Mira enfadado hacia Gay y Guido, que ríen ya a mandíbula batiente—. ¿Quién me ha puesto esto? —pregunta, tratando de arrancarse las vendas.

Roslyn intenta detenerlo sujetándole las manos.

—Los de la ambulancia. No te las quites.

Perce se desenrolla el vendaje.

—¿Me habéis dejado hacer el ridículo toda la noche? ¿Quién me ha puesto este vendaje? Gay, tú...

Perce se abalanza hacia Gay, pero tropieza con un tablón y la pila de madera se viene abajo con gran estruendo. Guido y Gay prorrumpen en carcajadas de risa histérica.

Roslyn, debatiéndose entre la risa y las lágrimas, intenta levantar a Perce del amasijo de maderas.

—Levantadlo. Gay, ven. ¡Guido! Ayudadle, por favor. No puede tenerse en pie.

Los dos hombres se acercan a echarle una mano y, sin dejar de reír, levantan entre los dos a Perce y lo llevan casi a rastras hasta la puerta de la casa. Roslyn va delante de ellos.

Agarrado a los brazos de ambos, Perce insiste:

—¿Quién me lo ha puesto? ¿Quién me ha dejado toda la noche haciendo el ridículo?

Roslyn y Guido lo hacen pasar adentro.

—¿Dónde estamos? Dejarme en paz. ¿Qué casa es ésta?

Se tumba en el sofá, y Guido se desploma esparrancado y sin aliento en su butaca favorita.

—Es mi casa..., bueno, la de Guido. —Roslyn se echa a reír—. En fin, es una casa.

Perce cierra los ojos. De pronto sobreviene un silencio. Roslyn tapa a Perce con la manta india, pero él se resiste en cuanto nota su tacto:

—¡No, mamá, no! —Perce vuelve la cara.

Roslyn se yergue y ve a Gay sentado en el peldaño de la entrada mirando hacia el exterior. Se acerca a él y hace ademán de apartarle el pelo de los ojos, pero Gay le agarra la mano. En su semblante hay una curiosa introversión, una súplica descarnada:

—Me hubiera gustado que conocieras a Gaylord y Rose-May. Si ahora tuviera otro hijo, sabría exactamente cómo tratarlo, sabría qué hacer. A éstos ya los he perdido. Yo no sabía nada de nada.

—No, Gay, seguro que te quieren. Vamos, ahora acuéstate.

Gay le sujeta la mano para que no se vaya.

—¿Te gustaría tener un hijo algún día? ¿Conmigo?

Roslyn le da unas palmaditas en la mano, ya apartándose.

—Voy a apagar las luces de la camioneta.

Gay, mal que bien, se pone en pie.

—¿Por qué no duermes...? —insiste Roslyn.

—¡No quiero dormir! —Gay se alza tambaleante, oscilando de un lado a otro delante de ella—. ¡Te he hecho una pregunta! ¿Te he pedido acaso que fueras a apagar las luces del coche? ¿De qué estás huyendo a todas horas? —Abarcando las ventanas y paredes a su alrededor con un ademán tan amplio que casi se cae de espaldas—: Ni siquiera a mi mujer le limpié los cristales en mi vida. ¡Pintar una chimenea! ¡Plantar todos los dichosos heliotropos esos! —Luego se vuelve bruscamente al umbral y dice a voz en grito hacia el interior de la casa—: ¿Qué hace toda esta gente aquí? ¿Para qué has traído a toda esta gente?

—Yo no los he traído, han venido...

—¿Qué pretendes? No sé qué pretendes.

Tratando de no ofenderlo y a la vez de ser sincera, Roslyn se abraza a él y le dice:

—Estoy aquí, Gay. Contigo. Pero... ¿y si un buen día decides de pronto que ya no te gusto? Como antes, cuando Perce estaba herido y me miraste con esa cara de..., conozco esa cara, Gay, y me da miedo. Porque sería incapaz de vivir con un extraño.

—Nena, estaba enfadado. Eso no quiere decir que no te quisiera. ¿Tu padre nunca te arreaba y luego te aupaba y te comía a besos? —Roslyn guarda silencio—. ¿A que sí?

—Mi padre nunca pasaba el tiempo suficiente en casa para eso. Y cuando un extraño pega es para siempre. —De pronto se arrima a él y Gay la estrecha entre sus brazos—. ¡Oh, quiéreme, Gay! ¡Quiéreme!

Gay le levanta la cara y la besa. Ella sonrío resplandeciente:

—Hemos hecho las paces, ¿verdad?

—¡Sí, mujer, sí!

Gay ríe cariñosamente y la abraza.

—Ahora duerme..., estás cansado. Duerme, cariño.

—Y mañana verás de lo que soy capaz. Ya verás lo que es vivir.

Roslyn asiente con la cabeza, empujándolo suavemente hacia el umbral. Gay entra en la casa a oscuras, hablando:

—Nos las apañaríamos. Yo podría trabajar la tierra. O criar animales, no sé. Soy un buen hombre, Roslyn, maldita sea..., no encontrarás otro igual en tu vida. Ya lo verás mañana arriba en el monte. No hay muchos que aguanten como el viejo Gay. Ya verás.

Roslyn oye crujir los muelles de la cama, y después reina el silencio. Con paso inseguro va hacia la camioneta, se agacha hacia dentro y apaga el contacto. Las luces se apagan. Luego se yergue y levanta la vista hacia la indiferente luna; una enorme tristeza se apodera de todo su cuerpo, se siente perdida, es una mujer a quien la vida le ha prohibido dejar atrás su soledad.

—¡Ayúdame! —clama en voz baja, en dirección al cielo.

Permanece allí un largo rato, absorta en las funestas nubes que surcan las estrellas, corriendo hacia ninguna parte.

Diez

Una columna de polvo atraviesa el desierto por detrás de la vieja pero aún útil camioneta de Gay. En la caja al descubierto, atado a la parte trasera de la cabina, hay un bidón de gasolina con una bomba manual. El vehículo avanza dando tumbos por el pedregoso terreno cubierto de maleza, aplastando de vez en cuando el blanquecino esqueleto de alguna res abatida por el invierno.

Gay va al volante; Roslyn, sentada a su lado, lleva la perra en la falda, con el hocico apoyado en el hombro. Perce escupe por la ventanilla. Todavía tiene la nariz cubierta de esparadrapo. El sol los deslumbra. Avanzan dando tumbos, con el desierto de cara.

Roslyn advierte que la perra está temblando. La mira y luego se vuelve hacia Gay:

—¿Por qué tiembla?

—Suele pasarle cuando subimos por aquí.

De pronto el avión de Guido baja en picado sobrevolando el techo de la camioneta y lo ven alejarse frente a ellos en dirección a las montañas, en vuelo rasante, haciendo oscilar las alas como si saludara. Todos gritan sorprendidos. Gay lo saluda con la mano por la ventanilla y pisa el acelerador. En su rostro y en el de Perce aflora una súbita excitación, la perspectiva de la acción que empieza a fraguar.

La noche oscura cubre las montañas; es el final del crepúsculo, cuando la luz violeta se torna azul. Las estrellas caen a puñados salpicando el cielo. Las montañas, sólidas y misteriosas, aguardan. Delante de ellos, la hoguera arde en la oscuridad; es lo único que se mueve en derredor.

Los cuatro están sentados en torno al fuego. Cerca está la camioneta, y un poco más allá, el avión amarrado, ambos titilando a la luz de la luna y las llamas como dos monstruos intrusos descansando antes del ataque.

Hay un paréntesis en la conversación. Guido está contando una historia sin quitarle el ojo a Roslyn, sentada frente a él al otro lado de la hoguera. Roslyn recoge los últimos platos secos y los guarda en una caja de plástico. De pronto atiende absorta al relato. Gay está entretenido sacándole pulgas a la perra, y Perce escucha a Guido con atención, imbuido de respeto.

Guido levanta la vista al cielo.

—Esa estrella está tan lejos que, cuando su luz llegue a la Tierra, es posible que ya no esté allá arriba. —Mira a Roslyn—. Es decir, que sólo podemos ver las cosas como eran, nunca como son en el momento.

Habla Roslyn:

—Sabes mucho, ¿eh, piloto?

Perce sacude la cabeza.

Guido:

—Bah, la astronomía viene toda en los libros. Sólo es cuestión de leer.

Roslyn levanta la vista al cielo:

—Aun así, es fantástico tener conocimientos.

—Tú tienes algo mucho más importante.

—¿El qué?

Guido lanza una ojeada al cielo:

—Esa forma tan grandiosa de conectar con todo. Lo vives todo intensamente; lo que les pasa a los demás, te pasa a ti. Es una bendición ser así.

Roslyn se ríe:

—La gente me dice que son sólo nervios.

—Si no fuera por algunos nerviosos, los humanos seguiríamos comiéndonos los unos a los otros.

Gay, juntando las palmas de la mano de pronto, como limpiándoselas, interrumpe:

—Bueno, no sé vosotros los instruidos que pensaréis hacer, pero aquí los ignorantes se van a planchar la oreja.

Gay se levanta; cierta tensión entre él y Guido agudiza sus movimientos.

Roslyn vuelve a preguntar:

—¿Por qué tiembla la perra?

Gay mira al animal y luego echa un vistazo a las montañas:

—Habrá olfateado a esos caballos. Tienen que andar cerca, Guido.

Roslyn se ha inclinado hacia la perra para acariciarla. De pronto, el animal enseña los dientes y casi le muerde en la mano. Roslyn da un respingo, asustada.

Gay reacciona con una furia inmediata:

—¡Tonta de perra! ¡Ven aquí!

La perra se arrastra hacia él sobre el vientre y Gay le da un manotazo.

—¡No le pegues, no lo ha hecho adrede! ¿Alguna vez le ha dado una coz un caballo?

—No es de los caballos de lo que tiene miedo. —Miran todos hacia Guido, que adopta una pose categórica, como plantando cara—. Es de nosotros.

—¿Qué tonterías dices, Guido? Nunca he maltratado a esta perra. —Gay parece cada vez más furioso.

Guido, firme en su postura, desafiante:

—Es pura lógica, Gay. Ha subido aquí montones de veces, sabe perfectamente lo que va a pasar.

Muchos de esos animales salvajes que rondan por ahí arriba mañana estarán muertos.

Un destello de asombro cruza el rostro de Roslyn. Los otros tres, sin embargo, parecen dar por sentado que Roslyn sabe a lo que han venido, y Guido prosigue:

—¿Quién le dice que no va a ser ella la siguiente? Los animales no son tan tontos como las personas, ¿no?

Gay despliega el saco de dormir de Roslyn junto a la hoguera.

—Toma, nena, aquí junto a la lumbre no pasarás frío.

Guido trajina con su saco. Perce, sin embargo, repara en el semblante de Roslyn.

Gay, al levantar la vista del saco de dormir, descubre que Roslyn no se ha movido, y que hay una extraña expresión de horror en su rostro.

Roslyn finalmente se vuelve hacia él.

—¿Los matáis?

—No, no, los vendemos a un tratante de ganado.

Roslyn, con un hilo de voz, está estupefacta, aunque en el fondo la noticia no la sorprende tanto:

—¿Y él los mata?

Gay habla con absoluta naturalidad, como exponiendo un hecho:

—Son lo que llaman carne de matadero, hacen pienso para perros con su carne. Ya sabes, esos piensos para perros y gatos que venden en las tiendas.

Roslyn se estremece. Gay se acerca a ella y le tiende una mano amablemente.

—Pensaba que lo sabías. Todo el mundo...

Roslyn retira la mano con delicadeza, lo mira fijamente a los ojos, atónita, se vuelve y se aleja en la oscuridad.

—... lo sabe.

Gay duda un momento y, luego, en gran medida también para ocultar su vergüenza ante Guido y Perce, agarra el saco de dormir de Roslyn y la sigue.

—Quizá sea mejor que duermas en la camioneta. Por si viene algún bicho...

Va detrás de ella en la oscuridad.

La encuentra al lado de la camioneta, arroja el saco de dormir a su interior y luego lo despliega sobre la caja trasera. Roslyn tiene los ojos desmesuradamente abiertos; tiembla ligeramente. Gay la vuelve hacia sí. Poco a poco, Roslyn levanta la mirada. En su rostro se aprecia la mezcla de estupefacción y angustia que la embargan, mientras en su interior forcejea con dos visiones opuestas de Gay.

—Duerme un poco. Venga. —Gay intenta ayudarla a subir, pero ella se lo impide con delicadeza; con la delicadeza suficiente para que note el miedo que le inspira. Lo mira como si lo viera por primera vez—. Nena, yo lo único que hago es cazarlos. Los vendo al tratante. Es lo que he hecho siempre.

Pero ella le sostiene la mirada.

—No tienes por qué mirarme así, nena. Ahora eres tú la que me mira como a un extraño.

La inminente amenaza de su desafecto le parte el corazón y la atrae hacia sí con una exclamación sofocada.

—¡Nena! —La aparta para verle la cara.

—Yo..., yo creía que...

—¿Qué?

—Que eran para montar, o...

—Claro, como que lo eran... sobre todo para regalárselos a los niños por Navidad. Porque son caballos pequeños de tamaño, a los niños les encantaban. Pero —casi sonrío— hoy día los niños usan motocicletas. También solían venderse mucho para cría; el cruce con un mustang mejora mucho la raza.

Roslyn empieza a prestar oído, a percibir el dilema en el que el propio Gay se halla atrapado.

—Cuando empecé en esto, muchos se usaban para labranza. La sangre de los mustang tiraba de todos los arados del Oeste; los colonos no podrían haberse instalado en estas tierras si alguien no se hubiera ocupado de cazarles los mustang. Pero..., pero todo cambió, ¿entiendes? Yo hago lo que he hecho siempre. Fueron ellos los que..., los que cambiaron las cosas. En aquellos tiempos no existía comida enlatada para perros. Era..., era un trabajo decente, nena, un trabajo de hombres, un trabajo que sé hacer bien. Y yo quería que vieras lo que sé hacer. —Sonríe—. Aparte de haraganear por casa moviendo muebles.

—Pero ahora los matan.

Gay calla, sin saber qué responder.

—Tú..., tú sabes que eso no está bien, ¿verdad? Dices todo eso, pero sabes que no está bien.

Roslyn le hace sentirse culpable, y Gay no puede cargar a solas con ese peso.

—Nena, si no lo hiciera yo, lo haría otro. Siempre hay gente por aquí cazando.

—¡A mí qué me importa lo que hagan los demás!

—Esta noche bien que te has comido un bistec, ¿verdad? Y bien que has...

Roslyn se tapa los oídos.

—¡A mí qué me importa!

—Bien que has comprado comida para mi perra, ¿verdad? ¿Qué crees que había en esas latas?

—¡No quiero saberlo!

—Nena, para que algo viva, algo tiene que morir.

—¡Calla!

Roslyn sube a la camioneta, se mete en el saco de dormir, se vuelve de medio lado y se tapa los ojos con las manos. Gay titubea un momento; luego sube de un salto a la parte trasera de la camioneta y se sienta a su lado. Sabe que ya casi la ha perdido para siempre; sólo el evidente tormento que la acosa lleva a Gay a pensar que la despedida no será fácil para ella.

Finalmente se dirige a su rostro escondido:

—Roslyn, tú y yo nunca nos hemos engañado. Sabes muy bien que no deseo perderte. Pero tienes que poner un poco de tu parte. Porque no puedo hacer como si esto fuera tan tremendo como lo estás pintando. Lo único que sé es que, si no, lo que queda es trabajar a jornal; aquí arriba soy dueño de mí mismo. Eso era lo que te gustaba de mí, ¿no?

El silencio se prolonga.

—Lo que me gustaba era que fueras un buen hombre.

—Y no he cambiado.

—Sí que lo has hecho. Esto lo cambia todo.

—Nena, un buen hombre puede matar.

—¡No es verdad!

—Bueno, pues si tan mal te parece, puede que tengas que aceptar un poco de malo con lo bueno o te pasarás el resto de la vida huyendo.

Roslyn se vuelve de pronto hacia él con los ojos llenos de lágrimas:

—¿Acaso hay algo por lo que merezca la pena dejar de huir? ¡Eres igual que todos!

Rompe a llorar desengañada, tapándose la cara. Él enseguida posa una mano sobre ella.

—Sí. Puede que todos seamos iguales. Tú misma también. —Roslyn aparta las manos de la cara y hace ademán de incorporarse sobre los codos, indignada. Gay añade, de nuevo con voz serena—: Uno empieza haciendo algo, sin mala intención, algo que le parece de lo más natural, y llega un momento en que la cosa cambia y se convierte en algo malo. Como bailar en un club nocturno. Tú empezaste en eso sólo porque te gustaba bailar, ¿no? Y luego resulta que poco a poco acabas descubriendo que al público no le interesa lo bien que bailes, que cuando te miran con los ojos salidos están pensando en otra cosa muy distinta. Y lo convierten en algo feo, ¿no?

Los recuerdos disuelven la ira de Roslyn, y se reclina.

—También yo podría haberte mirado por encima del hombro, haberte visto como a una chiquita

cualquiera que se exhibe en clubs nocturnos a tanto la noche. En cambio, me quité el sombrero ante ti. Porque yo sí soy capaz de distinguir.

Los ojos de Roslyn buscan su mirada. Gay tiende la vista hacia las montañas.

—Éste..., éste es mi baile, Roslyn. Y si los demás lo han convertido en otra cosa distinta, pues... Ni tú ni yo podemos cambiar el mundo. Si cazo esos caballos es para poder seguir siendo libre. Sólo por eso.

—¿De verdad..., de verdad te quitas el sombrero ante mí?

Gay se inclina y la besa en los labios.

—¡Lo dices de corazón! ¿Verdad? ¡Oh, Gay!

Se abrazan en silencio. Gay baja de la camioneta. Con ojos atribulados se inclina hacia ella, lleva los labios a su boca y Roslyn lo estrecha con fuerza.

Gay se incorpora y le acaricia los párpados. Luego va hacia la hoguera, que está empezando a apagarse, se sienta sobre el saco de dormir y se quita las botas. Perce y Guido están acostados en sus sacos, cerca de la lumbre. La perra se acerca a él y se tumba, y Gay masculla, antes de meterse en el saco:

—Tonta de perra, vergüenza debería darte.

Guido, dentro del saco, se vuelve hacia él:

—Si quieres, mañana la llevo a casa en el avión.

Gay se limita a mirarlo con una suspicacia instintiva, todavía inconsciente:

—Ya me extrañaba a mí que quisiera venir...

Perce lanza un cigarrillo a la lumbre.

—Roslyn lleva mucha razón. Bien pensado, no tiene mucho sentido la cosa. Por quince caballos...

Gay deja escapar un suspiro:

—No os preocupéis por ella. Ya lo va aceptando.

Gay se acuesta de lado. Junto a él, la perra está tumbada con la cabeza apoyada sobre las patas, y la luz de las llamas centellea en sus ojos. Tiene la respiración todavía jadeante, entrecortada.

Gay le dice en voz muy baja:

—A ver si te tranquilizas de una vez. Todo el mundo haciendo escenitas...

Nadie se mueve. Fuera del círculo de luz, la tierra está desierta. En la oscuridad centellean los ojos del perro, mirando parpadeantes hacia las montañas y los animales todavía invisibles que van a morir.

Once

Los primeros rayos de sol iluminan el cielo. Perce está subido a la parte trasera de la camioneta, bombeando gasolina para el avión. Guido, encaramado a una de las alas, sujeta la manguera y vierte la gasolina en el depósito.

Gay se acerca a un gran bulto medio cubierto de arena arrastrada por el viento. Se agacha, agarra algo y tira; bajo la loneta que acaba de levantar hay una docena de neumáticos de camión. Desde el ala, Guido levanta la palma de la mano, examina el interior del depósito y da una voz:

—¡Vale, cortad!

Gay, desde la pila de neumáticos, dice:

—¡Vamos, Perce, échame una mano!

Perce salta de la camioneta, se sienta al volante y da marcha atrás hasta la pila de neumáticos. Guido baja del ala del avión, mete el brazo en la carlinga y extrae una pistola, que seguidamente procede a cargar.

Roslyn, que está enrollando los sacos de dormir y atándolos, se vuelve casualmente, y al ver a Guido con la pistola en la mano, vacila y luego regresa a su tarea. La perra se le acerca. Roslyn la mira con una sonrisa y, no sin cierto recelo, se agacha y le da unas palmadas en el lomo.

—¡Ya no me muerde, Gay! —le dice contenta a Gay.

Éste está cargando un pesado neumático en la trasera de la camioneta con la ayuda de Perce. Se vuelve hacia ella, sonriente:

—Por las mañanas las cosas se suelen ver de otro modo.

Guido avisa en voz alta desde el avión:

—¡Creo que ya estoy listo, Gay!

Está sacando de la carlinga una desgarrada cazadora de las Fuerzas Aéreas, cuyo forro de borreguillo asoma por los rasgones en el cuero. Gay y Guido van hacia sendos extremos de las alas y desamarran el avión. Perce va hacia la cola y deshace la cuerda con la que estaba atada. Roslyn se acerca y se queda observando. Perce se coloca a su lado y se queda a la espera. Gay regresa a la carlinga con Guido:

—¿Cómo lo ponemos?

Guido levanta la vista al cielo, alza la palma de la mano para ver de dónde sopla el viento y señala con el dedo:

—Hacia allí.

Gay va hacia la cola, la levanta y gira el avión para colocarlo en la posición de despegue. Luego se sitúa delante de la hélice y espera. Guido se dispone a subir a la carlinga.

Roslyn, como para aligerar la extraña carga que pesa sobre el ambiente, le dice en voz alta, en tono alegre, a Guido:

—¡Vaya, bonita cazadora! Bien ventilada, ¿eh?

—Me ha acompañado en muchas misiones. Ni por cien dólares la vendía..., a prueba de balas.

Ríen entre dientes, y Guido sube a la carlinga, toma los mandos y se dirige a Roslyn:

—Me alegro de que hayas decidido quedarte. Igual no se vuelve a ver nada parecido en la historia, ¿sabes?

—Tú ve con cuidado.

Guido le agradece calladamente su solicitud.

—¡En marcha, muchacho, vamos a mover el esqueleto! ¡Encendido fuera!

Gay echa un vistazo a sus espaldas, comprobando que no haya nada detrás que le obstruya el paso, levanta los brazos y gira la hélice unas cuantas veces. Guido se cala las gafas de aviador:

—¡Contacto! ¡Ahora con sentimiento! —Ríen. Gay gira la hélice hasta dejarla en horizontal y tira de la pala hacia abajo con todas sus fuerzas, pero el motor no arranca—. ¡Otra vez! ¡Y recemos por que funcione!

Gay agarra el propulsor con especial cuidado y tira hacia abajo con fuerza. El motor petardea un momento y enseguida enmudece.

—La culpa la tiene esa maldita gasolina de coche. Venga, vamos a probar otra vez.

Una vez más, Gay impulsa con fuerza la hélice. El motor despide humo, petardea de nuevo, y con una repentina resolución arranca por fin rugiendo. Guido se abrocha el cinturón de seguridad, deja la pistola sobre las rodillas, se despide de ellos con la mano y el avión avanza. Se aleja, toma velocidad y despega. Luego hace un giro en el aire y regresa, rugiendo por encima de sus cabezas en dirección a las montañas. Abajo, se vuelven para seguirlo con la mirada.

Los tres guiñan los ojos como protegiéndose de la ráfaga del propulsor. Gay es el primero en ponerse en movimiento; lanza una ojeada de soslayo hacia Perce y Roslyn. Ellos la perciben. Sin motivo aparente, se sienten distantes de él, y Gay sonrío:

—Adelante.

Se vuelve hacia la camioneta y se pone en marcha, seguido por Perce y Roslyn.

Guido se sube las gafas de aviador a la cabeza y levanta la vista hacia el cielo azul y despejado. Sus labios se mueven como si rezara. Se cala las gafas de nuevo y mira abajo. El cordón montañoso discurre de pronto bajo el avión. Ahora se aprecian las escarpadas paredes interiores y el abrupto valle, deshabitados, en semipenumbra, salpicados por esporádicos matojos de hierba. Ante él se abre un mundo secreto, oculto. El avión vuela rozando la cima de las montañas, siguiendo el contorno de los valles, que Guido otea por la carlinga abierta. De pronto hace un movimiento brusco con la cabeza.

Al instante, tira hacia sí de la palanca; el avión asciende abruptamente. Luego Guido alabea el aeroplano, gira, y el avión trepida al topar con inesperadas bolsas de aire. Guido comprueba los mandos y agarra la pistola con la mano derecha. Lanza una ojeada hacia un lado para enfilar el avión, empuja la palanca hacia delante y desciende en picado.

La manada se aproxima velozmente. Vienen galopando por la ladera del valle. Guido endereza el avión y vuela sobre ellos, con los extremos de las alas apenas a unos metros de las paredes del valle. Tira de la palanca hacia sí y el avión levanta el morro; y cuando está pasando por encima de la manada, apunta con la pistola y hace fuego. Al oír el disparo los caballos aprietan aún más el paso. Guido es consciente de que se le ha cortado la respiración; ha notado una extraña trepidación en el motor al acelerar. Remonta el vuelo con un suspiro, traza un giro muy cerrado, se sitúa a la altura de la manada y desciende de nuevo en picado.

La camioneta traquetea por el desierto de artemisa, pero ahora atraviesa una zona donde terminan la maleza y la tierra y arranca el lecho de un lago prehistórico. El suelo es arcilloso, sin vegetación alguna, blanco y plano como una mesa. La camioneta se detiene cerca de una pequeña loma a orillas del lecho del lago.

En cuanto el motor se apaga aparece Perce. Mira alrededor mientras Roslyn baja de la cabina. Gay sale por el otro lado y va hacia donde están ellos, escudriñando el lecho del lago. El silencio es absoluto. No hay viento.

Habla Roslyn:

—Es..., ¡es como un sueño!

Encajonado entre montañas, el lecho del lago tiene una amplitud de cuarenta kilómetros y se extiende hasta donde alcanza la vista. Ni una sola brizna de hierba ni una piedra rompen la monotonía de su absoluta planicie, sobre la cual se alzan ondas de calor. En la distancia brilla como el hielo.

Perce:

—Una vez vi una foto de la luna. Era igual que esto.

Gay:

—Guido conducirá a los caballos por esa cañada.

Roslyn y Guido miran hacia un paso entre las montañas, aproximadamente a kilómetro y medio de distancia.

—¿Esta tierra pertenece a alguien?

—Al gobierno, probablemente. Digamos que es un paraíso de todos y de nadie. ¿Perce? Vamos a bajar ese bidón.

Gay va hacia la camioneta, salta a la parte trasera y desata el bidón de gasolina. Perce, desde el suelo, lo ayuda a arrastrar el bidón haciéndolo rodar hasta el filo de la camioneta. Gay salta al

suelo, bajan el bidón entre los dos y lo dejan a un lado. Roslyn los observa un momento y luego se acerca a la cabina y se asoma al interior. Dentro, la perra está temblando. Alarga una mano hacia ella con precaución.

Gay ase uno de los neumáticos, le pasa una cuerda por dentro, prueba a trazar círculos sobre su cabeza con ella y la lanza al aire.

Perce, viéndolo entretenido, va hacia la cabina de la camioneta y se asoma por la ventanilla opuesta a donde está Roslyn. Roslyn tiene la cara apretada contra la del perro. Luego alarga la mano hacia el espejo retrovisor, lo gira para mirarse, ve a Perce y sonrío.

Perce se dirige a ella en un tono premonitorio:

—Yo que tú tendría cuidado con lo que le dices a Gay. Mientras estemos por aquí.

La cara de Gay aparece a su lado.

—Necesito los prismáticos.

Perce se hace a un lado. Gay sube a la cabina sin mirar apenas a Roslyn, que se está sacudiendo el polvo del pelo en el espejo retrovisor. Gay saca un aparatoso estuche con unos prismáticos de detrás del asiento. Mirándola ahora, muy risueño, si bien todavía con cierta vacilación en la mirada, saca los prismáticos del estuche y se los lleva a los ojos. Perce lo observa. Gay otea la cañada con los prismáticos un largo rato.

Roslyn se acerca a Gay, con alegría forzada:

—¿Ves algo?

Gay deja los prismáticos sobre el neumático en la trasera de la camioneta:

—Móntate ahí y ponte cómoda. Todavía tardará en llegar.

Gay la aúpa. Roslyn sube a la parte trasera. Él se monta a su vez y se sienta encajando las posaderas entre dos neumáticos montados uno encima de otro, con las piernas colgando y los brazos sujetando el tronco por las axilas.

—Ponte así. Verás qué cómodo se está.

Roslyn le hace caso; Perce sube a la camioneta.

—¡Qué a gusto! Pruébalo, Perce.

Perce hace lo mismo. Los tres guardan silencio mientras Gay mira nuevamente por los prismáticos oteando el horizonte.

Gay se vuelve hacia Roslyn:

—Estás muy guapa hoy, nena. ¿Y si bajamos esta noche a Reno y vamos a bailar?

—Bueno.

—Podría haberte traído el parasol, pero no se me ocurrió.

—No te preocupes. No hace tanto calor.

Roslyn lleva una mano a la rodilla de Gay, tranquilizándolo, consciente de que está preocupado por ella. Luego la retira y escudriña el lecho del lago.

Gay, por un momento, se queda observando su perfil. Intuye que sus sentimientos hacia él se han enfriado. Se vuelve y mira a Perce, que está al otro lado, absorto en la cañada.

Por un momento Gay tiende la vista hacia al frente; luego se vuelve hacia ella.

—Olvidé decirte una cosa anoche.

Roslyn mira hacia él con vivo interés.

—Muchos ganaderos traen a sus reses a pastar por esas montañas, y si se topan con mustangs los matan y los dejan allí abandonados para que se los coman los buitres. Porque se les comen el pasto, ¿entiendes?

Roslyn hace un gesto de asentimiento, pero Gay nota que no ha logrado aligerar su ánimo y se vuelve hacia Perce.

—Tú sabías eso, ¿verdad, Perce?

—¿Eh? Ah, sí, claro.

—¿Y por qué no lo dices?

—Lo acabo de decir.

Gay mira por los prismáticos.

—Caballos rebeldes, eso es lo que son, cariño.

Gay escudriña la cañada con los prismáticos. Luego los deja a un lado y se vuelve hacia ella con un aire nostálgico en la mirada.

—Tendrías que haber visto esto en los viejos tiempos. —Estirando un brazo, hacia la cañada—: Cruzaban al galope por ese paso, en manadas de trescientos, cuatrocientos, quinientos a la vez. Nosotros montábamos un gran redil y los guiábamos hasta tenerlos acorralados. Había caballos magníficos, preciosos. Estupendos para montar.

Por un instante Roslyn siente el alcance de los recuerdos de él.

—Debía de ser maravilloso.

—No había vida mejor para un hombre.

—Ojalá hubiera estado aquí... entonces.

Habla Perce:

—Oigo algo.

Gay:

—¿Qué?

Perce:

—Un tic, tic, tic, tic, tic.

Gay:

—Eso es mi reloj.

Roslyn:

—¡Es que aquí el silencio es increíble! Se oye hasta el roce de la ropa en la piel —dice, amagando una risa.

Gay, encajado en el neumático, con un suspiro relajado:

—¡Aaay!

Se reclina y entorna los ojos.

Perce y Roslyn, por su parte, comienzan a intuir que comparten una misma visión de Gay, quien parece moverse en todo momento a fuerza de impulsos. Intercambian los dos una mirada, como si en cierto modo tomaran conciencia de que lo están viendo con los mismos ojos.

Perce insiste:

—¡Oigo algo!

Gay aguza el oído. Levanta los prismáticos, pero no ve nada y los baja:

—Pero ¿el qué?

—Me ha parecido un motor.

Prestan atención los tres.

—¿Dónde? —pregunta Gay.

Perce señala con la mano abierta en dirección a la cañada:

—Por ahí.

Gay, tras escuchar un momento, dice:

—Es pronto todavía. No puede haber llegado aún a la cañada.

—Espera. —Roslyn aguza el oído—. Yo también oigo algo.

Gay escucha, con mucha atención esta vez. Parece visiblemente molesto por no haber oído lo que ellos.

—No, será el pulso de tu sangre nada más.

—Chiss —dice Roslyn.

—Siempre he tenido mejor oído que nadie, así que no me vengáis con que... —dice Gay.

Perce señala de pronto, a la vez que salta del neumático y se sienta en el borde:

—¿No es él?

Los tres miran hacia el cielo, a lo lejos; Roslyn y Gay se levantan trabajosamente de sus respectivos neumáticos y se sientan en el filo, intentando divisar el avión.

Roslyn exclama de pronto, señalando:

—¡Lo he visto! ¡Allí! ¡Mira, Gay!

Ofendido casi, Gay escudriña el cielo, mira por los prismáticos a regañadientes y enfoca la cañada, por donde está saliendo el avión, un punto minúsculo, incluso a través de las lentes. Aparta los prismáticos y parpadea con fuerza.

—Nunca ha sido tan rápido. Lo habría visto, pero no lo esperaba tan pronto.

Perce dice:

—Es que he visto un destello. Ha sido el reflejo del sol. Por eso lo he visto.

Gay parece aceptar la disculpa. Ahora, muy lejos, suena una detonación.

Habla Roslyn:

—¿Qué ha sido eso?

Gay:

—Ha disparado.

Roslyn escudriña la cañada con aprensión y fascinación crecientes. Perce advierte de soslayo su nerviosismo y luego mira de nuevo hacia la cañada. El sol empieza ya a calentar y están todos sudando.

—A veces me he llegado a tirar hasta dos y tres horas esperando a que saliera. Por eso no lo he visto. —Gay, ahora, no obstante, lanza una ojeada en dirección a Perce y asiente con la cabeza—: Hay que reconocer que tienes buena vista, muchacho.

Gay levanta los prismáticos de nuevo. Silencio. Observan atentamente la cañada. El sol está más alto; el calor reverbera sobre la planicie como un mar transparente. De pronto Gay se yergue:

—Por ahí vienen. Uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco..., seis. Supongo que ahora iré a por el resto.

Perce le pide:

—Déjame que eche un vistazo, anda.

Gay le tiende los prismáticos.

—¿Ves más?

—No. Son... seis... Y un potro.

Roslyn se estremece; cambia el apoyo de una mano para relajar la tensión.

Gay percibe su espanto sin necesidad de mirarla y pregunta a Perce:

—¿Estás seguro?

—Sí. Es un potrillo.

Gay observa la cañada sintiendo el sobrecogimiento creciente de Roslyn, que está a su lado.

Perce mantiene los prismáticos en alto.

—Sí, es un potro, segurísimo. —Baja los prismáticos y se vuelve hacia Gay. Se dirige a él con rotundidad, no en un tono acusador pero sí apremiándolo implícitamente para saber qué se va a hacer con él—: Es un potro, Gay.

Gay, preocupado, pero sin apenas mirar a Perce, recupera los prismáticos. Perce devuelve la vista a la cañada. Roslyn observa fijamente el perfil de Gay como si no dejara de transformarse ante sus ojos. Gay baja los prismáticos y la mira a la cara. No está dispuesto a admitir su condena.

—¿Quieres echar un vistazo?

Le tiende los prismáticos. Roslyn duda, pero luego mira por ellos. Las lentes enfocan la manada, galopando en fila, con el potro en último lugar, pegado casi a la cola de su madre. El avión desciende ahora sobre ellos y los caballos levantan la cabeza y aprietan el paso. La imagen se desenfoca a medida que aumenta la inestabilidad de las manos de Roslyn, y finalmente salta dislocada, una vez vencidas todas sus fuerzas. Roslyn se queda inmóvil, deslumbrada.

Gay se pone en pie y levanta los prismáticos de nuevo. Roslyn se frota los ojos con los dedos. Suena otro disparo. Roslyn abre los ojos para mirar. Perce y Gay están absortos en la lejana cañada. Roslyn se levanta y baja de la camioneta de un salto. Perce la mira.

Apenas se la oye:

—A lo mejor dentro de la cabina hace más fresco.

Va hacia la cabina y entra.

Gay y Perce se quedan en la parte trasera de la camioneta, sentados de nuevo sobre los neumáticos. Gay percibe, de un vistazo, que Perce está inquieto.

—No te preocupes. Lo soportará.

Perce no muestra intención de replicar. De algún modo se encuentra de pronto ante un reto. La postura y los movimientos de ambos se relajan.

—Creí que dijiste que había quince. Yo sólo veo seis —comenta Perce.

—Habrás perdido algunos por el camino. Suele pasar.

—Por seis no tiene mucho sentido, ¿no?

—Mejor seis que ninguno. Y que trabajar a jornal, ¿no? —Perce no responde—. Digo que mejor

que trabajar a jornal, ¿no?

Perce, cada vez menos convencido, se mira la suela de los zapatos:

—Ya, bueno, mejor que eso cualquier cosa.

Se quedan sentados en silencio. Luego Gay cruza las piernas.

—Mira, Perce, creo que por aquí ya hemos arramblado con todos, pero si quieres sacarte un buen pellizco, hay una zona a unos ciento cincuenta kilómetros al noreste, Thighbone Mountain. Nunca me he molestado en subir hasta allí, porque el acceso está complicado. Hay que hacerlo a caballo. Pero en Thighbone debe de haber unos quinientos. Puede que más. —Perce guarda silencio, la vista fija en la cañada—. Sería una buena pasta. Tendrías para un purasangre, incluso para una pequeña camioneta..., así ibas a los rodeos como un señor.

Perce no se atreve a mirarle. Con la voz extrañamente apagada, contesta:

—No sé, Gay. Si te digo la verdad, ya no tengo muy claro ni lo de los rodeos.

—Empiezas a oler a jornalero, muchacho.

—Si mi padre no hubiera muerto... No había rancho más bonito que el suyo.

—Amigo, una vez te han matado los sueños, toca trabajar para vivir, no queda otra. Y trabajos de hombre quedan pocos por estas tierras.

De pronto dan un respingo, sobresaltados por los ladridos furiosos de la perra y los gritos de Roslyn. Saltan los dos de la camioneta, al tiempo que Roslyn de la cabina, ella reculando. Gay se precipita hacia la cabina y ve a la perra en el asiento, enseñando los dientes con ferocidad.

—La perra temblaba y la... —dice Roslyn.

Gay mete un brazo en la cabina y echa a la perra de la camioneta. Con el rabo entre las patas, el animal se arrastra hasta él. Gay saca una cuerda de detrás del asiento, se la anuda al collar y la ata al guardabarros. La perra va a esconderse bajo el chasis, a la sombra, y se tumba en el suelo. Gay se acerca luego a Roslyn, que está temblando, y hace ademán de echarle un brazo por encima.

Roslyn se detiene y lo mira a los ojos como exigiéndole que haga algo inmediatamente para calmar al animal.

—¡Está muerta de miedo, Gay!

—¿Qué quieres?, ni los perros pueden estar felices y contentos a todas horas.

El sonido de su voz se entremezcla con el de un estridente disparo en la cercanía. Gay mira al cielo y se lanza de inmediato hacia la camioneta, dirigiéndose de medio lado hacia Roslyn, que se ha quedado detrás. Perce, a unos pasos de él, se vuelve buscando el avión en el cielo.

—Déjate llevar, nena, a ver qué tal aguantas sólo por esta vez. —Gay se acerca a la camioneta e inmediatamente saca de detrás del asiento dos piquetas de acero y un mazo. Echa una ojeada unos segundos hacia el avión, que en ese momento termina un descenso en picado. Está ya mucho más

cerca. Los caballos enfilan al galope hacia el yermo lecho del lago, pero aún no han salido de la zona de matorral.

Absorto ya en su tarea, Gay pasa por delante de Perce, que no le quita ojo a Roslyn. Ella está mirando hacia los caballos.

—Venga, Perce, échame una mano.

Perce, con aire pensativo y meditabundo, sigue a Gay, y éste le tiende una piqueta. Perce la sujeta mientras Gay la clava en el suelo, ata una cuerda alrededor y luego, a unos metros de distancia, repite la misma operación con la otra.

Gay se separa de Perce, va hacia la camioneta y suelta el mazo en la parte de atrás de la cabina. Por un instante, mira de refilón a Roslyn, que está observando la manada a lo lejos con los ojos muy abiertos. Gay pasa por delante de ella de nuevo, desata a la perra, la lleva hasta una de las picas y la ata allí. Los tres se quedan en silencio, observando el avión y los caballos, que ya están a orillas del blanquecino lecho del lago y han roto filas, disgregándose a derecha e izquierda para poder continuar su camino a través de los familiares matorrales de artemisa, temiendo adentrarse en el extraño y recalentado aire que emana del suelo de arcilla. Dos de los caballos se han dado media vuelta en dirección a las montañas, y un atisbo de esperanza ilumina el semblante de Roslyn.

El avión se inclina sobre un ala tomando altura y luego desciende en picado sobre los caballos, hasta quedar apenas a un metro de su cabeza. Guido ha logrado reconducirlos y ahora irrumpen ya en el lecho del lago, de nuevo en manada. El avión planea ahora sobre el lecho del lago y no remonta el vuelo.

Gay agarra a Roslyn del brazo y la lleva rápidamente a la cabina de la camioneta, pero ella se resiste a entrar. Se detienen.

—Arriba, nena.

Antes de que Roslyn pueda rechistar, la aúpa, cierra la puerta de la cabina, asoma acto seguido la cabeza por la ventanilla, le gira la cara y la besa en los labios.

—¡Ahora verás cómo se maneja un lazo!

Gay se aparta lleno de júbilo y sube de un salto a la parte trasera de la camioneta. Perce sigue en tierra, indeciso.

Perce siente la fuerza de la autoridad de Gay y también se percata de la evidente victoria de su amigo, pues Roslyn se ha quedado inmóvil, sentada en la cabina. Sube a la parte trasera de un salto.

El avión acaba de tomar tierra sobre el lecho del lago y se dirige hacia la camioneta. Los caballos avanzan ahora al trote, pero están todavía tan lejos que parecen pequeñas motas en un espejismo.

Mientras el avión se acerca a toda velocidad, Gay le tiende a Perce el extremo de una correa sujeta por el otro extremo al poste que está en el rincón de Gay. Perce se pasa la correa por la espalda y la sujeta al poste que está a su lado, de manera que ambos quedan anclados, sin bien

precariamente, a la cabina y no pueden caer de espaldas. Gay se vuelve ahora hacia la pila de neumáticos que tiene detrás y saca una lazada de cuerda del neumático que está encima. Y Perce otra del que tiene detrás. Ambos levantan las cuerdas, agarrándolas a una distancia de unos treinta centímetros del lazo, y las desenrollan hasta que pierden rigidez y cuelgan sueltas.

El avión avanza lentamente hacia ellos, aparca entre las dos piquetas clavadas en el suelo y el motor se apaga. Guido salta de la carlinga y corre primero hacia una piqueta y luego hacia la otra, y ata ambas sogas a las riostras del tren de aterrizaje. La perra, atada a una de las piquetas, le gruñe, pero él la aparta y amarra bien las cuerdas. Con las gafas de aviador en la frente y la cara sofocada por el nerviosismo, corre a continuación hacia la cabina de la camioneta y se sienta de un salto ante el volante. Sin mirar siquiera a Roslyn, gira la llave de contacto, arranca, mete la marcha y sale a toda velocidad hacia el lecho del lago, escudriñando el horizonte por el parabrisas delantero.

—Agárrate bien, que vamos a dar muchos bandazos.

Roslyn se sujeta al salpicadero, con semblante cada vez más exaltado. La descolorida insignia de las Fuerzas Aéreas en la cazadora de Guido le queda a la altura de la cara.

Ante el parabrisas se extiende el amplio lecho del lago. A kilómetro y medio de distancia, dos motas negras aumentan de tamaño progresivamente. Ahora por fin se distinguen con claridad: son dos caballos, que observan intrigados el avance de la camioneta aguzando las orejas.

Roslyn se vuelve hacia Guido. Lleva las gafas de aviador todavía en la frente, y en su rostro se aprecia ya una enfebrecida concentración. El terror se apodera verdaderamente de Roslyn por primera vez y vuelve la vista hacia delante, aferrándose con más fuerza si cabe al salpicadero. Los dos caballos, ahora a unos cien metros de distancia, dilatan y contraen los costados, ensanchan los ollares y avanzan al galope, muy juntos el uno del otro. Guido hace un viraje acercándose a ellos y se pega a sus cuartos traseros. Los caballos cambian de dirección, y Guido gira bruscamente con ellos —la camioneta se inclina peligrosamente— pisando el embrague y el acelerador a un tiempo. Ahora los caballos galopan en línea recta, y al hacerlo se separan alrededor de medio metro; Guido encaja la camioneta en el hueco entre ambos, que rápidamente se amplía, y pisa a fondo el acelerador. Ahora ya tiene un caballo a cada lado del vehículo, corriendo a la altura de las ventanillas de la cabina.

Roslyn mira al caballo que avanza por su lado, apenas a un metro de distancia. Podría alargar el brazo y tocarle los ojos. Es un semental de color castaño y tamaño mediano, con el lomo reluciente de sudor. Roslyn oye su sibilante jadeo, y el extraño rumor de sus cascos sin herraduras al chocar sobre el duro lecho del lago. El animal estira el cuerpo con todas sus fuerzas, y sus desolados ojos parecen ciegos y angustiados. De pronto, desde atrás, un lazo le cae sobre las orejas y queda colgando de medio lado.

En la parte trasera de la camioneta, Perce sacude la cuerda para que el lazo caiga sobre las orejas del animal.

Guido, que no alcanza a verlo desde donde está, le grita por delante de Roslyn, con una urgencia rayana en la furia:

—¡Venga, agárralo! ¡Lánzalo otra vez, Perce!

En ese instante Roslyn ve el otro caballo, por detrás de la cabeza de Guido, justo en el momento en que el lazo cae y resbala limpiamente sobre su cuello. Guido exclama a voz en grito por la ventanilla:

—¡Bravo, Gay!

De pie tras la cabina, Gay y Perce entrecierran los ojos protegiéndose del viento que les azota los sombreros y las camisas. Gay, que ya le ha echado el lazo al caballo, empieza a soltar la cuerda, y el animal se desvía hacia la izquierda, alejándose de la camioneta. La cuerda da todo lo que puede de sí hasta que, con un súbito tirón, arrastra el pesado neumático en lo alto de la pila a espaldas de Gay. El caballo, acusando el lastre del neumático y la sofocante presión del lazo en torno a su cuello, levanta las patas encabritado y se detiene.

Entretanto, la camioneta ha seguido su curso. Perce, que ha recogido la cuerda, gira el lazo sobre su cabeza y lo lanza de nuevo. La cuerda cae sobre la cabeza del semental. El caballo se desvía hacia la derecha y arrastra de un tirón uno de los neumáticos que Perce tiene a sus espaldas.

Gay exclama exultante:

—¡Así se hace!

Perce lo mira agradecido, y Gay se inclina hacia él y le da una palmada en la espalda, riendo. De pronto hay una unión entre ellos.

Guido cambia de dirección con un brusco viraje; Roslyn está mirando por la ventanilla al semental, que se ha visto obligado a detenerse por el peso del neumático; el caballo se empina y agita las patas en el aire. De repente, la camioneta acelera de nuevo, cambiando de dirección.

Roslyn se vuelve hacia Guido gritando:

—¿No se ahogarán?

—Enseguida volveremos —dice Guido.

Se dirigen a toda velocidad hacia otros tres puntos en el horizonte que ya empiezan a cobrar forma; los tres caballos se vuelven y echan a correr. Luego aparece un cuarto, el potro, que quedaba escondido por el cuerpo de la yegua. El potro corre con la nariz rozando la larga y poblada cola de su madre.

Gay y Perce hacen girar los lazos por encima de la cabeza, inclinados sobre los laterales de la camioneta. El repiqueteo de los cascos crece por momentos en sus oídos. El cuerpo de Gay absorbe el movimiento del vehículo, guía cuidadosamente la cuerda con las manos, haciéndole cobrar forma y vida, y un extraordinario placer ilumina su mirada.

Perce está ahora justo encima de la enorme yegua y su potro, a un cuerpo de distancia. Prepara el lazo, disponiéndose a lanzarlo. De pronto Roslyn asoma la cabeza por la ventanilla de la cabina y levanta la vista hacia él, suplicante. Está a menos de un brazo de distancia del potro, que galopa

junto a ella. El espanto y el dolor reflejados en su rostro sorprenden a Perce. Gay exclama contra el viento:

—¡No dejes escapar a esa yegua!

Gay lanza el lazo hacia el caballo que galopa a su lado y Perce hace lo mismo por el otro lado. El lazo cae sobre la cabeza de la yegua, y al girar el animal hacia la derecha, el potro cambia de dirección con ella. Perce se vuelve hacia ella y la ve deteniéndose bajo el peso del neumático que arrastra, y al potro que corre prácticamente pegado a sus costillas.

El otro caballo se aleja trotando hacia los matorrales que bordean el lecho del lago, buscando refugio en las cercanas montañas. Al ver que se escapa, Guido acelera, y Gay le echa el lazo a pocos metros del matorral de artemisa; una vez que lo han atrapado, Guido gira en redondo, y el caballo se queda allí corcoveando y sacudiendo sus espesas crines para tratar de liberarse del implacable lazo. Por delante de ellos, a lo lejos, divisan todos al semental. Los demás caballos están quietos, algunos con la cabeza gacha, pero el semental, encabritado, agita las patas intentando sacudirse de encima el lazo y la emprende a dentelladas con el neumático.

Guido acelera en dirección a él y lanza una ojeada hacia Roslyn.

—Ahora los atamos para que no se ahoguen. Vendremos a recogerlos mañana con la furgoneta del tratante.

Roslyn mantiene la vista al frente, clavada en el semental, y cuando la camioneta se detiene junto a él, Guido se apea, con una cuerda en la mano, sin mirar siquiera hacia ella.

Gay y Perce ya han saltado de la parte trasera y Guido se une a ellos. Se mantienen los tres a unos diez metros del animal, calculando sus fuerzas. El sudor le ha ensombrecido el pelo y brilla bajo el sol. Gay y Guido se acercan a él, cada uno por su lado. Se mueven con cautela, sigilosos. El caballo, que nunca antes ha visto a un hombre, de pronto patear con fuerza el arcilloso suelo, hace un brusco giro con la cabeza y salta hacia un lado. Con el tirón, el lastre del neumático le hace perder el equilibrio, cae sobre un costado y vuelve a levantarse rápidamente. Su respiración es ahora ronca y silbante, le sangra una de las fosas nasales y agacha la cabeza para toser. Gay y Guido avanzan levantando los lazos.

—¿Los otros son sus yeguas? —pregunta Roslyn.

Perce, que sigue junto a la camioneta, se vuelve rápidamente y ve a Roslyn mirándolo por la ventanilla. Asiente con la cabeza.

—El potro era suyo.

—¡Agarra ese neumático, Perce! —le ordena Gay.

Perce obedece y corre hacia el neumático, que arrastra en el suelo detrás del semental; el encabritado caballo cae de mala manera sobre las patas traseras y se adelanta, momento que Perce aprovecha para abalanzarse sobre el neumático e hincar los talones en el suelo arcilloso sujetándose a la cuerda.

El semental se encara de nuevo con ellos, resollando. Los tres se quedan quietos. Luego Gay gira el lazo sobre su cabeza y el semental amaga con arremeter contra Perce, que suelta el neumático a toda prisa. Mientras el caballo está de lado, Gay tira el lazo al suelo; la pata derecha del animal se enreda en el lazo al pasar sobre ella, y Gay tira de la cuerda y lo sujeta por el espolón. Luego corre hacia los cuartos traseros del animal, lanzando la cuerda sobre el lomo; desde el otro lado, da un fuerte tirón, y la rodilla derecha del animal se dobla hasta que el casco le queda pegado a las costillas. Guido rápidamente le lanza el lazo y éste va a caer sobre la cara y detrás de las orejas del semental; mientras Perce tensa la cuerda al cuello, Guido se agacha y tira de la cuerda con todas sus fuerzas en dirección contraria, y los dos lazos oprimen al animal en direcciones opuestas. Están estrangulándolo. En el otro flanco, Gay se enrolla la cuerda en el brazo y, tirando con todas sus fuerzas, deja caer el peso hacia atrás. La pezuña derecha del animal se le hinca ya con tanta fuerza en las costillas que poco a poco se va agachando hasta dar con la rodilla en el suelo. Sin aflojar la tensión de la cuerda ni un instante, Gay se acerca al semental, avanzando palmo a palmo agarrado a la cuerda y, cuando está a medio metro de distancia —mientras Guido y Perce siguen tirando de sus respectivos lazos con todas sus fuerzas—, levanta una pierna, apoya el tacón de la bota en el hombro del animal y empuja hasta que el caballo cae rodando sobre el costado derecho. Al caer, sin embargo, da una coz con la pata derecha y el brusco tirón hace que a Gay se le escape la cuerda de la mano enguantada. Los tres se apartan de un brinco al ver que el semental se levanta con furia, se encabrita y se retuerce como un pez saltando del agua. Perce corre hacia el neumático que se escapa y salta sobre él para evitar que el animal lo arrastre; el caballo, al sentir el asfixiante tirón en el cuello, se detiene resollando.

Por un momento se quedan quietos los tres. Luego Guido avanza muy despacio, recoge su cuerda, y Gay la suya, todavía liada al espolón del semental. Un momento después, viendo que no hay más movimiento que el del costillar jadeante del caballo, Gay lanza de repente su lazo al aire por encima del lomo del animal, a la vez que lo rodea a toda prisa, y tira de él, forzándolo de nuevo a doblar la pata derecha. Y ya esta vez con mayor rapidez, se va acercando palmo a palmo al animal agarrado a la cuerda mientras Guido y Perce le oprimen el cuello, y cuando lo tiene cerca, da un fuerte tirón de la cuerda, y el caballo cae con una rodilla hincada en el suelo. Acto seguido, para sorpresa de todos, el semental baja lentamente la nariz y la apoya en el suelo como si hiciera una reverencia; la sangre brota por sus ollares derramándose sobre el arcilloso suelo, y su aliento levanta pequeñas nubes de talco. Gay lo empuja con la bota, y antes de que el semental caiga completamente al suelo le lanza la cuerda alrededor del espolón izquierdo. Luego le junta las patas delanteras y se las ata, corta la cuerda sobrante y se aparta de las patas traseras todavía sueltas hasta que finalmente, con mucha precaución, se las ata también, unidas a las de delante.

Ninguno de los tres la ha oído: Roslyn ha bajado de la cabina y está hablando en voz baja. Sólo ahora, en el silencio, Perce percibe su presencia y se vuelve. Roslyn sonrío, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Por qué los matas, Gay?

Roslyn avanza ya hacia los tres hombres, cuando un golpeteo en el suelo hace que se vuelvan. El

semental se ha zafado de sus ataduras y cocea con las patas traseras sueltas, dando cabezazos en el suelo. Gay se abalanza hacia el neumático y tira de la cuerda hasta dejarle la cabeza pegada al suelo.

—¡Agarra por aquí, Perce!

Perce le sujeta la cuerda. Luego Gay corre hacia Guido, agarra su cuerda y hace girar el lazo sobre su cabeza detrás del caballo. Los cascos de las patas traseras cocean y golpean con furia contra las patas delanteras, y Gay comprende que la cuerda de delante podría partirse en cualquier momento. Echa el lazo y vuelve a atarle las patas traseras juntas, luego va hacia la cabeza del semental y, cuando ya está tensándole la cuerda, repara en las manos de ella.

Roslyn le tira de la cuerda, intentando arrancársela de las manos, y con una extraña sonrisa le espeta en la cara:

—¡Ya vale!, ¡has ganado, has ganado, Gay!

—¡Aparta, que es un caballo salvaje!

—¡Oh, Gay, cariño..., Gay!

Gay tira con fuerza de la cuerda a la vez que levanta el brazo bruscamente, pues Roslyn, con su extraña sonrisa en el semblante, la ha emprendido a puñetazos contra él; el golpe la hace salir despedida y caer al suelo.

Perce está delante de Gay:

—¡Eh!

Se encaran un instante. Gay le ordena:

—No pierdas de vista el neumático.

—No hace falta pegarle.

—El neumático, Perce. No me hables. ¡Tú a por el neumático y mantén sujeto al caballo!

En el silencio del lecho del lago, oyen a Roslyn sollozar. Los tres se vuelven y ven que va hacia la camioneta, llorando con la cara entre las manos.

Perce se dirige al neumático y tensa la cuerda atada al cuello del caballo. Gay amarra con fuerza las cuatro patas del animal. Luego Perce se yergue. Ninguno de los tres mira hacia la camioneta. Gay enciende un cigarrillo. Se limpian el sudor de la cara. El rumor de los sollozos de Roslyn llega hasta ellos. Los tres hombres y el semental tumbado en el suelo jadean. El caballo tose. Guido lo mira y repara en las señales de viejas cicatrices que tiene en el lomo y las patas. Le han arrancado la punta de la oreja de una dentellada.

—El hijoputa se las habrá visto con todos los sementales de Nevada.

Perce advierte que los sofocados sollozos de Roslyn han hecho mella en Gay, que baja la vista hacia el semental con aire ausente.

—Supongo que venir aquí arriba por primera vez como ha hecho ella sólo para seis caballos puede que no tenga mucho sentido. Sin saber cómo era antes... —Un irónico, casi amargo, atisbo de sonrisa se dibuja en los labios de Gay—. Nunca lo había pensado, pero supongo que cuantos menos matas, peor es.

Gay levanta la vista hacia el horizonte, y los otros dos saben perfectamente lo que su imaginación está visualizando, los centenares de caballos que antiguamente salían en tropel por esas cañadas. Una vez más, Gay lanza una ojeada al semental. Al volverse hacia sus compañeros, una especie de vergüenza, de turbación casi, aflora en su semblante. Incluso su postura parece de pronto incómoda y nada característica de él.

—¿Qué os parece si le regalamos esta manada a ella?

Guido se echa a reír; no se lo toma en serio. Perce, en cambio, agarra el brazo de Gay en señal de agradecimiento al ver que Roslyn viene por detrás.

Gay se vuelve hacia ella y el ofrecimiento muere en su garganta en cuanto ve su mirada, la increíble distancia que se refleja en sus ojos, una frialdad que parece haberle llegado al alma:

—¿Cuánto queréis por ellos? Yo os los compro.

El cuello de Gay se tensa. Achica los ojos, como si acabaran de echarle un jarro de agua fría.

—Os doy doscientos dólares. ¿Os parece suficiente?

—Vamos a la camioneta —dice Gay, pasando por delante de ella.

Perce casi salta detrás de él.

—¡Pero Gay! ¿No estabas diciendo que querías regalárselos?

Gay se detiene, pensativo. Los ojos le escuecen, encendidos de dolor.

—Eso pensaba, sí. Pero yo sólo vendo a tratantes de ganado. Ellos lo único que quieren comprar es un caballo.

Sin acercarse a él, todavía con indignación en la voz, Roslyn constata simplemente:

—No pretendía ofenderte, Gay.

—Y no me ofendo. Sólo me pregunto con quién crees que has estado tratando desde que nos conocimos, nada más.

Luego se dirige a la camioneta y sube de un salto a la parte trasera. En silencio, los demás ocupan sus asientos: Guido al volante, con Roslyn al lado, y Perce detrás, con Gay.

Guido arranca el motor y conduce lentamente hasta el siguiente caballo que han de atar, percibiendo las oleadas de ira que despide Roslyn. El silencio entre ambos lo consume.

—¡Buf, menudo día!

Roslyn ni contesta ni lo mira.

—Antes, cuando venía de camino con el avión, casi me estampo contra la ladera de la montaña. Un cilindro, que se me ha roto en pleno descenso. Casi no lo cuento, ¿sabes?

Roslyn no reacciona. Guido por un momento sólo se atreve a mirarla de reojo, pues advierte, alarmado, que está casi en estado de shock.

—Yo... entiendo cómo te sientes. De verdad...

Roslyn empieza a balancearse de un lado a otro. Su desazón impulsa a Guido a seguir hablando:

—A mí también me costó acostumbrarme. Si quieres que te diga la verdad, lo único que me ha gustado siempre de toda esta historia es volar. Te lo digo sinceramente..., tú no me conoces. Antes me daban miedo tantas cosas... Tenía que obligarme a hacerlas. Porque uno no puede huir de la vida, y la vida a veces es cruel...

Roslyn se tapa las orejas y gime entre dientes. Guido se asusta.

—Quizá sea mejor que esperes dentro del avión. ¿Quieres? Mira, sé cómo te sientes, pero ahora ya no puedo parar esto. Conozco a Gay. ¡Buena la armaría!

Roslyn lo mira directamente, con un desprecio desafiante.

Guido cae de pronto en una posible salida y su rostro se ilumina, presa de una nueva ilusión.

—Oye, ¿quieres que lo pare?

Roslyn, sorprendida, abre desmesuradamente los ojos.

—Lo tuyo con Gay ya ha terminado, ¿no? —Viendo la aparente perplejidad de Roslyn, continúa, balbuceante—: Bueno, dime. Él no te entiende, Roslyn, nunca será capaz de entenderte. Vuélvete conmigo; dame una semana o dos. Te enseñaré cosas que no puedes ni imaginar. Déjame que te muestre cómo soy. No me conoces. ¿Qué me dices? Si me das un motivo, me planto ahora mismo. Se armará una gorda, ¡pero si me das un motivo, me planto ahora mismo!

Embargada por una creciente y desdeñosa indignación, en la que Guido no ha sabido ver más que ilusión ante su ofrecimiento, Roslyn replica en un tono que lo pilla tan por sorpresa que casi da un respingo.

—¡Un motivo! ¡Que yo te dé un motivo a ti! ¿El hombre sensible? ¿Tan lleno de sentimientos? Tan triste por lo de tu mujer, y tanto llorarme por esas bombas que lanzabas y esa gente que mataste. ¿Tú necesitas un motivo para ser humano? ¡Tú nunca has sentido nada por nadie, Guido! ¡Lo tuyo no son más que palabras! ¡Aunque volaras el mundo entero en pedazos, sólo serías capaz de sentir pena de ti mismo!

La desabrida inflexión que ha adquirido su voz hiela la sangre de Guido. Detiene la camioneta junto a la yegua y el potro y se apea. Al rodear el vehículo para unirse a Gay y Perce, que están saltando por la parte trasera, parece conmocionado. Se arrima a Gay, mira la yegua y dice, confraternizando con especial camaradería:

—Atemos a la viejita, venga.

—Tendrá quince años como poco.

Gay desenrolla la cuerda y la deja suelta. La yegua alarga la cabeza hacia ellos, como olfateándolos.

—No creo que hubiera aguantado el invierno.

Perce advierte que Roslyn aparta la vista de la yegua con ojos trastornados. Al acercarse Gay y Guido al animal, el potro emite un relincho lastimero, corre unos metros, se tambalea y rueda por el suelo, luego salta para ponerse en pie de nuevo, regresa corriendo y choca contra la yegua, que permanece impassible.

Gay exclama por encima del hombro:

—¡Perce!

Éste se acerca lentamente al neumático y se sienta sobre él, asiendo la cuerda.

La yegua se mueve en círculos, para no perder de vista a Guido ni a Gay. Proceden ambos con menos tensión que antes con el semental; y la yegua se mueve más trabajosamente, por su peso y porque el potrillo no deja de entorpecer sus movimientos. Se acercan a ella poco a poco, tomando posiciones para echarle el lazo, y el animal los observa con ojos aterrorizados, si bien con un aire de aplomo, sin furia alguna. El potro hace un amago de agarrarse a sus mamas, y luego, como si de pronto recordara, levanta la cabeza bruscamente para observar a los hombres que se acercan.

Gay se detiene. Está a un costado de la yegua; Guido, delante. Tira el lazo al suelo, detrás de las patas traseras del animal. Guido se encara con la yegua, espantándola con un grito, y el animal recula y queda atrapado en el lazo, del que Gay tira con fuerza y, corriendo para colocarse detrás de ella, da un brusco tirón y la hace caer de rodillas. Guido se sitúa a un costado del animal, la empuja y la yegua cae al suelo. Gay le ata las cuatro patas juntas y deja caer la cuerda. Perce suelta la suya, se pone en cuclillas y apoya los brazos sobre las rodillas, mirando en la distancia. El potro se acerca a él y olfatea el suelo, a un metro de su mano.

Gay saca el paquete de tabaco. Guido se suena la nariz. Están de espaldas a la camioneta. Los tres perciben la mirada de Roslyn sobre ellos, y la sienten como si surcaran un mar bravío, y se hundieran y levantaran a merced del oleaje, aunque por fuera aparentan más tranquilidad que si en su interior reinara la calma.

Gay da una calada, y Perce intuye que está preparándose para dar media vuelta, volver a la camioneta y terminar de atar al resto de los caballos. Gay acusa un dolor cada vez más profundo en el semblante, y esa sombría pérdida en la mirada, ese orgullo herido, es peligroso.

—Podemos atar a los demás a la vuelta. ¿Qué calculas que pesará esta yegua?

En los ojos de Guido al contemplar el cuerpo del animal el vacío se extiende como un lago.

Ahora Perce se vuelve lentamente. Roslyn está mirando al cielo a través del parabrisas y Perce sabe que podrá oír lo que va a decir.

—Por seis no nos darán más que calderilla, Gay.

La mirada de Gay se mantiene desafiante en el perfil de Guido, esperando a que haga sus cálculos, y Perce calla.

Guido mira a Gay:

—Yo diría que pesa unas seiscientas libras.

—Entre los dos castaños, calculo que sumarán unas cuatrocientas —dice Gay.

—Más o menos, sí.

—El semental, de todos modos, ya hará unas quinientas.

—Yo diría que menos. En total pongamos que serían unas mil novecientas libras, dos mil, redondeando.

—¿Por cuánto quedaría eso, entonces?

Guido levanta la vista, calculando:

—Pues a seis centavos la libra, son... —Hace sus cálculos, bisbiseando.

En el momentáneo silencio oyen a Roslyn, sollozando amargamente. Gay y Guido se miran sin reaccionar.

—Serían unos ciento diez o ciento veinte dólares, Gay.

—Bien, ¿cómo queréis que nos los repartamos?

—Como tú quieras..., yo me llevo cincuenta, para mí y para el avión.

—De acuerdo. Yo calculo que me corresponden unos cuarenta para la camioneta y para mí. A ti te tocarían unos veinticinco, pues, Perce..., ¿te parece bien?

Perce, con la vista fija en la yegua, no parece haberlo oído.

—¿Perce?

—Quedaos con mi parte. De todos modos, he venido sólo por gusto.

Perce se vuelve tan bruscamente que los dos dan un respingo. Ven a Roslyn alejándose a través del lecho del lago.

—¡Roslyn! —Gay da un paso adelante y luego se detiene.

Roslyn se vuelve en redondo. Su sombra se proyecta hacia ellos. Desde unos cuarenta metros de distancia, rompe a gritar, retorciéndose y doblándose sobre sí misma como para catapultar su ira.

—¡Mentirosos! ¡Sois todos unos mentirosos! —Con los puños apretados, se encara con ellos, a voz en grito—. ¡Mentirosos todos!

Incómodo, Gay vacila.

—¡Hombres! ¡Tan hombres ellos! ¡Sólo os sentís vivos viendo morir! ¡Lo único que queréis es matar, matarlo todo! ¿Por qué no os matáis vosotros mismos y así os quedáis contentos?

Corre en dirección a ellos, pero se detiene como con miedo, y exclama, dirigiéndose a Gay:

—¡Y tú, con tu paraíso y tu libertad! ¡Te odio! —le dice a la cara.

Incapaz de soportar el arrebató, Gay masculla:

—Se acabó, Roslyn.

—Desde luego que se acabó..., no sabes hasta qué punto. Pero no querías que se acabara. Nadie lo quiere. Todos me dais lástima. —Saltando con la vista de uno a otro y tendiéndola más allá, hacia los que no están—. Lo sabéis todo, todo menos lo que significa sentirse vivo. Sois tres miserables hombres muertos.

—¡Está loca! —La extraña resonancia del grito de Guido hace que se vuelvan todos hacia él. Tiene los ojos fuera de las órbitas, exaltados, como si unas fauces lo estuvieran devorando por dentro. La cabeza y las manos le tiemblan; parece querer abalanzarse sobre ella, y se levanta de puntillas una y otra vez—. ¡Están todas locas! —Se aparta de Gay y luego vuelve otra vez a acercársele, arrojando su furia contra Roslyn y más allá, hacia el cielo—. Uno quiere no creerlo, porque las necesita. Las necesita, ¡pero están todas locas! —Las lágrimas se derraman por sus mejillas, pero su furia no amaina—. ¡Luchas, construyes, te empeñas, te desvives por ellas, pero nunca es suficiente! Nunca están contentas, siempre falta algo. ¡Si no lo encuentran perfecto, ya te están agujijoneando otra vez! Siempre quejándose de lo mucho que pedimos y lo poco que damos. ¡Hablo por experiencia!

Se golpea el pecho con el puño, jadeando sin resuello; tiene las venas del cuello abultadas. De pronto mira al suelo, mareado. Se aleja, y unos cuantos metros más allá se detiene y echa la cabeza hacia atrás, intentando recobrar el aliento. Ella, exhausta, con la mirada perdida, se inclina y se sienta en el suelo, desmoronada, sollozando calladamente. Perce la mira de soslayo. Gay rodea a la yegua que yace en el suelo, va hacia la camioneta y salta a la parte trasera. Perce se acerca a Roslyn como con la intención de ayudarla a levantarse, pero ella se pone en pie, con los pantalones manchados de yeso, se dirige con paso frágil a la camioneta y entra. Perce la sigue y se sienta al volante, a su lado. Guido regresa, con la mirada fija en el suelo como perplejo por su propia reacción. Monta de un salto en el vehículo. La camioneta se pone en marcha.

Gay tiene el rostro desencajado, como si hubiera sido derrotado a puñetazos peleando por una causa en la que sólo creía a medias. Guiñando los ojos, protegiéndose del viento, su mirada se pierde en lo alto de las montañas, llena de nostalgia, casi esperando la aparición de aquellos centenares de caballos, de aquellas grandes manadas que bajaban galopando en tropel hasta la planicie, los majestuosos caballos y las dóciles yeguas, los mansos palafrenes, los ligeros potrancos que barrían la tierra con sus cascos, apenas rozándola...

Doce

El metálico repiqueteo de la llave inglesa de Guido es lo único que se oye; todo lo demás es silencio. Termina de atornillar la bujía número cuatro, suelta un cable y con la llave extrae la número cinco. La linterna encajada bajo el brazo le alumbrá las manos. Silba por lo bajo, con un vigor extraño, lanzando de cuando en cuando rápidas ojeadas hacia los demás, exultante por alguna razón misteriosa.

A unos cuantos metros de él, Gay contempla de pie el estrellado firmamento, sin ver nada. Su misma postura refleja una actitud de duelo; tiene las manos apoyadas en las caderas como si se sujetara la espalda. Parece agotado.

Acuclillado sobre los talones, Perce fuma, inmóvil. Está a diez metros de Gay, pero aun a esa distancia percibe su humor. A su derecha, en la cabina de la camioneta, Roslyn, con la cabeza apoyada contra la portezuela, observa el caballo por encima de la cabeza de Perce, tumbado sobre un costado, con las cuatro patas atadas. A medida que cae la noche, ya sólo se aprecia su masa oscura, completamente inmóvil. Roslyn entorna los ojos y parece dormir.

Gay llama a Guido:

—¿Cuánto vas a tardar?

—Enseguida acabo. —La voz de Guido es aguda y seca. Rasca el carbón del electrodo y sopla para quitarle el polvo.

Roslyn ve que Perce se levanta. Va hacia ella y se queda de pie al otro lado de la puerta. Bajo la luz de la luna su rostro parece más anguloso y huesudo. Le habla como en un susurro, pero lo bastante alto como para evitar dar la impresión de que conspira:

—Podría soltarlos. Si tú quisieras.

—No, no luches.

—Ahora que se ha subido a la parra ya no puede bajar. —Perce mira hacia Gay, que está de espaldas a ellos. Roslyn percibe la mezcla de afecto e impaciencia que Perce siente hacia ese compañero de mayor edad, y comprende sus dudas.

—De todos modos, qué más da. —Roslyn mira hacia el caballo atado—. Es todo de risa..., ¿con qué facilidad aceptan la muerte! Es como un sueño, mira, ni siquiera se mueve. ¿Está durmiendo?

—Puede, sí, claro.

—¿No podrían soltar al potro?

—No se quedaría aquí. Echaría a correr persiguiendo a la camioneta hasta la ciudad. Y probablemente caería muerto por el camino.

Perce se vuelve y se apoya en la puerta, mirando hacia la oscura forma del caballo:

—Ojalá te hubiera conocido hace tiempo. Me habría ahorrado muchos huesos rotos.

Roslyn se vuelve hacia él, luego alarga una mano por la ventanilla y la posa sobre su brazo.

Perce la mira de frente:

—Estaba a punto de tirar la toalla..., me daba igual lo que fuera. —Se acerca a ella tomando aliento—. Los soltaría por ti.

Oyen la voz de Guido y se vuelven rápidamente; Gay se ha acercado a él y los dos están junto al motor. Guido le tiende la linterna y Gay alumbra la bujía que el piloto tiene en la mano. Guido la levanta a la altura de los ojos, a continuación pasa un calibrador entre el electrodo y la aguja, y luego da unos golpes en la aguja para reducir la separación y la mide de nuevo. Oyen su voz y su callada risa.

—Anímate, muchacho. Antes de que te des cuenta, Gay, te lloverán las chicas otra vez.

Gay está irritado, impaciente por marcharse cuanto antes.

Pero Guido continúa:

—Estaba pensando..., no sé cómo hemos sido tan tontos. Hay montañas por todas partes... Colorado, Montana, Canadá, México incluso; y donde hay montañas, por narices ha de haber caballos. Seguro que nos dolerían los huesos de viejos antes de que pudiéramos arramblar con todos. Pero si nos pusiéramos a trabajar un tiempo, y yo incluso podría venderme la casa, porque de todos modos no sé para qué la querría, podríamos invertir en un avión en condiciones... y hacer de esto un negocio.

Gay apoya todo el peso en una cadera; una profunda sensación de rabia y contrariedad aflora en su semblante. Guido añade:

—¡Si ni siquiera se nos ocurría darles de beber a los caballos antes de pesarlos! Con estos cinco mismo, podríamos añadir otras cincuenta libras más de peso si los dejamos abrevar. Hemos estado haciendo el tonto.

Indicándole con impaciencia que retome el trabajo con la bujía, Gay apenas mueve los labios:

—Quiero largarme de aquí, venga.

Mientras atornilla la bujía en el motor, la ilusión de Guido parece desbordarse:

—Con un buen avión, podríamos llegar a Reno desde cualquier parte, pasábamos la noche allí, salíamos de juerga, ¡y vuelta al trabajo! ¡No necesitaríamos a nadie en el mundo, amigo!

Guido, ya con la linterna otra vez en la mano, espera su respuesta.

Gay tiene el rostro congestionado, como si estuviera haciendo esfuerzos para levantar algo. Finalmente, estalla con aflicción:

—¿Por qué no te callas, Guido? —Guido se yergue, asombrado ante su desabrido tono—. Cállate de una vez, haz el favor.

Guido, no obstante, mantiene la desafiante mirada de Gay con una sonrisa:

—Nos vemos en lo del tratante por la mañana; si llegamos pronto, nos puede dejar el remolque con el cabrestante. ¿A las seis te va bien?

Gay le da la callada por respuesta, y Guido va hacia la carlinga del avión y se sube. Gay se queda esperando junto a la hélice.

—¡Adelante, gírala! ¡Contactos fuera!

Por un instante, Gay parece no haberlo oído. Se ha quedado ensimismado, con la mirada perdida. Roslyn y Perce se dan cuenta de que está paralizado.

—Venga, dale a esa hélice, amigo.

Gay, enfrente del avión, levanta la mano y hace girar la hélice. El motor emite un clic, como un reloj al que dieran cuerda. Gay parece moverse a cámara lenta, baja la pala de la hélice y levanta gradualmente el brazo para tirar de ella de nuevo, cebando los cilindros.

Perce bordea la camioneta y Roslyn se queda mirándolo. Al verlo desaparecer por la parte trasera, devuelve la vista al avión.

—¡Adelante! ¡Contactos! —exclama Guido.

Gay se coloca con precaución. La hélice está en posición horizontal. Agarra la pala con ambas manos, se da impulso cruzando la pierna derecha sobre la izquierda, tira rápidamente de la pala y se aparta de un salto en cuanto oye el rugiente petardeo del motor. Luego recula pegado al ala, hasta quedar fuera del radio de movimiento de la hélice. Desde la carlinga, Guido le indica por señas que suelte a la perra, todavía atada a una piqueta bajo el ala. Gay le da la señal de despegue a Guido.

El rugido del motor aumenta y la hélice gira como una rueda bajo la luz de la luna. El avión da sacudidas adelante y atrás, al bloquear Guido los frenos de las ruedas mientras calienta el motor. Dentro de la carlinga, Guido enfoca la linterna sobre los mandos. El rugido del motor alcanza su punto máximo.

Roslyn se vuelve rápidamente y ve a Perce entrando en la camioneta para sentarse al volante junto a ella. Perce arranca el motor. Roslyn mira por el parabrisas hacia Gay, que está sujetando a la perra contra el suelo mientras el ala del avión pasa por encima. La camioneta se pone en marcha al tiempo que el avión se aleja hacia la luna. Roslyn, involuntariamente, agarra a Perce del brazo para detenerlo, pero él ya enciende los faros y vira bruscamente la camioneta hacia el caballo atado en el suelo. Roslyn se asoma por la ventanilla y ve el avión adentrándose en la oscuridad, y a Gay que, al volverse, descubre que la camioneta se ha puesto en marcha. Gira en redondo, mira hacia el vehículo y echa a correr. Con chirrido de neumáticos, la camioneta frena junto al caballo atado y Perce salta y corre hacia él, con una navaja abierta en la mano. Se agacha sobre el vientre del animal y corta las cuerdas que le sujetan las patas; el caballo enseguida se incorpora tambaleante. A continuación Perce se precipita hacia el neumático y corta la cuerda; el caballo, ya en pie, se aleja al trote unos metros y luego se queda plantado rígidamente. Perce corre hacia el caballo para espantarlo, pero ve que Gay va hacia él gritando con voz atronadora. Así pues, salta a la camioneta,

mete la marcha haciendo rechinar el embrague y aprieta el acelerador hasta el fondo. Las ruedas giran un instante, el vehículo da una sacudida y luego sale a toda velocidad.

El rostro enfurecido de Gay profiere una orden muda. Se precipita hacia el caballo, que ahora trotaba, no demasiado rápido. La cuerda, todavía colgada del cuello, se arrastra por el suelo; Gay se abalanza sobre ella, pero el animal intuye su presencia y echa a correr a medio galope. Gay se abalanza sobre la cuerda, cae al suelo y los cascos se alejan hacia la oscuridad. Gay se pone en pie y se vuelve en redondo. La distancia que lo separa de los faros del coche ya es insalvable. Corre hacia ellos. Las lágrimas le resbalan por las mejillas y de su garganta salen gritos airados, pero más que ira, lo que hay en ellos es una clara frustración, como si sobre todo le hubieran arrebatado el control de su vida y lo hubieran empequeñecido.

La camioneta se detiene delante de otro caballo. Perce se apea de un salto, lo suelta, vuelve a la camioneta y se aleja a toda prisa. Un arrebatado de culpa ensombrece ahora el rostro de Roslyn. Otea el lecho del lago buscando alguna señal de Gay. Presa de la incertidumbre, se vuelve hacia Perce. Sus suaves maneras se han esfumado y parece lleno de vigor; en su rostro se refleja una dicha rebelde, salvaje.

Guido ha ido rodando con el avión hasta orillas del lecho del lago. Por un instante, retrepado sobre el maltrecho almohadillado de la carlinga, contempla el vacío, deseando que el rugido del motor penetre en él y domine todos sus sentidos. Apaga el gas; el avión disminuye la velocidad, y Guido gira el aparato de cara al viento. Al otro lado del lago, en la distancia, la montaña resplandece bajo la luz de la luna como cubierta de nieve; la blanca y arcillosa tierra que se extiende ante él irradia una luz verdosa y plateada que en lugar de iluminar el aire se aferra al suelo como un gas pesado. No tiene adónde ir, ni motivo alguno para moverse; la amenaza del vacío total lo solivianta. Pone el motor a todo gas y el avión toma velocidad. Cuando ya está empujando la palanca hacia delante para levantar la cola y el vuelo, repara en la luz de los faros de la camioneta moviéndose; sin embargo, advierte que por alguna extraña razón no parecen moverse hacia el desierto de artemisa rumbo a casa. Ya en el aire, endereza el avión, se ladea bruscamente y asoma la cabeza por la carlinga, a menos de dos metros de altura del suelo. Abajo, un caballo está atravesando en ese momento el haz de luz de los faros. Guido empuja la palanca y adelanta el cuerpo para vigilar con atención el suelo, haciendo memoria del lugar exacto en que han dejado atados los caballos, para evitar estrellarse contra alguno de ellos al tomar tierra.

A kilómetro y medio de distancia, los faros de la camioneta iluminan el bulto del semental. Roslyn mira por la ventanilla y al verlo ya cada vez más próximo exclama:

—¡Oh, Perce! ¡No sé!

Perce lanza una mirada hacia ella, asombrado, confundido, y frena el vehículo.

El semental atado, con las orejas aguzadas siguiendo el rugido de la camioneta, arquea la cabeza. Roslyn se apea de la cabina a toda prisa, buscando culpablemente a Gay con la mirada. De pronto la cuerda se parte. El semental, suelto, levanta las patas traseras, corre por delante de ellos y se da media vuelta. Perce aparta de un tirón a Roslyn e intenta espantar al animal a gritos. Viendo al

semental libre, Roslyn siente una convicción aterrorizada, eufórica. Apenas consciente de su propia voz, exclama a voz en grito:

—¡Vete! ¡Vete a tu casa! ¡Vete a tu casa!

Perce corre hacia el semental, que se vuelve y echa a galopar alejándose de ellos, todavía con la cuerda arrastrando por el suelo. Con respiración entrecortada, se quedan observándolo un momento y luego echan a correr hacia la camioneta. Roslyn entra en la cabina. Perce se detiene un instante; escruta el resplandeciente lecho del lago, intentando situar la posición de los caballos restantes, y regresa rápidamente a la camioneta.

Desde la carlinga abierta del avión, que avanza rodando por tierra, Guido mira a un lado y a otro escudriñando metódicamente el lecho del lago y trazando amplios arcos sobre su superficie. De pronto divisa dos puntos moviéndose a lo lejos y dirige el avión hacia ellos a todo gas.

Los faros de la camioneta crecen en los ojos de Gay. Ha ido siguiendo todos y cada uno de los movimientos del vehículo, y ahora, pese a la insalvable distancia que los separa, sigue corriendo en pos de él, mecánicamente, anestesiado y lleno de impotencia. El rumor de un zigzagueo lo detiene en seco.

Intentando controlar el jadeo de su respiración, se limpia el sudor de la frente y se vuelve muy despacio, vigilante. La luna resplandece y el lecho del lago parece iluminado, pero la noche se abre a pocos centímetros del suelo. El corazón se le desboca, los ojos le palpitan. Una vez más detecta una sombra que se mueve. Los ojos de Gay se ensanchan, alerta. Se acuclilla muy despacio, agazapado. Una sombra se mueve de nuevo. Esta vez presiente su dirección; sorprendentemente, no se dirige a las montañas. Gay se vuelve hacia el centro del lecho del lago. Gradualmente, sus ojos perciben las negras siluetas de la yegua y el potro alejándose en la distancia bajo la luz de la luna. Luego se vuelve hacia la forma en movimiento. El rumor suena ya más cerca.

Sigilosamente, se pone en pie y avanza hacia la yegua atada, manteniendo la boca abierta para dejar escapar el aliento sin hacer ruido. Ve que el potro se levanta y alarga sus pasos, con la cabeza gacha. Gay se detiene al oír el lastimero gemido de la yegua. A su izquierda, la figura del semental se aproxima a la yegua y se alza sobre su cuerpo atado. Gay observa cómo el semental baja el cuello hacia ella. El cowboy se pone en movimiento de nuevo, agachado, y luego echa a correr. El semental levanta bruscamente la cabeza, recula y se planta, aguzando las orejas. La luna dibuja un disco dorado en uno de sus ojos en el momento en que Gay aparece por un lado y agarra la cuerda con las manos enguantadas. El caballo enseña los dientes e intenta darle una dentellada en la espalda, y Gay desliza las manos por la cuerda aproximándose a él, susurrándole, pero el animal de pronto hace un extraño movimiento y echa a correr. Gay se enrolla la cuerda en el brazo y corre detrás, intentando frenarlo hincando los tacones en el suelo. Un brusco tirón lo lanza al suelo y lo arrastra de costado; la polvareda de talco le ciega los ojos. De pronto la cuerda cede; Gay se levanta a toda prisa, pero la espalda del caballo lo golpea en un lado de la cabeza al pasar al galope por su lado, arrojándolo al suelo de nuevo. Gay se incorpora y mueve las piernas, buscando desesperadamente un asidero donde hincar los tacones de las botas. El semental tose y gira sobre sí mismo, y por un instante se planta delante de Gay, que está sentado todavía en el suelo. Gay sabe

que el lazo no le oprime tanto como para resoplar como lo está haciendo, y vuelve a enrollarse la cuerda en el brazo, hincando los talones y preparándose mentalmente por si tiene que escabullirse rodando si lo ataca. El semental retrocede, como probando, calculando el peso del vaquero en la cuerda.

Gay avanza con precaución hacia la yegua. Está a un cuerpo de distancia. Sin apartar la vista del semental, llega hasta ella y, con el codo, busca a tientas su cuerpo, intentando calcular la distancia que lo separa del cuello del animal y del neumático. Al sentir el tacto de la mano del vaquero, la yegua se estremece; Gay le palpa las ancas y se coloca sigilosamente de modo que la yegua se interponga entre él y el semental, que mueve inquieto los cascos, pero ya sin hacer fuerza. Gay se sienta sobre los talones y se arrastra hacia el cuello de la yegua. Ya tiene la cuerda del cuello bajo el brazo. Se queda inmóvil. Tendrá que desenrollarla para atarla al lazo de la yegua.

El semental lo mira, resoplando. Gay le susurra sobre el cuello de la yegua:

—So, sooo, sooo...

Empieza a desenrollarse la cuerda del brazo, manteniendo ambas manos en ella en todo momento. La cabeza del semental se levanta, y Gay se queda inmóvil de nuevo. Sabe que el movimiento de la cuerda vibra en el cuerpo del semental y puede espantarlo otra vez. Un momento después, mueve el brazo de nuevo para soltar la cuerda. La yegua de pronto profiere un agudo relincho, y el semental levanta bruscamente la cabeza; Gay se ve arrastrado hacia él por encima del cuerpo de la yegua. Se deja llevar hasta sus patas, sin oponer resistencia; luego salta al cuello del semental para estirar el lazo con ambas manos, y el animal galopa y cocea. Gay, no obstante, percibe el temblor en su cuerpo: sus fuerzas flaquean. Gay se queda colgando del lazo, tirando de él con todas sus fuerzas, mientras las rodillas del animal le golpean los muslos.

El semental se queda quieto. Gay se cuelga con todo su peso del lazo atado al cuello, hasta que el caballo agacha la cabeza y sus temblorosas rodillas empiezan a doblarse. Gay tira con fuerza del lazo otra vez, y un breve gemido brota de su garganta mientras un relincho ahogado vibra en la cabeza del semental. Gay oye un motor. Tira con fuerza de nuevo y levanta los pies del suelo, obligando al semental a agachar todavía más la cabeza. Los faros iluminan el rostro de Gay y lo deslumbran. Oye los frenos que chirrían y las puertas abriéndose.

Roslyn y Perce contemplan la escena con semblante sobrecogido. El semental está inmóvil, resollando por la presión del nudo que lo asfixia. Sin embargo, hay una extraña relación entre el caballo y Gay, colgado de su cuello, una especie de comprensión mutua; como si la bestia derrotada, por la razón que fuere, perteneciera ahora a Gay, y el animal, aun sabiéndolo, se resistiera a caer al suelo.

Perce agarra la cuerda y la ata al guardabarros de la camioneta.

—¡Venga, suéltalo!

Gay se aparta de un salto del caballo; el animal sacude la cabeza, da unos pasos y se detiene.

Tambaleante, Gay se dirige a la camioneta y se desploma sobre el capó con los brazos

extendidos.

Lentamente abre las manos agarrotadas. Roslyn no se acerca. Lo observa a distancia, al igual que Perce, y parece ablandarse ante la fuerza de su lucha. En su mirada aflora cierta admiración. Hace ademán de ir hacia él, pero Perce le sale al paso de inmediato. Roslyn observa el temor en el rostro de Perce y se asusta, no tanto por miedo a un posible arrebató de violencia por parte de Gay sino, más bien, por haber hecho algo que ahora no alcanza a comprender.

Se oye el motor del avión, y un momento después el aeroplano se detiene cerca de ellos. El motor se apaga; Guido salta de la carlinga y corre hacia Gay. Al ver a su compañero sin resuello y al semental atado, ríe mirando a Perce y se agacha hacia Gay para darle un rápido abrazo:

—¡Lo has sujetado! ¡Así se hace, amigo! ¡Mañana volveremos a por el resto! Ahora descansa, descansa... —dice, palmeándole afectuosamente la espalda.

Gay jadea con el tronco doblado sobre el capó de la camioneta, mirando fijamente al semental. Guido lo agarra del hombro:

—No te preocupes, amigo, todavía no estamos acabados. ¡Ni muchísimo menos! ¡No hemos hecho más que empezar! Subiré contigo a Thighbone..., ¿me oyes? Hay unos cinco mil dólares esperándonos allá arriba, pero habrá que trabajárselos. ¡Llegaremos hasta allí a caballo! Y hay más, mucho más..., ¡pero habrá que trabajárselos! Porque no nos hace falta nadie, Gay..., ya te has dado cuenta, ¿no? —Añade, en dirección a Roslyn—: ¡A hacer puñetas todos!

Gay, sin hacer caso a Guido, mantiene la vista fija en el mustang y la mejilla todavía pegada al capó de la camioneta. Sus ojos parecen escudriñar algo a lo lejos, y una aureola de silencio lo rodea, como si no hubiera nadie a su alrededor. Se pone derecho y mete la mano en el bolsillo.

Guido alarga un brazo hacia él:

—Venga, te llevo en el avión. Ellos pueden volverse en... —Guido se interrumpe al ver una navaja abriéndose en la mano de Gay. Levanta la vista hacia él y, al ver lágrimas en sus ojos, calla por un momento, desconcertado.

Gay avanza directo hacia él, como si no lo viera, y Guido, apartándose de su camino, le pregunta:

—¿Qué haces...? —Pero Gay ya se ha agachado y está cortando la cuerda atada al guardabarros, con mano temblorosa. Guido se la sujeta con fuerza, arrimado a él, pero intuye lo suficiente como para que el pánico se dibuje en sus ojos. Los polvorientos labios de Gay se mueven; en un susurro entrecortado, mira a Guido a los ojos pero sin verlo:

—Se acabó.

—Entonces, ¿por qué demonios lo has cogido?

—Porque..., porque sí. Porque no me gusta que nadie decida por mí.

Un estremecimiento parece recorrerle el cuerpo y su frente se tensa como si estuviera a punto de

romper a llorar de rabia. Aparta débilmente a Guido, pero éste lo sujeta por la muñeca.

—¡Iré contigo a Thighbone!

Gay dice que no con la cabeza. Tiende la vista más allá de Guido, hacia las oscuras montañas, y la rabia endurece su rostro y yergue su postura.

—¡Malditos sean todos! Ya no es lo mismo. Ya nada es lo mismo. Lo han manchado todo de sangre, ya no hay más que mierda y dinero, como en todas partes. Y tú lo sabes, lo sabes tan bien como yo. Aquí ya no hay más que fantasías a las que echar el lazo. —Se suelta de la mano de Guido—. Búscate otra forma de sentirte vivo..., si es que queda alguna.

Gay devuelve la atención a la cuerda y descarga todo su peso sobre la navaja; la cuerda, cortada, cae al suelo.

Por un instante, el semental no reacciona. Libre de la presión del lazo, estira el cuello, da un paso hacia un lado, se tambalea, endereza el cuerpo y avanza. Luego se detiene, se yergue un tanto inestable y se marcha. Gay se acerca a la yegua, le corta las cuerdas de las patas y la que estaba atada al neumático; el animal se pone en pie trabajosamente y se aleja al trote, con el potro pegado a su cola al viento.

Los cuatro se quedan quietos escuchando el rumor de los cascos que se alejan. Gay cierra la navaja, la guarda en el bolsillo y se aparta de Guido sin mirar a nadie, ensimismado.

Las miradas de los demás siguen sus pasos y ven que se sienta al volante de la camioneta, agotado, sin decir una palabra. Gay mira por un instante al frente a través del parabrisas. Roslyn está ahora al otro lado de la camioneta, mirándolo por la ventanilla abierta. Por el momento no hay forma de saber cómo va a proceder, y ella no hace ningún movimiento. Gay se vuelve hacia Roslyn, y la soledad se refleja en sus ojos:

—Te llevo de vuelta... si quieres.

Vacilante, temiéndole aún, Roslyn sube a la cabina y se sienta, pero guardando las distancias. La mirada abierta de Roslyn registra el dolor y la pérdida de Gay.

Perce se ha acercado a la ventanilla del lado de Roslyn.

—Me alegro de haberte conocido, Roslyn.

—No te hagas daño a ti mismo, ¿de acuerdo? —le dice Roslyn.

Perce le da las gracias con la mirada:

—Si alguna vez te entran ganas de mandarme una postal, basta con que pongas Black River..., California.

Gay arranca el motor y se vuelve hacia Guido, que se ha acercado a su ventanilla:

—Ya nos veremos. Te llamo dentro de un par de días.

Guido, con el rencor emponzoñando sus ojos, se echa a reír:

—¿Dónde estarás? ¿En alguna gasolinera, limpiando parabrisas?

—Ahí llevas razón, piloto.

Gay vuelve la mirada al frente y arranca.

Guido sube al estribo, riendo y diciéndole a voces:

—O sacando calderilla en el supermercado. —Luego salta del estribo y hace bocina con las manos, gritando furioso—: ¡Prueba en la lavandería..., igual necesitan a alguien para cargar las máquinas!

Pero la camioneta se aleja, y Guido, con vehemencia creciente, agita el puño en el aire:

—¡Gay! ¿Adónde vas?

Luego se detiene, furioso y perdido. Perce sigue allí plantado, con los ojos llenos de lágrimas.

Gay conduce en silencio, agotado. Roslyn mantiene las distancias en el asiento. Se vuelve hacia él, sin saber cuáles son sus sentimientos. Por un momento parecen dos extraños.

—Me iré mañana —es una pregunta, pero Gay no contesta—, ¿te parece bien? —Gay sigue conduciendo—. Aunque no te lo creas, no pretendía hacerte daño... Yo te respeto. Eres un hombre valiente.

Gay guarda silencio.

—Ya no me quieres, ¿verdad? —Roslyn vuelve la mirada al frente. Le tiembla la voz. Todo parece escapársele de las manos—. Pero ¿sabes una cosa? Ha habido un momento, cuando esos caballos se iban al galope, en que casi he sentido que los devolvía a la vida. Y de pronto he tenido la sensación..., ¡ya lo sé, es una locura!..., he pensado: «Debe de quererme. Si no me quisiera, ¿de qué iba a hacer yo algo así?». Porque yo antes, cuando no aguantaba algo, me iba sin más. Gay, por un momento has hecho que no tuviera miedo. Y ha sido como si le insuflaran vida a mi cuerpo. Por primera vez.

En el haz de luz de los faros, Gay ve a la perra atada a una de las piquetas y detiene el vehículo.

Roslyn abre la puerta, pero se vuelve hacia él como si fuera incapaz de salir. Y de pronto exclama, con desesperación:

—¡Oh, Gay! ¿Hay algo? ¿Tú sabes si hay algo? ¿Hay algo que dure?

Gay se vuelve hacia ella por fin. Tiene lágrimas en los ojos. La atrae hacia sí y la besa. Roslyn llora de alegría, intentando adivinar lo que hay detrás de su mirada.

—Sabe Dios —dice Gay—. A mí, en la vida, todo se me ha escapado de entre las manos. Igual que a ti. Quizá lo único que quede sea... conocerse. Porque yo te conozco, Roslyn, te conozco muy bien. Quizá sólo haya o pueda haber paz en eso. Yo nunca me había molestado en enfrentarme a una mujer. Y tenía paz, sí, pero en gran parte era como abrazar el aire. Esta vez pensaba que otra vez había dado con aire, pero parece que he tocado el mundo entero. Bendita seas, nena.

Roslyn se arroja hacia él y lo besa apasionadamente. Fuera, la perra ladra. Roslyn baja enseguida de la cabina para ir a por ella, y el animal la recibe con alegría. La desata y da una palmada, indicándole que la siga. La perra salta a la parte trasera de la camioneta y Roslyn vuelve a subirse a la cabina con el rostro desbordante de amor. Gay enciende el motor y la camioneta se pone en marcha. De pronto, como cautivada por una visión, dice:

—¿Y si..., y si no tuviéramos miedo, Gay? Y pudiera haber un hijo... Y lo hiciéramos valiente... ¡Por fin alguien que entrara en la vida sin miedo! Anoche eso me asustaba. Pero ya no me asusta tanto. ¿Y a ti?

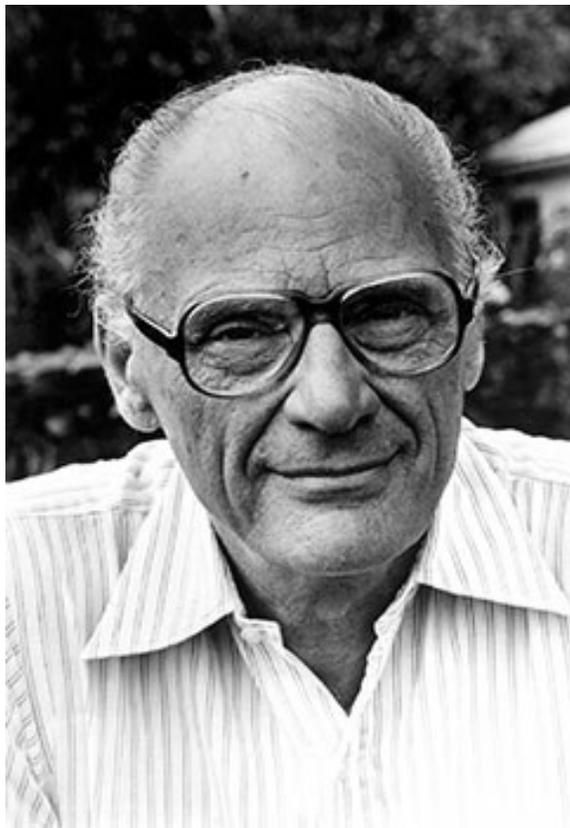
Gay la arrima hacia sí, mientras sigue condiciendo. El amor que hay entre ellos es posible, los mantiene un poco por encima de la tierra. Los faros ya iluminan matorrales de artemisa, y el camino está lleno de baches.

—¿Cómo haces para encontrar el camino en la oscuridad?

Gay señala hacia el cielo ante ellos:

—Lo único que hay que hacer es seguir esa estrella grande de ahí delante. La carretera está debajo; nos llevará hasta casa.

Roslyn levanta la vista y contempla la estrella a través de los tiznajos y el polvo del parabrisas. El rugido del avión de Guido suena cerca y luego se aleja, invisible en lo alto. Los faros de la camioneta desaparecen gradualmente, y con ellos todos los sonidos. Ahora ya sólo queda el firmamento lleno de estrellas, y el silencio absoluto.



ARTHUR MILLER Nueva York (EE. UU.), 1915 - Roxbury, Connecticut (EE. UU.), 2005. Dramaturgo estadounidense que figura entre los principales autores teatrales del siglo XX. Escritor comprometido, Miller supo trasladar a los escenarios el conflicto del ser humano y el espíritu crítico, arremetió contra el masificador antihumanismo estadounidense, se acercó al marxismo para después criticarlo, se opuso activamente a la «caza de brujas» del senador McCarthy y denunció la intervención estadounidense en Corea y Vietnam. Su nombre fue sinónimo de audacia y de ruptura, tanto temática como estructural.

Nació en el seno de una familia de inmigrantes judíos polacos de clase media. Su padre, Isadore, poseía una próspera empresa textil, lo que permitió a la familia vivir en Manhattan, junto a Central Park. Sin embargo, la Gran Depresión acabó con la empresa, por lo que la familia tuvo que mudarse a un modesto apartamento en Brooklyn, que posteriormente le serviría como modelo de la vivienda del protagonista de *Muerte de un viajante*.

En 1938, mientras estudiaba en la Universidad de Michigan, recibió varios premios por su comedia *Todavía crece la hierba*. De regreso a Nueva York comenzó a escribir seriales radiofónicos. En 1944 obtuvo su primer premio literario con *Un hombre con mucha suerte*, obra que sin embargo no tuvo éxito comercial. Su novela *Focus* (1945), un ataque contra el antisemitismo, resultó un gran éxito y *Todos eran mis hijos* fue elegida por el Círculo de Críticos de Teatro de Nueva York como la mejor obra teatral de 1947. Este estudio sobre los efectos del oportunismo en las relaciones familiares influyó en la mayoría de sus obras posteriores.

El mayor logro de Miller fue *Muerte de un viajante* (1949), que obtuvo los premios Pulitzer de Teatro y del Círculo de Críticos de Teatro de Nueva York, y a menudo se cita entre las mejores obras del teatro contemporáneo. En un estilo casi poético, narra la trágica historia de un hombre

normal, muy parecido a su padre. *Las brujas de Salem* (1953), una obra que describe los juicios por brujería realizados en Salem, es en realidad una denuncia contra la investigación del Congreso de Estados Unidos sobre las actividades subversivas llevadas a cabo por el senador Joseph McCarthy. El propio Miller compareció ante el Comité de Actividades Antiamericanas en 1956. Fue condenado por desacato, pero la sentencia fue apelada y Miller quedó finalmente absuelto.

Otras obras dignas de mención son *Panorama desde el puente* (1955), *Después de la caída* (1963), *Incidente en Vichy* (1964), *El precio* (1968) y *El arzobispo* (1977), basada en la persecución de los escritores disidentes soviéticos. Destacan asimismo el guión cinematográfico *Vidas rebeldes* (1960), escrito para su segunda esposa, la actriz Marilyn Monroe; *El reloj americano* (1980), una serie de viñetas dramáticas basada en *Tiempos duros* (1970), un estudio sobre la depresión del escritor estadounidense Studs Terkel; una colección de relatos, *Ya no te necesito* (1967) y *Ensayos teatrales de Arthur Miller* (1978).

Las obras de Miller se interesan especialmente por la responsabilidad del individuo hacia los demás, el conocimiento de uno mismo y la realización personal. Escritas en un estilo sencillo y coloquial, tienen su origen en la conciencia social del autor y su compasión hacia los que son vulnerables y se dejan arrastrar hacia el mal camino por los falsos valores que impone la sociedad.

[*] Juego fonético con la pronunciación en inglés estadounidense del nombre del producto *Dream-E-Z*, que sonaría como *Dream Easy* y vendría a decir «Sueño fácilmente». (N. de la T.). <<